

EL POLIDEPORTIVO DE MARTOS. PRODUCCION ECONOMICA Y SIMBOLOS DE COHESION EN UN ASENTAMIENTO DEL NEOLITICO FINAL EN LAS CAMPIÑAS DEL ALTO GUADALQUIVIR

The site of the “Polideportivo” at Martos. Economic production and cohesive symbols in a Late Neolithic settlement from “Campiñas” of the High Guadalquivir Valley

RAFAEL LIZCANO *, JUAN ANTONIO CAMARA *, JOSE ANTONIO RIQUELME *, MARIA LUISA CAÑABATE **, ALBERTO SANCHEZ ** y JOSE ANDRES AFONSO *

BIBLID [0211-3228(1991-92); 16-17; 5-101]

RESUMEN El presente artículo supone un avance de los resultados ofrecidos por diversos análisis arqueológicos realizados sobre el registro recuperado en una excavación de urgencia en la ciudad de Martos. Las hipótesis ofrecidas se apoyan no sólo en el estudio estadístico formal de la cultura material prehistórica sino que incorporan los datos ofrecidos por otras analíticas en cuanto a procedencia, contenido, composición y alteración de los materiales silíceos u óseos, o de los mismos sedimentos que los incluyen. La presentación de estos datos supone una novedad dentro del tratamiento tradicional que se suele seguir en las excavaciones de urgencia. Por ello la información extraída aporta nuevas vías para la investigación histórica de la consolidación de las aldeas agropecuarias del Neolítico Final y de los mecanismos sociales que más tarde darán origen a los sistemas estatales.

Palabras clave: Cultura de los Silos, Neolítico Final, economía agropecuaria, enterramientos, cultura material, agregación poblacional.

ABSTRACT This essay implies an advance of the results offered by different archaeological analysis carried out about a retrieved record in an salvage excavation in the town of Martos. The hypothesis are based not only on the statistical formal survey of the prehistoric material culture but it embodies the data offered by other analytics related to the source, contents, composition and alteration of the siliceous or osseous materials, or even from the sediments which are included. The presentation of these data implies a novelty in the traditional approach which is used in the salvage dugs. Thus, the information taken out from these data brings forward new ways in the historical research about the consolidation on the farming villages in the late Neolithic and the social tools wich will produce the state systems later on.

Key words: Culture of the Silos, Late Neolithic, Farming, Economy, Burials, Material Culture, Village Aggregation.

* Dep. de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Granada. Grupo de Investigación 5.100 (GEPRAN).

** Dep. de Territorio y Patrimonio Histórico. Área de Prehistoria. Universidad de Jaén.

1. LA SITUACION DEL YACIMIENTO. EL ENTORNO HUMANO

1.1. Los yacimientos de Martos. Cultura material y situación topográfica

Actualmente el conjunto de yacimientos prehistóricos conocido como Polideportivo de Martos ocupa una extensión aproximada de 40 Ha. La zona excavada en 1991 se sitúa a unos 500 m. al W. del casco urbano de Martos y el acceso al lugar se realiza por la carretera que une las localidades de Martos y Monte Lope Alvarez (fig. 1, lám. I).

El yacimiento fue conocido como consecuencia de las obras que el Ayuntamiento realiza en un solar de su propiedad para la construcción de un pabellón polideportivo cubierto subvencionado, en parte, por la Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía. Las obras fueron denunciadas a la Delegación Provincial de esta misma Consejería el 9 de julio de 1991, ya que en su desarrollo se estaban destruyendo importantes restos arqueológicos.

En un reconocimiento previo a la primera campaña de excavación de urgencia se recogieron numerosos materiales cerámicos y líticos que cronológicamente permitían situar el yacimiento en el período de transición del IV al III milenio a.n.e. Junto a los restos cerámicos recogidos en superficie, donde destacaban las formas carenadas abiertas (platos, fuentes, cazuelas,...) y otras formas simples, las características del patrón de asentamiento, y de las estructuras que aparecían cortadas en los perfiles del solar (excavadas en el sustrato geológico de margas), de sección acampanada y fondo plano, confirmaban esta adscripción cronológica.

La elección del emplazamiento, terrazas y suaves lomas en torno al Arroyo de la Fuente, evidencia un modelo de estrategias de ocupación del suelo ya característico en el Alto Guadalquivir en asentamientos de las mismas fechas (Roca *et al.*, 1985; Pérez *et al.*, 1990b), y en el que aparentemente prevalecen los factores naturales, hidrológicos y edafológicos, a la hora de condicionar la elección humana.

En un intento de definir la superficie que podría ocupar el yacimiento se realizó un reconocimiento de los terrenos aledaños al solar y también de la margen septentrional del Arroyo de la Fuente. En esta última zona, concretamente en el lugar conocido como El Molinillo, se pudo constatar un segundo núcleo de estructuras y materiales similares a los aparecidos en el Polideportivo. Allí fueron cortadas en su día por el trazado de la carretera entre Martos y Santiago de Calatrava un buen número de estructuras. En junio de 1992 conocimos una tercera concentración de estructuras en los terrenos denominados Huertas Viejas, en la zona de terrazas medias del referido arroyo, a unos 250 m. al NW del Polideportivo. En esta ocasión el detonante fueron las obras realizadas para la nueva variante Martos-Alcaudete de la Carretera Nacional 321. Esta nueva evidencia permitía ampliar en gran manera los posibles límites del gran yacimiento prehistórico hacia el W, en unos terrenos donde las prospecciones superficiales habían resultado anteriormente inútiles dada la profundidad a que se encontraban las estructuras y el buen estado de conservación de éstas, en una zona de roturación muy superficial y de olivos centenarios.

La escasa distancia entre los tres núcleos referidos y la similitud de los registros materiales, incluyendo las estructuras, nos confirman que forman parte de un mismo grupo de yacimientos ocupado de forma continuada, al menos, hasta el primer cuarto del III milenio a.n.e. La amplia extensión no es consecuencia de un solo asentamiento sino

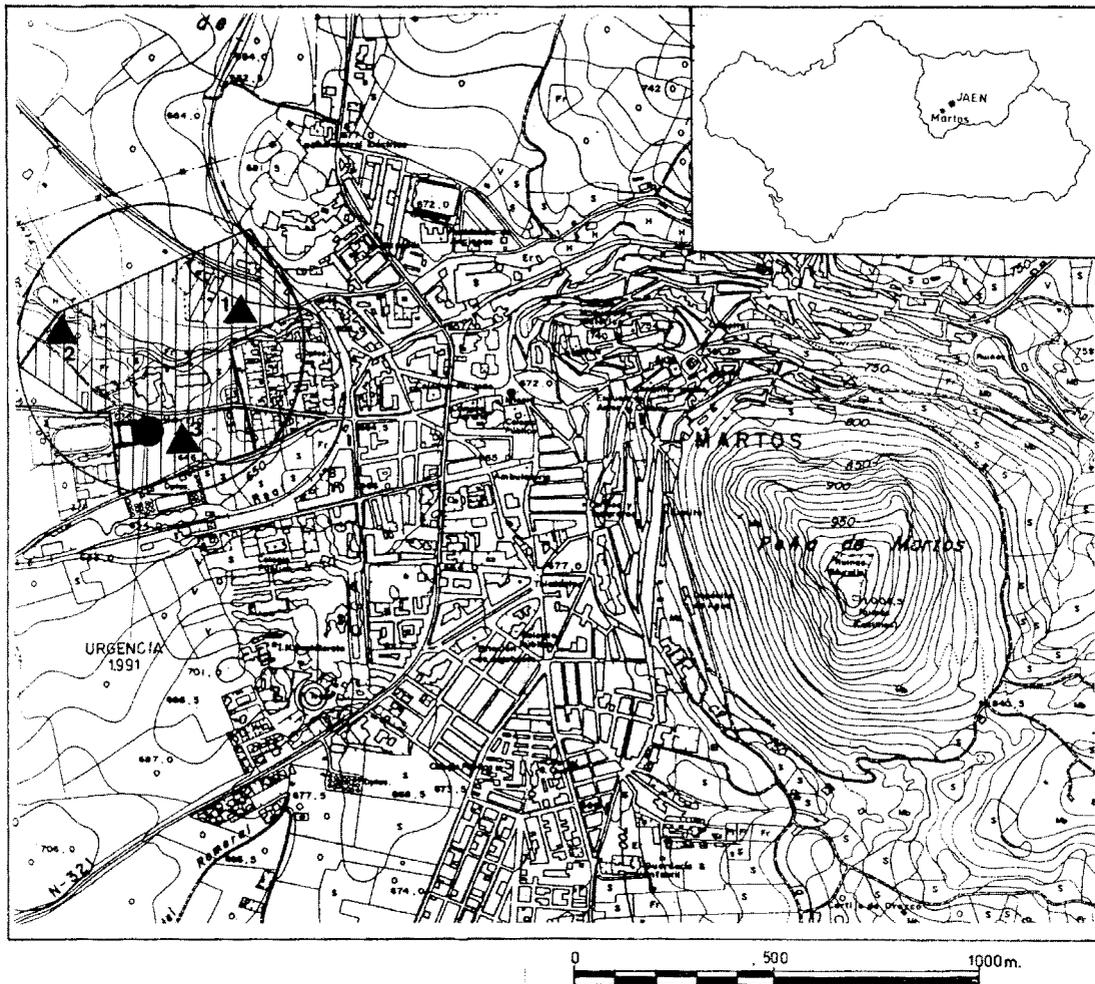


Fig. 1.—Localización y extensión del yacimiento.

de la dinámica ocupacional en términos cronológicos y funcionales, lo que determina la existencia de una estratigrafía horizontal puesta de manifiesto por la excavación de urgencia. Su análisis constituye uno de los puntos que tratamos de explicar en este trabajo.

La importancia que pueda tener este yacimiento no radica en su extensión ni en su monumentalidad, ni siquiera en el extraordinario estado de conservación del registro arqueológico, sino que recae en las posibilidades múltiples que ofrece para analizar y reconstruir momentos muy concretos del proceso histórico desde finales del IV milenio, y también en que aporta nuevos datos que permiten contrastar las diferentes hipótesis que se han planteado para la Prehistoria Reciente del Valle del Guadalquivir, y en especial para la génesis del estado en las Campiñas Occidentales giennenses (Nocete, 1986, 1988, 1989a y 1989c).

En esta línea, por ejemplo, la definición y sistematización de las diferentes fases de ocupación en que puede ser dividido el yacimiento para su estudio nos permite, entre otros objetivos, obtener criterios de diferenciación temporal, que, a través de la contrastación con otros yacimientos, faciliten la ordenación, en y desde el proceso histórico, de la cultura material recuperada en las prospecciones arqueológicas que desde 1985 se han venido realizando en el Alto Guadalquivir. De esta forma pretendemos ofrecer nuevos elementos de estudio que precisen las diferentes fases de evolución social en esta zona, y más allá, y con matizaciones, en todo el Valle del Guadalquivir.

1.2. Panorama histórico del Alto Guadalquivir en los albores del III milenio

A la evidencia antigua y procedente de los hallazgos casuales sobre yacimientos del Neolítico Medio adscritos a la Cultura de Las Cuevas (Navarrete, 1976, 1978 y 1984; Carrasco *et al.*, 1980) se han sumado en estos dos últimos años diversos trabajos de excavación y prospección realizados en el marco de proyectos de investigación financiados por la Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía (en el entorno de Porcuna el yacimiento de la Grieta de la Peña, Arteaga *et al.*, 1991), o en el curso de actividades de urgencia esporádicas (como es el caso de las actuaciones realizadas en la Loma de Úbeda y piedemonte de Sierra Mágina por parte de la Escuela Taller de Baeza (Pérez y Zafra, 1991; Pérez, comunicación personal), o por la revisión de materiales de yacimientos clásicos (Fernández-Miranda y Olmo, 1986). Fruto de estas actuaciones es el mejor conocimiento del sustrato cultural sobre el que en la segunda mitad del IV milenio a.n.e., en diversas zonas de la provincia de Jaén aparecen una serie de yacimientos de características homogéneas en cuanto a cultura material y patrón de asentamiento, incluyendo en los casos excavados la aparición de las estructuras subterráneas denominadas comúnmente silos (Bonsor, 1899).

Si bien ya se habían realizado algunos estudios sobre este fenómeno en el Alto Guadalquivir en base a las excavaciones parciales llevadas a cabo en la segunda mitad de los años 80, como fueron las de Sevilleja (Contreras *et al.*, 1985; Lizcano, 1986; Nocete, 1988), Puente Tablas (Nocete, 1988) o Los Pozos (Hornos *et al.*, 1986; Nocete, 1988), sólo ha sido el conocimiento reciente del sustrato referido en el párrafo anterior (Pérez y Zafra, 1991) y las excavaciones realizadas por la Escuela Taller de Torredonjimeno en Martos (Lizcano *et al.*, 1991) o en el Castillo de Torredonjimeno (Lizcano, 1990), el

que ha posibilitado emprender una revisión exhaustiva de los planteamientos de F. Nocete para los inicios del poblamiento estable en las Campiñas del Alto Guadalquivir (Nocete, 1986, 1988 y 1989a). En otra medida estos nuevos planteamientos han podido ser correlacionados con los resultados de las prospecciones sistemáticas llevadas a cabo en la Depresión Linares-Bailén en el marco del proyecto: Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce de la Depresión Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena (Lizcano *et al.*, 1988; Pérez *et al.*, 1990b), o, en colaboración con otros proyectos, en la Vega del Guadalquivir (Roca *et al.*, 1985, López *et al.*, 1991).

La contrastación de toda esta información nos permite señalar que, si bien el modelo de Nocete (1986, 1988, 1989a y 1989b) debe mantenerse en lo que respecta a las contradicciones sociales generadas por el estado surgido en el Calcolítico de las Campiñas Occidentales del Alto Guadalquivir, que a su vez impulsan su nacimiento, y sobre todo en lo que respecta a las causas del fin de la centralización que se establece desde el núcleo Alcores-Albalate (Arteaga, 1985; Arteaga *et al.*, 1986) por la sobreexplotación ejercida sobre los campesinos en la periferia y los deseos expansionistas de las aristocracias ascendentes de ésta (Nocete, 1988, 1989a y 1989b) (1), hay que rechazarlas en lo que se refiere a una colonización agrícola inicial:

1. En primer lugar la adscripción crono-cultural de muchos yacimientos se basa en prospecciones selectivas, y escasos restos materiales en algunos de aquéllos (Roca *et al.*, 1985; Nocete, 1988), o sondeos de escasas dimensiones como los de Sevilleja (Contreras *et al.*, 1985), Puente Tablas (Nocete, 1988), Albalate (Arteaga *et al.*, 1986). A ello se debe añadir el hecho de que pese a los interesantes objetivos del estudio de la cultura material a través de los análisis multivariantes (Contreras, 1986), la reducción de éstos a los bordes cerámicos, si bien justificada por el estado de la muestra disponible en ese momento (Nocete, 1988), no oculta el hecho de que, en las condiciones en que se desarrollaba la producción de la cerámica a mano en la Prehistoria Reciente, la variación de los bordes es demasiado grande, incluso en un mismo recipiente, como para permitir conclusiones evolutivas válidas. Por esta razón, en los estudios que se están desarrollando sobre el Polideportivo de Martos, se ha optado por el análisis de las formas completas, lo que además nos permitirá aproximaciones a su función, si bien no se descarta una contrastación posterior con muestras de bordes con el fin de situar cronológica y culturalmente los yacimientos de las diferentes prospecciones.

2. Por otra parte, y con toda probabilidad, en los yacimientos excavados en una mayor extensión, no se ha llegado a conocer toda la superposición cultural presente, ya sea por causas derivadas del continuo desplazamiento de las estructuras construidas por estas poblaciones en una misma área, lo que provoca una disposición horizontal de la secuencia, o por las alteraciones producidas por fases de ocupación posteriores, con construcciones más complejas que pueden enmascarar o destruir algunos de los estratos

(1) Gilman (1987a y 1987b) se refiere a un chantaje de protección que garantiza el poder de estas élites, y Shennan (1982) habla de una manipulación ideológica que implica que las aristocracias se presentan como canalizadoras de determinados productos-bienes de prestigio.

originados en el relativamente amplio horizonte cultural cubierto por este tipo de comunidades (2). En el caso de Montefrío las fosas características de este horizonte, y que Arribas y Molina (1979a y 1979b) relacionan con influencias del Bajo Guadalquivir, se realizan no sobre la roca sino sobre los estratos precedentes, lo cual marca una doble vía: ruptura en la cultura material mueble con la aparición repentina de las fuentes carenadas y continuidad en el modelo de asentamiento. En el caso de Martos vemos también que las primeras estructuras excavadas son anteriores, y por tanto más antiguas, a la aparición de las primeras formas carenadas, con lo cual no se puede generalizar la identificación entre poblamiento en llano y difusión de estos elementos determinados de la cultura material.

3. Otro argumento en contra del panorama presentado por Nocete (1986, 1988 y 1989a) se refiere a las bases empíricas sobre las que se apoya el modelo de colonización agrícola, desde la Vega del Guadalquivir, por él propuesto para los últimos siglos del IV milenio, ya que sobre todo socava las bases del excepcional impulso demográfico dirigido desde el centro político hacia tierras teóricamente desocupadas en momentos avanzados del Calcolítico. En primer lugar por la evidencia de yacimientos en todos los ecosistemas del Alto Guadalquivir (Piedemonte, Valle, Campiñas, Loma de Úbeda, etc.), y en segundo lugar porque, como veremos en este estudio, y en base a las estructuras hasta ahora excavadas en el Polideportivo de Martos, la agricultura no parece tener un peso tan trascendental dentro de la economía de estos grupos, debiéndose pensar que los mecanismos de diferenciación social son diversos y que, en definitiva, para el ascenso de diferentes poblados y sus élites puede ser más definitivo el control de producciones especializadas o la vinculación ideológica de las comunidades dependientes, procedentes de ellos, realmente o quizás sólo en una creación ideológica impuesta desde la conquista o la absorción (Molina, 1988; Maldonado *et al.*, 1991).

En suma, a la hipótesis de Nocete (1988 y 1989a) habría que añadir la posibilidad, en un momento avanzado del Neolítico (y quizás antes si nos inclinamos por un modelo trashumante a escala local de las comunidades del Prebético), de unos procesos de interacción en las ricas tierras bajas de las Campiñas, más abiertas y fáciles de trabajar que “las riberas del gran río” Guadalquivir y más cercanas a las montañas y sus variados recursos (materias primas, pastos, caza, etc.). Una interacción que afecta a comunidades que durante generaciones debían haberse movido por esos territorios, y que por procesos de agregación poblacional irían consolidando la ocupación permanente de las Campiñas Occidentales (3), formando grandes aldeas que serán la base de la reestructuración del

(2) Este tipo de alteraciones están presentes en alguna medida en los yacimientos que han mostrado una rica estratigrafía del período referido como son Papa Uvas (Aljaraque, Huelva) (Martín de la Cruz, 1984, 1985 y 1986); Los Castillejos en Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada) (Arribas y Molina, 1979a y 1979b; Molina, 1983), o el mismo Polideportivo de Martos (Lizcano *et al.*, 1991), y pueden haber afectado de igual forma a otros yacimientos donde se han constatado algunos materiales de estas fases como, p. ej., Albalate (Porcuna, Jaén) (Arteaga *et al.*, 1986).

(3) La importancia de la agregación ha sido referida también para el Sureste (Gilman, 1976; Chapman, 1990).

poblamiento cuando los conflictos, en torno a la sedentarización y sus limitaciones, faciliten, por mecanismos de coerción ideológica (Nocete, 1989a, 1989b; Criado, 1989) y militar, (Gilman, 1987b) el dominio de unos hombres sobre otros, de unos pueblos sobre otros. En definitiva la aparición de las clases sociales enfrentadas en torno a la organización de la producción y la distribución o dirección de sus resultados (Ste. Croix, 1981), enfrentadas abiertamente en conflictos, a veces armados, o luchando a través de los mecanismos ideológicos a su alcance (Ste. Croix, 1981; Thomas, 1990a). En esta línea de argumentación no cabe, al menos para la zona occidental de Jaén, una oposición radical entre los pastores de ovicápridos de las sierras y los agricultores de las Campiñas (Nocete, 1989c) (4). Este es el panorama que, de momento, se lee del estudio del interesante yacimiento de Martos.

2. LA DENOMINADA “CULTURA DE LOS SILOS”

2.1. Un concepto de Cultura

Partimos caracterizando la Cultura como producto, expresión y voluntad de una sociedad (Chatelet, 1962), su caracterización formal (Bate, 1977 y 1982). Desde el momento en que es tanto producto como expresión y voluntad, cualquier elemento cultural es un elemento social activo en diverso grado (Hodder, 1982; Sorensen, 1987; Tilley, 1982; Criado, 1989). No es sin embargo Cultura sinónimo de sociedad, pues ésta se compone de individuos agrupados en función de diversos intereses (Esteva, 1984).

Dentro de esta noción de Cultura cabe establecer distinciones, a cuya aclaración se dedica gran parte de lo que sigue, pero de partida hay que referirse por un lado a la coincidencia parcial entre las clasificaciones de los antropólogos al referirse a las culturas como sistemas sociales específicos y las concepciones populares que se refieren, al parecer sin “orden”, p. ej., a la cultura occidental, la cultura española, la cultura gitana, etc. Sin embargo, la aparente anomalía es sólo ficticia, la opinión tradicional revela el significado oculto de la Cultura como la expresión formal de los diversos fenómenos sociales (Bate, 1977 y 1982), desde el individuo (Wiessner, 1989), al modo de producción dominante que tiende a imponerse sobre otros (Marx, Engels, 1848; Marx, Hobsbawn, 1964), integrando algunas de las relaciones de éstos, al igual que culturas específicas se incluyen dentro de otras en el seno de los estados, siendo el caso paradigmático los imperios. El término Cultura se utiliza incluso a escala más global para aplicárselo a los diversos elementos y relaciones que interceden entre el hombre y la Naturaleza, es decir, para referirse al aspecto económico formal de las relaciones de producción, por las que los hombres transforman y se apropian de la Naturaleza, y que adquiere diversas formas según el estadio de desarrollo (Engels, 1876 y 1884; Esteva, 1984); aunque en ningún

(4) En este error de compartimentación han caído a menudo los investigadores de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica que tienden a ver aislados y enfrentados los grupos de la montaña y del llano (Jarman, 1982; Criado *et al.*, 1986; Criado, 1991; Vázquez *et al.*, 1987; Chapman, 1990; Galilea, 1981; Rojo, 1990; Cara y Rodríguez, 1989), aunque también hay excepciones (Blas Cortina, 1987; Maldonado *et al.*, 1991).

caso hay que reducir la Cultura a estos términos, y mucho menos con una reducción funcionalista de la economía a lo directamente visible (5), y de la Cultura a una simple adaptación.

Sobre estas diferencias de escala, Friedman (1989) distingue tres nociones de Cultura:

- I. La diferenciable a través del análisis social.
- II. Los elementos de autoidentificación.
- III. La organización de todo proceso de vida.

Si la relación entre el tipo I y los tipos II y III nos sitúa en la problemática del conocimiento científico de la realidad, del perspectivismo frente a la aproximación dialéctica a la verdad (Lenin, 1909; Gándara, 1982), la relación entre los tipos II y III nos sitúa directamente en las cuestiones sobre las convivencias culturales, los estados y los nacionalismos interiores, el imperialismo y la sumisión.

Las diferencias subculturales se sostiene que conducen, p. ej., al creciente nacionalismo actual cuando la noción de ciudadano de un estado ya creado pasa a segundo plano frente a rasgos aparentemente más concretos (razas, lenguaje, etc.). Estos fenómenos se manifiestan en los períodos de reorganización social en los que naturalmente influyen (Friedman, 1989). Desde este punto de vista, y teniendo en cuenta la realidad material que suponen también las construcciones mentales de una sociedad (Carandini, 1979; Scarduelli, 1983), no es cierto que las “culturas” o las “sociedades” no sean entidades reales porque nunca se encuentran aisladas (Shennan, 1989), ya que no se pueden reducir a meras categorías de análisis. En primer lugar porque son problemas históricos reales los que unen a un nivel de escala a varias sociedades (guerra, comercio, asimilación), y a otro nivel a todo el mundo (mercado actual, colonialismo, agresión contra el medio). En segundo término ni siquiera un individuo es una entidad única e inseparable sino un compuesto de partes y, más aún, su existencia no tiene sentido si no es en el marco social. Por último el mismo sentimiento de las gentes que la componen (p. ej., de opresión, satisfacción o decepción) hace real una sociedad y una cultura, o en otros términos un grupo social y su equivalencia formal. Estas entidades existen además sin la conciencia de ese sentimiento, y así, por ejemplo, existen las clases sin necesidad de que tengan conciencia de serlo (Anderson, 1980). El sentimiento se hace evidente como respuesta a una situación real de transformación social de origen múltiple, a la que también justifican y dan sentido, aunque según Shennan (1989) los casos de identidad étnica sólo se dan a partir de la aparición de los estados. Wiessner (1989), partiendo del papel comunicador del estilo (en nuestra argumentación los aspectos de variación específica de la cultura material), ha señalado el diferente papel que pueden adoptar los distintos elementos según el contexto, expresando, ya sea porque ésa fue la intención primordial de sus creadores o por un cambio en su utilización como símbolos, la identidad del grupo o del individuo, o diluyéndose en un significado no premeditado pero

(5) Para estos aspectos del funcionalismo ver Godelier (1974), y para un ejemplo de tales planteamientos Binford (1983), Renfrew (1984), etc.

presente en todas las creaciones de ese grupo; de tal forma que en cualquier caso los cambios se reflejan en ellos y se expresan y acentúan por ellos. Frente a Shennan (1989) creemos que cualquier variación espacial es relevante en términos sociales, aunque es cierto que ésta no responde, por supuesto, siempre a distinciones étnicas. De hecho creemos que la reutilización de los viejos “estilos” de nuevas maneras sólo puede hacerse comprensible interpretando como relevantes todos los contextos en que esos rasgos se hallan, todas las variaciones espaciales (Kristiansen, 1984).

A estos argumentos hay que unir, para interpretar correctamente la función de la Cultura Material en la reproducción de la sociedad, el papel de la Ideología como representación del mundo, como la forma en que una sociedad, o un grupo social, se representa a sí misma o en su relación con la Naturaleza (Scarduelli, 1983). No es simplemente manipuladora o conservadora y no puede reducirse a la falsa conciencia impuesta por el poder, sino que incluye las respuestas de los dominados, suponiendo una vía a la transformación por el choque de intereses de los diferentes grupos sociales (Thomas, 1990a y 1990b; Balibar, 1973; Ste. Croix, 1981). De ahí que en la Cultura Material, estudiada por los arqueólogos o aquella otra escrita u oral de la que se encargan otros científicos, se pueda leer no sólo la vida de las élites sino de aquellos que las soportaron en mayor o menor grado (Carandini, 1979). La Cultura reproduce así, como se ha visto, las divisiones e intersecciones de la sociedad que la creó.

Si bien para las sociedades objeto de este trabajo, no contamos, por el momento, con evidencias sobre diferenciación política, hecho que sí parece probado para etapas posteriores (Nocete, 1988 y 1989a), y aunque tampoco podemos referirnos, de momento, a otro tipo de diferencias según la edad y el sexo, sí son de nuestro interés las diferencias en expresión formal que se producen entre unos grupos y otros, y que, si bien en parte pueden responder a condicionamientos geográficos que limiten o posibiliten una relación más estrecha, en gran medida vendrán condicionadas por las alianzas entre los grupos restringidos con fines inicialmente “matrimoniales” y por “ende” reproductivos y, en forma diferida, productivos (Meillasoux, 1975). Es por ello, y no por un afán clasificatorio vacío, que creemos de interés dibujar en el futuro los límites de la Cultura de “Martos” en el III milenio a.n.e., y más allá la Cultura de las Campiñas o del Valle del Guadalquivir en general. Sólo en este marco, y transformándolo, se podrán integrar más adelante los yacimientos conocidos por las prospecciones ya referidas.

Recientemente los trabajos enfocados a la búsqueda de límites culturales se han centrado en la identificación de fronteras políticas (Nocete, 1989a y 1989b). Randsborg (1989) ha definido la frontera en función de los derechos de propiedad, ésta se convierte a la vez en un límite del Estado y un justificante de los que presuntamente lo defienden y que en realidad defienden en él, como instrumento de clase, sus propios intereses, o los de la clase que los utiliza como arma (6). Las fronteras además no son siempre rígidas (Hawke-Smith, 1981 para un ejemplo) y los límites no sólo se establecen entre los estados. Los contactos implican por ejemplo la utilización de símbolos exteriores, dotándolos de nuevos significados, tal vez muy alejados de los anteriores, en la nueva

(6) Naturalmente nos estamos refiriendo a los burócratas en general, militares y sacerdotes, p. ej., aunque no lo sean a tiempo total.

sociedad que se genera (Shennan, 1982; Sorensen, 1987); lo cual no debe ser un obstáculo para el conocimiento histórico si somos capaces de estudiar las relaciones materiales de determinados contextos sociales, sus cambios y sus causas/consecuencias (Shennan, 1989; Kristiansen, 1984). Es esta línea de buscar en un momento histórico la génesis de los símbolos de desigualdad posteriores la que pretende seguirse aquí.

Yendo más allá de la frontera estatal podemos estudiar la utilización del ritual, como fenómeno de comunicación social (Scarduelli, 1983), para establecer límites culturales (Larsson, 1989, p. ej., o en relación a las tumbas Darvill, 1982; Fraser, 1983; Yates, 1984). Ya en el marco clásico de la Escuela Histórico-Cultural vemos, ante el deseo de encontrar orígenes y justificar el nacionalismo europeo (Trigger, 1982 y 1989; Kristiansen, 1984; Shennan, 1989), la búsqueda de los rasgos que definieron culturas, aunque estudiadas siempre las diferencias en función de pueblos cuya amplitud geográfica variaba en base no a precisos análisis de las variaciones en escala de los diversos rasgos culturales sino de los intereses políticos dominantes, hecho del que la ciencia nunca se libera totalmente, aunque no se puede caer en el relativismo fácil (crítica en Lenin, 1909; Shennan, 1989). En la Península Ibérica uno de los precedentes que más nos interesa es Bosch (1932) que concebía los cambios como emigración de pueblos, surgiendo, p. ej., Los Millares de una intrusión portuguesa en la Cultura de Almería, a causa de la competencia por la posesión de las fuentes de mineral (Bosch, 1944) debiendo atravesar el Valle del Guadalquivir previamente, aculturándolo, sin entrar en la explicación de los mecanismos de difusión (7) (Shennan, 1989). La división en grandes zonas culturales no debe rechazarse sino matizarse y especificarse. Así es cierto que el Valle del Guadalquivir mantiene una cierta unidad visible no sólo en los dólmenes, a los que particularmente se refirió Bosch, u otro tipo de sepulturas (Berdichewsky, 1964), sino en la proliferación dentro del IV y III milenio de un determinado tipo de poblados, como el que aquí nos interesa, y de determinados elementos formales, especialmente cerámicas, cuyo origen, o causas de su aceptación, en cualquier caso hay que investigar.

Tradicional es ya las diferencias entre la Cultura de los Silos y la Cultura de Almería/Millares (Arribas y Molina 1979a y 1979b), o a escala más restringida la de los grupos megalíticos granadinos y los grupos orientales de la misma provincia adscritos al Horizonte Millares (Molina, 1983), o aún más, la oposición entre el poblado de Los Millares y sus fortines y los grupos megalíticos de Alhama (Arriba y Molina, 1984b; Cara y Rodríguez, 1989).

Si el yacimiento que nos ocupa se puede inscribir a escala global en el tradicional Horizonte de los Silos, hay que buscar diferencias culturales más precisas que nos aproximen a las formaciones sociales que ocupan el Alto Guadalquivir en los albores del III milenio y que nos faciliten el conocimiento real del proceso de cambios que condujo a la consolidación del Estado y la desigualdad social (Contreras *et al.*, 1985; Nocete, 1986, 1988, 1989a y 1989b; Perez *et al.*, 1990b) y cómo se expresa ésta en la Cultura Material (8).

(7) Cosa que últimamente sí se trata de conseguir en las síntesis sobre Prehistoria Reciente Europea (Darvill, 1982; Shennan, 1982, etc.).

(8) Así dentro de un sistema de vida común, de un modo de producción compartido en gran parte del sur de la Península Ibérica, al menos, las diferencias en evolución social entre unas zonas y otras de la Alta

2.2. Hipótesis sobre una convergencia. Los inicios de los grandes poblados

En relación a lo anteriormente expuesto quedan por explicar en extenso las causas de las similitudes de la Cultura Material en los albores del III milenio. Sin llegar a la extraordinaria difusión alcanzada por el fenómeno cardial en los momentos del Neolítico Inicial (B. Martí, 1978 y 1983; Navarrete, 1976) y refiriéndonos principalmente al fenómeno de las “formas carenadas” (fuentes y cazuelas) que caracterizan uno de los momentos de ocupación del yacimiento del Polideportivo de Martos (Lizcano *et al.*, 1991), hay que decir que se ha señalado la importancia cronológica y cultural de este fenómeno (Arribas y Molina, 1979a y 1979b; Carrilero *et al.*, 1982) y a menudo se ha querido relacionar con un cambio en la dieta, en la que cada vez cobra mayor importancia el cereal (Nocete *et al.*, 1986; Nocete, 1988 y 1989a). Si por un lado las fuentes carenadas no parecen reducir su función a la elaboración de alimentos cerealísticos (9), por otro el repertorio de restos alimenticios presentes en el registro arqueológico no asegura en todos los poblados la consolidación de la agricultura (10). Y así en nuestro yacimiento no es elevado el número de artefactos silíceos relacionados con la recolección cerealística, aunque sí es evidente la presencia de restos de cereales y leguminosas en éste. Si en las conclusiones de este trabajo nos ocupamos con mayor detalle de estos temas, cabe adelantar las implicaciones teóricas de la nueva evidencia en relación a las hipótesis propuestas tradicionalmente (ver antes y Lizcano *et al.*, 1991) sobre los orígenes del poblamiento de las Campiñas del Alto Guadalquivir, llevándonos a rechazar el crecimiento demográfico y la búsqueda de nuevas tierras como factores de la expansión (ver Ramos, 1981; Nocete, 1986, 1988 y 1989a) y los criterios de adopción de sistemas de vida similares en ambientes parecidos para explicar en este caso las coincidencias en la Cultura Material de diversas zonas de la Península Ibérica. Una vez rechazadas concepciones sobre tendencias universales de desarrollo, presiones externas y convergencia por adaptación, se presenta la necesidad de explicar a grandes rasgos las causas de la variabilidad específica y la homogeneidad (Trigger, 1982; Shennan, 1989) de diversas zonas en los momentos cronológicos que nos ocupan.

La respuesta tradicional, ya referida, se había situado en los movimientos de pueblos o ideas a la búsqueda de la génesis del mundo occidental (Childe, 1951) o más específicamente de las naciones actuales, de aquellos pueblos que buscaban constituirse en nación y para los que el pasado es un arma fundamental (Fontana, 1982; Friedman, 1989; Shennan, 1989) (11). La complejidad del mosaico revela la necesidad de una aproxima-

Andalucía, p. ej., se harán evidentes en la contrastación de este trabajo con otros recientes (Arribas y Molina, 1979a y 1979b; Molina, 1983 y 1988; Ruiz, 1982; Ruiz *et al.*, 1984; Nocete, 1986, 1988, 1989a, 1989c...).

(9) Análisis químicos en realización por parte de A. Sánchez y M.^a L. Cañabate.

(10) Si es conocido el caso de Montefrío donde el aumento de las especies cazadas (Uerpmann, 1979) en fases paralelizables a las de Martos se interpretó en función de una necesidad de defensa de los cultivos que habían adquirido mayor importancia relativa (Arribas y Molina, 1979a).

(11) Ya nos hemos referido al papel que en la Península jugó la obra de Bosch (1932, 1944 y 1969) y que, en relación al tema que nos ocupa, vinculó la aparición de las formas lisas que caracterizan al Neolítico Final, a una expansión militar de la Cultura de Almería, de origen africano, por la costa levantina; en esa línea las diferencias con el horizonte posterior se vinculan con la expansión, sólo por determinadas zonas de Andalucía, incluyendo Millares, de la Cultura Portuguesa.

ción que tenga en cuenta las diferencias en escala espacial y temporal entre los diversos fenómenos, como se señaló en el apartado anterior (12). Aunque la irrupción de las formas carenadas en los contextos de la Alta Andalucía es repentina y supone un cambio respecto al material cerámico precedente (Arribas y Molina, 1979a y 1979b; Lizcano *et al.*, 1991), el resto de la Cultura Material, incluyendo las estrategias de explotación del territorio, y el sistema de hábitat, no experimentan un cambio transcendental que pueda sugerir desplazamientos de pueblos o quiebra de un sistema de vida (13). La presencia de estas formas lo que clarifica es la interacción entre las diversas comunidades, hecho ya constatado para diversas etapas cronológicas, incluso a lo largo de períodos más amplios (Harrison y Gilman, 1977; Shennan, 1982), además como ya se ha indicado (Lizcano *et al.*, 1991) la extensión geográfica y cronológica de este tipo de poblados es muy grande. La importancia la adquiere así la explicación de un tipo específico de sociedad con su combinación especial de rasgos materiales, en un momento y lugar concretos, como veremos en éste y otros trabajos.

Hasta ahora tampoco hay criterios claros para situar en una zona concreta el origen de la expansión por el llano de las comunidades neolíticas que simplemente parecen consolidar asentamientos previos de carácter estacional (Carrilero y Martínez, 1985), buscando centralizar, desde las nuevas zonas, por un lado las rutas hacia los pastos, zonas de caza o de aprovisionamiento de materias primas que ocuparían a parte de la población, y por otro aprovechar ahora de forma más intensiva los recursos de las lomas, en una estrategia que combinaría agricultura cerealística, horticultura y en gran medida la explotación del cerdo que no descenderá hasta finales del Calcolítico en los casos estudiados (Boessneck, 1969; Driesch, A. von. y Peters, 1990; Uerpman, 1979). La sedentarización va acompañada de nuevas formas de remarcar el territorio y el poblado concreto como son las zanjas y las tumbas en las que nos centraremos posteriormente.

Las evidencias del Sureste (Gossé, 1941; Val Caturla, 1948; Camalich *et al.*, 1985; etc.), de Montefrío (Arribas y Molina, 1979a y 1979b; Molina, 1983) y ahora de Martos (Lizcano *et al.*, 1991), rechazan las concepciones de aquellos que pretenden buscar un único origen occidental para el fenómeno de los “campos de silos” (Carrilero *et al.*, 1982; Collantes de Terán, 1969) y mucho más las hipótesis neocolonialistas (Rodríguez y Oliva, 1985), al situar nuevas fases cronoestratigráficas bajo el “horizonte de los silos” y al colocar estas estructuras lejos del marco del Bajo Guadalquivir. De interés excepcional es que en casi todos los casos que estamos tratando, los yacimientos de la transición del IV al III milenio se sitúen en zonas muy frecuentadas, de gran concentra-

(12) Las formas carenadas a que nos hemos referido están, por ejemplo, presentes en Portugal (Savory, 1968), y entre las diversas zonas en las que durante la Edad del Cobre contamos con platos de borde almadrado se han sugerido ya algunas diferencias como el “bruñido policromo” indicado para la zona de Porcuna (Jaén) por Nocete (1988 y 1989a; Ruiz *et al.*, 1984). Las tendencias ultradifusionistas no han desaparecido en los últimos años (Ruiz Mata, 1976; Rodríguez y Oliva, 1985), pero han prescindido de las explicaciones sobre el origen de los pueblos para decantarse por el “origen de los recipientes”, existiendo referencias en el mejor de los casos a colonias aparecidas súbitamente en un sustrato cultural diferente, indígena.

(13) Conocido es el caso de Montefrío, pero como veremos más adelante la transición también se produce en el Polideportivo de Martos sin grandes alteraciones.

ción de yacimientos, lo que facilita un estudio de los cambios en el poblamiento, estrategias económicas, y en general de las relaciones sociales, que pueden ayudar a dar respuesta a los interrogantes que plantea la hipótesis que sigue.

2.2.1. *Concentración de la población y movimiento selectivo*

De lo anteriormente dicho se desprende la importancia fundamental que concedemos a los fenómenos de agregación poblacional para explicar el origen de los desarrollos que posteriormente darán lugar a fenómenos de plena desigualdad social. Si la agregación es un fenómeno que ya ha merecido la atención de investigadores que se han ocupado de formular teorías sobre el origen de la desigualdad social en el Sureste peninsular (Gilman, 1976, 1987a, 1987b y 1991; Chapman, 1982 y 1990; Nocete, 1986, 1988 y 1989a; Mathers, 1984; Ramos, 1981, etc.), no coincidimos con ellos en cuanto a las causas que dieron lugar a una mayor sedentarización. En unos casos porque ya se ha demostrado la inconsistencia de la hipótesis del medio ambiente hostil (Molina, 1988; Rodríguez, 1992) y en otros porque la agricultura no parece ser el objetivo económico fundamental de estas comunidades al ocupar nuevas tierras o al establecerse permanentemente en otras que ya ocupaban. Además hay que tener en cuenta que la presión demográfica no puede ser concebida como una constante absoluta, sino que, en todos los casos, la valoración de un desajuste entre la población y recursos depende de la distribución y la capacidad relativa de obtención de éstos, en definitiva de las relaciones sociales dominantes (Harvey, 1977). Puede ser más interesante conservar las nociones de Gilman sobre la adecuación del grado de desarrollo de las fuerzas productivas con nuevas estrategias económicas (Gilman, 1976, 1987a y 1987b), idea desarrollada también por Nocete (1988 y 1989a) con implicaciones más radicales en cuanto a la desigualdad y la aparición del Estado; sin embargo tanto en este tema como en el surgimiento de las élites, que se apropian, por su simple deseo de poder, del control de la producción y de sus beneficios, subyace una concepción “voluntarista” del desarrollo social, como “ideal de progreso universal” (Fontana, 1982), o una constante que valora que en cualquier circunstancia el hombre puede ser un “lobo para el hombre” (Shennan, 1987). En lugar de ello habría que analizar con detenimiento el complejo entramado de antecedentes que provocan un cambio transcendental en los sistemas de vida, y, por tanto, en las relaciones sociales de producción, reflejado por ejemplo en los nuevos patrones de asentamiento y las nuevas estrategias económicas (14).

Las nuevas relaciones entre hombres y mujeres que, según Meillassoux (1975), acompañan el inicio de la explotación agropecuaria con la finalidad de mantener el ciclo reproductivo biológico, y por tanto el aporte continuo de fuerza de trabajo, exigen nuevas relaciones más estrechas entre los diversos grupos sociales que ocupaban un área determinada. El mantenimiento de las redes de alianza para el intercambio de mujeres y sus símbolos (en forma de “dote”) pudo derivar en fenómenos de desigualdad entre

(14) Fenómenos que, en sus inicios, como veremos, son anteriores a la aparición de las primeras formas carenadas.

grupos (deuda de mujeres y por tanto de sus hijos, adquisición del símbolo de un valor de cambio independiente que justificaría la posición de algunos grupos que produjeron determinados elementos que alcanzan prestigio, etc.), o dentro de ellos (potenciación ideológica del anciano/chamán, donante de los frutos de la tierra, ligado con la comunidad con la que se identifica y organizador de las reglas de intercambio —Chapman, 1981; Bloch, 1981 y 1982—, identificación ideológica de ciertos hombres con las mujeres —Godelier, 1982—, reparto de beneficios de la producción en lugar de las cargas —Meillassoux, 1975—). Sin embargo estos procesos se evidencian de forma plena en un desarrollo posterior al momento que estamos tratando y son el objeto central de numerosos proyectos de investigación arqueológica desarrollados en el Sureste y la Alta Andalucía. Aquí nos interesan fundamentalmente los beneficios que un cambio en el patrón de asentamiento podría reportar para el ciclo reproductivo y el control de la fuerza de trabajo.

Recientemente se ha enfatizado el papel de los símbolos en la adscripción desigual de unos poblados a otros (Nocete, 1988 y 1989a; Molina, 1988; Maldonado *et al.*, 1991), mas lo que ahora nos interesa son las causas que condujeron a la ocupación del llano de forma permanente. Nuestra hipótesis se basa en que la necesidad cada vez mayor de relaciones entre los grupos por los intereses reproductivos (nótese que se supera la reproducción biológica en bien de la reproducción social, en general expresada por la continuidad del sistema en términos de organización del trabajo y reparto de los productos) condujo a fenómenos de agregación poblacional en torno a determinados ecotonos (zonas de transición entre ecosistemas) donde se podía explotar una amplia variedad de recursos (15), entre ellos los tradicionales de caza y recolección y otros relativamente nuevos como la ganadería extensiva (entre las montañas y el llano, inscrita en circuitos cada vez más normalizados y en rutas que pronto se remarcarán —Blas Cortina, 1987; Andrés, 1990—), la ganadería intensiva y la horticultura, y un cereal que progresivamente irá cobrando mayor importancia, a medida también que los conflictos entre las comunidades (derivados de los sistemas de vinculación ideológica referidos y los límites a que podían llegar debido a la competencia entre grupos amplios), lo hicieran necesario por sus facilidades de producción de mayor cantidad de alimentos por unidad de superficie con las ventajas que ello tiene para los grupos ahora más amplios (Cohen, 1977), su posibilidad de almacenamiento y, por tanto, y no menos importante, por ser susceptibles de ser centralizados y expropiados (Childe, 1954).

Los primeros poblados permanentes del sur de la Península Ibérica podrían inscribirse así en un momento antiguo del desarrollo social, en el que era necesario controlar de manera definitiva los límites del territorio explotado y ocupado de forma tradicional, pero estacional, por diversos grupos que ahora forman una comunidad más unida, real e ideológicamente, lo cual explicaría, sobre todo, las grandes necrópolis que después irán surgiendo junto a los poblados, pero también, como veremos, la utilización puntual de determinados rituales como la inhumación de cadáveres, o de animales, para acceder a la identificación con una tierra que ha dejado de ser una bienhechora para convertirse en

(15) El papel de estas zonas ecológicas ha sido destacado por numerosos autores en relación al problema de los orígenes de la agricultura (ver, p. ej., Henry, 1981).

la garante, junto a los hijos referidos, de la continuidad del grupo cohesionado, ahora prácticamente autosuficiente en términos reproductivos (sobre todo si la comunidad incluye varias aldeas vecinas), y en el que aún no se han consolidado las diferencias internas, que tenderán a cargar, en primer lugar, sobre los poblados más pequeños, que se convertirán así en dependientes.

2.2.2. *El poder de la tierra*

Las tumbas. Una nueva evidencia

En el Alto Guadalquivir las noticias sobre enterramientos son escasas, incluso para los momentos calcolíticos. Sólo contamos con determinadas referencias a excavaciones del siglo XVII destinadas a exhumar los restos de presuntos mártires, en la actualidad venerados, en las ciudades de Arjona y Baeza (F. J. Sánchez, 1929; Morales, 1965; Vaño, 1965; Ruiz, 1982; Sánchez y Casas, 1984; Ruiz *et al.*, 1986; Nocete, 1988), e inscritas dentro de lo que se ha venido a denominar “Arqueología Sacralizada” (Ruiz *et al.*, 1986; Nocete, 1988) y que no es otra cosa que una prueba más del uso del pasado para la manipulación de la situación social en que se vive (Fontana, 1982). También existen ciertas notas del siglo XIX, producto de los viajes del que se ha llamado primer prehistoriador andaluz, M. Góngora (1868), quien se refirió, entre otros, a los enterramientos colectivos de Alcalá, muy cercanos al núcleo megalítico de Las Peñas de Los Gitanos en Montefrío (Granada) (Góngora, 1868; Mergelina, 1941-42; Arribas y Molina, 1979a y 1979b; Molina, 1983). Después de esto las actuaciones en sepulcros de inhumación del IV y el III milenio han sido escasas, destacando los trabajos de Mergelina en Haza de Trillo (Mergelina, 1944; Ruiz *et al.*, 1984) y los mucho más recientes en el casco urbano de Jaén, sobre todo la necrópolis de Marroquíes Altos (Espantaleón, 1957 y 1960; Vaño, 1962; Lucas Pellicer, 1968; Berdichevsky, 1964), que se interpretaron dentro del marco de las teorías difusionistas al uso, sin preocuparse de las evidentes diferencias entre las sepulturas (Nocete, 1988). Existen algunas referencias a expolio (Ruiz, 1982; Carrasco *et al.*, 1980) y determinadas noticias sueltas, siendo el caso más conocido la continua destrucción de la necrópolis giennense referida (Lucas Pellicer, 1968) y que continúa hasta la fecha “gracias” a un crecimiento urbanístico descontrolado; aunque también hay casos dolorosos en otras zonas como la destrucción de una necrópolis de cuevas artificiales en Cazalilla (Serrano, 1969; Carrasco *et al.*, 1980; Ruiz, 1982; Nocete, 1988).

Con estos escasos datos las síntesis realizadas hasta la fecha aportan poco a la panorámica histórica del Alto Guadalquivir en estos milenios, quedando las reconstrucciones sesgadas en el plano de estos aspectos de la cultura material que tanta información pueden aportar sobre los mecanismos ideológicos que aseguran la reproducción social (Pearson, 1982; Kristiansen, 1984; Tilley, 1982; Shennan, 1982). Carrasco *et al.* (1982) se limitan a exponer los casos conocidos en el marco de explicaciones centradas en la expansión de rasgos culturales desde el Sureste y no clarifican la importancia de la oposición de las pequeñas necrópolis en cuevas artificiales frente a los casos de sepulturas aisladas, que pueden deberse a problemas de localización (al ser estructuras subterráneas) pero que en todo caso suponen un importante elemento diferenciador con

respecto a los grandes poblados del Sureste como Los Millares, donde en su gran necrópolis se pueden expresar importantes diferencias sociales y canalizar la reproducción social de otros grupos a los que se domina desde este poblado (Maldonado *et al.*, 1991). En todo caso parece evidente, y no se señala su importancia, que no toda la población se inhumaba (ver Chapman, 1990).

El estudio de A. Ruiz (1982) no profundiza tampoco en la línea abierta sobre diferenciación geográfica de los tipos de sepulturas al situarse inhumaciones colectivas en cuevas artificiales o naturales en torno a las sierras subbéticas, siendo los hallazgos más alejados los ya referidos de Arjona, Baeza y Cazalilla, aparte de otras al noreste. Los megalitos se conocen sólo en las sierras subbéticas aunque hay noticias problemáticas sobre su presencia en Sierra Morena. Desde estas premisas poco se ha hecho para mejorar el conocimiento de los fenómenos funerarios iniciales en el Alto Guadalquivir, limitándose Nocete (1988) a indicar que son las “cuevas artificiales” el tipo de tumba característico de las sociedades de la Edad del Cobre de las Campiñas.

En esta línea la importancia del hallazgo realizado en Martos (fig. 2, lám. II), de cuyo significado social nos ocuparemos posteriormente (16), deriva de dos hechos: en primer lugar el haber sido realizado en el curso de una excavación reciente, lo que ha permitido, pese a las alteraciones del yacimiento que estuvieron a punto de destruir totalmente la estructura (Lizcano *et al.*, 1991), obtener una documentación precisa de todos los elementos presentes y estar en condiciones de emprender análisis sobre el contenido de la sepultura en su sentido más amplio; por otro lado hay que destacar que nos encontramos con un tipo de enterramiento desconocido hasta la fecha en el Alto Guadalquivir, la inhumación en “silo”, en este caso múltiple, incluyendo cinco individuos (Lizcano *et al.*, 1991) y que pertenece además a un momento antiguo dentro del período que estamos tratando, adscribible al Neolítico Final, si bien no está dentro del contexto de las estructuras más antiguas del yacimiento de Martos.

Inhumaciones intencionadas en “silos” o fosas excavadas se conocen en todo el Valle del Guadalquivir para momentos del calcolítico y anteriores (Bonsor, 1899; Gener, 1962; Perdigones *et al.*, 1985; González, 1986; J. A. Ruiz, 1986; Martín de la Cruz, 1987; J. A. Ruiz y J. A. Ruiz, 1989; Ruiz, 1986; J. J. Fernández, 1989; etc.), y Berdichewsky (1964) relacionó éstas estructuras con las “cuevas artificiales” considerándolas como un tipo especial con la función primaria de servir de lugar de enterramiento. Si en algunos casos puede verse la evolución desde las estructuras excavadas tipo “silo” hasta las verdaderas “cuevas artificiales” (Perdigones *et al.*, 1985), y aunque no siempre constituyen verdaderos enterramientos colectivos, y otras veces “necrópolis” de cuevas artificiales se asocian a las típicos poblados de estructuras excavadas (caso de Gilena, Rivero *et al.*, 1987), en otras ocasiones vemos que a estos poblados se asocian enterramientos en “sepulcros de corredor” similares a los “tholoi”, no sólo en Andalucía (Valencina, Ruiz Mata, 1976), sino también en Extremadura (caso de La Pijotilla, Hurtado, 1986 y 1991). La diferente cronología puede explicar en parte la oposición, aunque lo que nos interesa es destacar la similitud entre los fenómenos funerarios iniciales a lo largo del

(16) El estudio antropológico lo está llevando a cabo Beatriz Robledo.

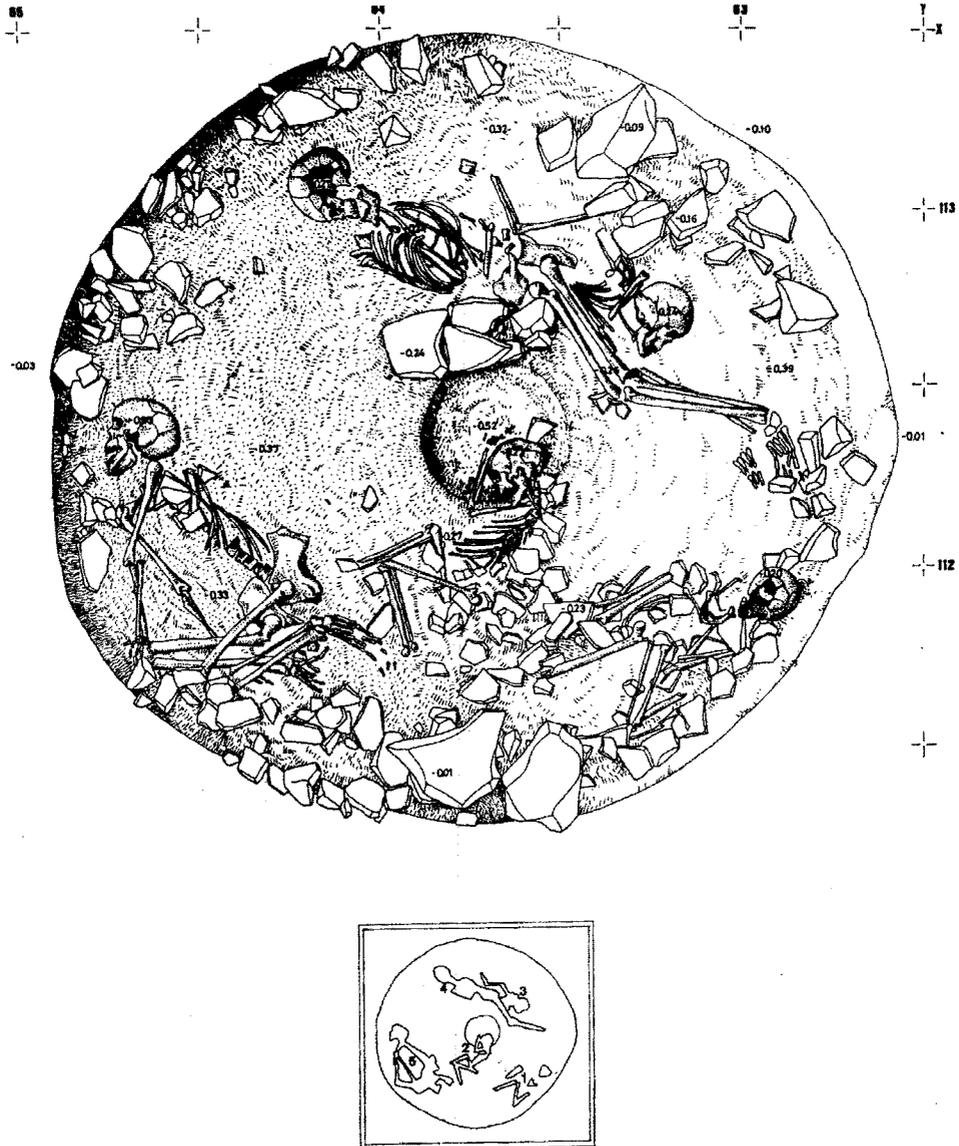


Fig. 2.—Cabaña XIII. Enterramiento familiar.

Valle del Guadalquivir, en los que están ausentes los criterios de colectividad que se imponen en momentos calcolíticos. El paralelismo no se reduce a las formas de enterramiento o a las características de los poblados, sino que incluye las formas cerámicas, siendo destacable que tanto en los Castillejos de Montefrío (Arribas y Molina, 1979a y 1979b) como en Papa Uvas (Martín de la Cruz, 1984, 1986) o Martos (Lizcano *et al.*, 1991, véase más adelante) nos encontramos con fases previas al desarrollo de las formas

abiertas carenadas. La convergencia no puede reducirse a criterios de funcionalidad sino que hay que revalorizar los contactos e interrelaciones de estas comunidades (Arribas y Molina, 1979a y 1979b) en un marco social en el que los enterramientos marcan un deseo de permanencia, de unión a la tierra a través de los ancestros (Bloch, 1981; Chapman, 1981; Fraser, 1983). Si bien la importancia de la agricultura en estas comunidades parece haberse sobrevalorado, queda claro que la deposición en las sepulturas de familias sugiere un ideal de permanencia en una situación en que la movilidad no ha desaparecido por completo incluso al nivel de los límites de la aldea (casas y estructuras asociadas) (ver Andrés, 1990, con salvedades). Es también evidente que no toda la población se inhuma, aunque el fenómeno es más general de lo que se cree y prueba de ello son los restos óseos humanos que aparecen depositados en algunas estructuras excavadas e interpretadas como basureros (Fernández y Oliva, 1986; Ruiz y Ruiz, 1989; Amores, 1982; Cruz-Auñón y Jiménez, 1985), y que nosotros creemos que indican una cuestión radicalmente opuesta, pues estos “depósitos de restos óseos”, inconexos y parciales, pueden ser evidencias de un uso continuado de la estructura como lugar de inhumación o desecho ritual de los cadáveres sin deposición formal estricta. A veces se ha llegado a dudar de la existencia de verdaderas inhumaciones, rechazándose, por ejemplo, los datos de Bonsor (1899) (Cruz-Auñón y Jiménez, 1985) aunque para ello sólo se utilicen argumentos normativos de adscripción crono-cultural del registro arqueológico, que sin embargo le son criticados a Bonsor. Incluso si no se aceptan los recientes datos sobre inhumaciones intencionadas en zanja (Alcázar *et al.*, 1992), habría que pensar que el hecho de que sólo parte de la población se inhume confiere a estos enterramientos un mayor significado: por una parte tiende a identificar a los inhumados como representación de la comunidad, como símbolos del terreno en que ésta vive y donde han sido enterrados, pero por otra parte, y sobre todo en el caso de familias completas, se puede abrir una vía a la diferenciación, al remarcarse el papel exclusivo de ciertos clanes, a través de algunos de sus miembros, a ser símbolos de la continuidad y la cohesión en relación, tal vez también, a la dirección coyuntural de la comunidad obtenida por los mecanismos normales de las sociedades “igualitarias” (17), al ocupar un territorio, ponerlo en explotación o mantener y afianzar sus relaciones con el exterior.

Las zanjas. Hipótesis previas

La continuidad en la ocupación y relación ideológica de la comunidad con la tierra que ocupa y explota viene también sugerida por la presencia en muchos de estos poblados de zanjas discontinuas de perfil en “V” o “U”. En la mayoría de los casos conocidos en la bibliografía española se circunscriben a la Edad del Cobre aunque el

(17) La caracterización como igualitarias de las sociedades preclásicas conlleva algunos problemas, como, p. ej., la valoración de la relación entre los hombres y las mujeres, o entre los adultos y los niños (Meillassoux, 1975; Bender, 1989...).

ejemplo de Los Pozos (Hornos *et al.*, 1986; Nocete, 1988) nos sitúa, al menos, en un momento antiguo de ésta, y una situación más anómala parece producirse en lo que respecta al yacimiento de Martos, donde en los cortados de la calle paralela al eje mayor del Polideportivo, se evidencian diversas secciones de estructuras de este tipo que, por su ubicación espacial, cabe relacionar con los momentos de ocupación más antiguos del asentamiento. Lamentablemente, al fin de la primera campaña, aún no hemos podido excavar ninguna de estas estructuras, lo que no es impedimento para ocuparnos someramente de su funcionalidad.

Las fotografías aéreas del yacimiento de La Pijotilla revelan un trazado casi circular de este tipo de estructuras, englobando en su interior una superficie de “80 Ha.” (Hurtado, 1991) dentro de las cuales se considera que también están las tierras de cultivo. Nuestra opinión es que hay que considerar que incluyen todas las áreas de actividad cotidiana de la comunidad, en este ejemplo también los enterramientos en tholoi, si bien en los momentos más antiguos los recintos no debían ser de tanta extensión. En el caso de Los Pozos (Higuera de Arjona, Jaén), la estructura excavada de este tipo ha sido interpretada, en base al relleno estratigráfico y la configuración alisada y verticalizada (incluso con adobes) de las paredes, como fortificación con utilidad de drenaje esporádica y en ningún caso como de riego. Interpretación con la que estamos totalmente de acuerdo, debiéndose rechazar la hipótesis de las “zanjas de drenaje” propuesta para algunos casos tanto en la Península Ibérica (Fernández y Oliva, 1985 y 1986; Perdigones y Guerrero, 1985) como en otras zonas europeas (Tiné, 1983) por distintas razones: en primer lugar por la complejidad en su construcción, ya que se exige un gran esfuerzo para construir zanjales de hasta 4 m. de anchura y 7 m. de profundidad innecesarias para cuestiones de drenaje (Fernández y Oliva, 1986), en segundo lugar por la discontinuidad e irregularidad de sus trazados con recintos incluso dobles (Ruiz Lara, 1989), que sugiere un deseo de complicar el acceso tal y como se ha documentado en diversas zonas de Europa, incluso con terraplenes y murallas, para momentos cronológicos similares (Toupet, 1988; Joussaume, 1988; Andersen, 1988) ya que si bien no conocemos por ahora todos estos elementos en la Península, sí pueden indicarse revestimientos de adobes (Hornos *et al.*, 1986; Gil-Mascarell y Rodríguez, 1987) e incluso continuidad entre los trazados de las zanjales y muros de fortificación posteriores. Aunque algunos prefieren no asegurar el carácter defensivo de estas estructuras (Murillo *et al.*, 1985) éste no puede descartarse, en base a las evidencias conocidas sobre sistemas de fortificación en el Sureste en momentos calcolíticos, con articulación de muralla con refuerzos y fosos exteriores (Arribas *et al.*, 1985), y las noticias de otras zonas europeas (Darvill, 1982), donde ceremonias rituales y carácter defensivo, al menos esporádico, van siempre unidos incluso en los casos en que estas zanjales delimitan zonas exteriores al verdadero poblado (Kristiansen, 1984; Whittle, 1988).

En definitiva debemos concluir con diversos autores (Hornos *et al.*, 1986; Nocete, 1988; Arribas y Molina, 1984a) que estamos ante estructuras de fortificación que habría que relacionar con la emergencia de los primeros conflictos sociales y con la necesidad de afirmar la cohesión de la comunidad, también ideológicamente, hacia el interior. A esta interpretación sirve de apoyo otro argumento como es la permeabilidad de algunos de los terrenos en que se emplazan los poblados, que hace innecesarias obras “hidráulicas”, tan colosales, para el drenaje, sin perjuicio de que en determinadas circunstancias las

zanjas facilitarían la concentración de aguas más que su evacuación y salida, lo que sin duda las haría más infranqueables (18).

Atribuyendo en definitiva una función simbólico-defensiva a estas estructuras (Whittle, 1988), quedaría por señalar que la aparición de diversos recintos concéntricos no implica, en todos los casos, abandono del recinto más interior tras una hipotética ampliación del poblado, ya que diversos círculos contemporáneos pudieron estar rodeados por otro mayor y más exterior, si bien es indudable la sucesión cuando alguna de estas estructuras queda completamente sellada (Nocete, 1988).

3. EL POLIDEPORTIVO DE MARTOS. LA EVOLUCION DE LA CULTURA MATERIAL Y LA ADSCRIPCION CRONOLOGICA

3.1. La secuencia horizontal y los problemas de correlación estratigráfica

A excepción de Los Castillejos de Montefrío (Arribas y Molina, 1979a y 1979b), no conocemos en la Alta Andalucía yacimientos al aire libre con secuencias estratigráficas amplias y verticales que contengan todo el desarrollo histórico del IV al III milenio. A esta ausencia de información, hay que añadir la precariedad de los registros arqueológicos con que contamos, ya que en la mayoría de los casos éstos son muy parciales y sesgados, procedentes de sondeos estratigráficos o de excavaciones de pequeñas dimensiones. Todo ello provoca que a un gran número de yacimientos, de los cuales sólo contamos con datos procedentes de prospecciones superficiales, se les confiera un carácter de ocupación monofásico no siempre verificado por la excavación y casi nunca real (Contreras *et al.*, 1985; Lizcano, 1986; Nocete, 1988 y 1989), más aún cuando las especiales características de las estructuras que a nivel espacial definen la extensión de estos asentamientos, y en las que el empleo de la piedra, como elemento de construcción, juega un papel secundario, no producen una deposición fácilmente observable a nivel superficial. Por otro lado, los intentos por establecer seriaciones cronológicas y culturales en los yacimientos con estratigrafías horizontales son mínimos, y esto conlleva, en numerosas ocasiones, una distorsión y confusión de los diferentes momentos de ocupación que están presentes en este tipo de yacimientos. A estos problemas no han permanecido ajenos yacimientos ya "clásicos" de Andalucía Occidental como Valencina de La Concepción, Papa Uvas, Campo Real, Base Naval de Rota, etc., o de Extremadura como La Pijotilla. En la mayoría de ellos la mayor parte de las excavaciones realizadas han sido programadas para solucionar problemas de urgencia, nunca se ha pretendido sistematizar la investigación en líneas coherentes capaces de reconstruir el proceso histórico que representan estos grandes yacimientos, y como máximo se han limitado a indicar que los datos procedentes de las actividades han de servir para conocer la Prehistoria Reciente del área geográfica donde se sitúan los poblados. Sin embargo los registros

(18) Las objeciones de Martín de la Cruz (1985) sobre la funcionalidad defensiva de las zanjas a partir de la irregularidad del trazado de éstas, vemos que carecen de valor ante lo expuesto sobre la complejidad de las fortificaciones de piedra que en algunas zonas parecen suceder y en otras sustituir el sistema de zanjas con empalizadas.

arqueológicos han servido, a través del uso normativo y abusivo de los paralelos, para señalar relaciones y conexiones entre áreas geográficas distintas y alejadas.

Si exceptuamos los casos del Sureste y el Alto Guadalquivir desde mediados de la última década, la raíz del problema se centra en la escasez de proyectos de investigación en los que dentro de objetivos científicos quede definido hipotéticamente el proceso histórico que se pretende reconstruir y analizar.

Los pocos casos en los que se han realizado seriaciones cronológicas se han basado en las evidentes superposiciones de estructuras que se constatan en los yacimientos en el transcurso de las excavaciones, pero a partir de ahí las correlaciones entre las distintas estructuras se apoyan sólo en porcentajes de las diferentes formas de recipientes cerámicos definidas de antemano por criterios subjetivos (Martín de la Cruz, 1984 y 1986). En este tipo de analítica no se tienen en cuenta otros elementos de diferenciación, ni los problemas y errores que puede acarrear el que las diferencias observables dentro del registro arqueológico se deban a la diversidad funcional de las estructuras que lo contienen, y se reiteran sistemáticamente criterios acerca de la funcionalidad de las estructuras ya tópicos, siendo los más coherentes los de “silos”, “fondos de cabaña”, “basureros”, etc., y los más peregrinos los de estructuras utilizadas como cocederos de mariscos (Escacena, 1985) o estructuras para depositar ajuares votivos (Escacena y Lazarich, 1985), carentes por completo de base científica alguna.

Ante la ausencia de estratigrafías verticales, se hacen necesarios otros instrumentos para correlacionar la superposición sedimentaria de cada una de las estructuras. Los problemas que presenta la correlación de una estratigrafía horizontal como la del Polideportivo de Martos son diversos y de distinta índole. Algunos de ellos los exponemos brevemente:

1. Resulta muy difícil reconocer los distintos paleosuelos que en el proceso de ocupación de un yacimiento de estas características se producen, en muchas ocasiones porque éstos han desaparecido debido a la propia ocupación y los patrones constructivos de las estructuras, lo que provoca que sea prácticamente imposible relacionar a nivel secuencial estructuras construidas dentro de una misma fase del asentamiento por este medio.

2. Tampoco conocemos si durante el desarrollo de las actividades de producción dentro del asentamiento existen pautas que dirijan o determinen la construcción de estructuras, ya sean las de almacenaje, las domésticas, u otras con funciones más específicas como hornos, talleres, estructuras de despique, telares, etc. Nos estamos refiriendo a si éstas cuentan con una planificación previa, o si por el contrario su construcción está en función de las necesidades que surgen durante el desarrollo de las actividades. Teniendo en cuenta las formas simples y la relativa facilidad de trazado y excavación de estas estructuras, la fragilidad de los materiales empleados en su construcción y las características de los sedimentos que las colmatan, es más que probable que los momentos de uso hasta la definitiva amortización de las estructuras sean realmente cortos, por lo que la dinámica de construcción, además de no estar rígidamente preestablecida, sería constante. De esta forma en un período de tiempo relativamente breve se construiría un importante número de estructuras, sin que ello sea indicativo de un aumento poblacional de la comunidad sino que solamente se produciría un aumento de la superficie ocupada

del asentamiento; sin embargo la articulación de las diferentes estructuras funcionales sí parece estar predefinida así como el cierre del poblado, como veremos.

3. Como contrapunto a la idea anteriormente expuesta, cabe señalar lo arriesgado que es precisar de forma concreta, y con los actuales registros, el grado de movilidad de estas comunidades dentro del mismo yacimiento y por tanto de las estructuras que se construyen en él, por lo que estructuras con registros arqueológicos similares pueden pertenecer a fases constructivas relativamente distantes en el tiempo, y que difícilmente podemos apreciar y discernir con una excavación parcial.

4. De igual modo resulta problemático conocer con exactitud el carácter del asentamiento, aunque anteriormente ya hemos indicado algunas de las hipótesis con las que partimos en este trabajo. Si se trataba de poblados con un fuerte carácter estacional, marcado por las estrategias económicas, para las cuales se hace necesario el desplazamiento periódico de, al menos, parte de la población, o si se trataba de comunidades más estables, cuya movilidad dentro de un espacio natural determinado, que nosotros denominamos yacimiento, se debe a cuestiones de eficacia económica, diferencias en las relaciones de producción y, en cualquier caso, diferencias de tipo social entre los miembros de la comunidad o entre las comunidades en proceso de cohesión que integren el poblado. Sin embargo de partida no parece probable en el yacimiento de Martos un sistema cíclico de ocupación y abandono del yacimiento por la puesta en práctica de un modelo agrario que provoque la continua búsqueda de nuevos suelos, como propone Nocete (1988 y 1989a) para la Vega del Guadalquivir, debido a la superposición de las estructuras y el uso continuado de muchas de éstas.

Después de apuntar algunos de los problemas con que nos enfrentamos a la hora de establecer las fases cronológicas en los asentamientos del período que nos ocupa, pasamos a presentar los datos y los elementos de diferenciación secuencial sobre los que basamos, y correlacionamos, la estratigrafía horizontal del Polideportivo de Martos.

3.1.1. *Superposición de estructuras*

A pesar de la destrucción que las máquinas excavadoras habían ocasionado en el solar, dentro de la zona de excavación denominada como Z1 (Lizcano *et al.*, 1991), con una superficie de 210 m.², se pudo constatar la superposición de estructuras en lo que denominamos complejos estructurales 12, 17 y 25. Estos tres complejos nos han permitido diferenciar cuatro momentos constructivos a partir de los cuales podemos establecer una primera valoración cronológica relativa del asentamiento. La superposición lógicamente no es homogénea, diferenciándose tres casos particulares:

Complejo 12. Este caso fue analizado de forma más pormenorizada en 1991 (Lizcano *et al.*, 1991). Más que una superposición en sentido estricto, parece responder a una necesidad de ampliación del espacio útil una vez que, en el desarrollo de las actividades de producción, principalmente alimentarias, la estructura original subterrá-

nea, estructura XIIb, queda totalmente colmatada, por lo que se traza una segunda estructura tangente a la boca de la XIIb en su mitad meridional, y que denominamos como XIIIa, de la que sólo se conservaba el diámetro inferior perteneciente a la primera ocupación de dicha estructura (unidades sedimentarias 1, 2, 3, 4 y 5a). En este caso no parece existir una ruptura entre los registros arqueológicos de ambas, lo que apoya más aún la idea de una ampliación del espacio, si bien, en el segundo momento, la estructura es más que probable que dejase de ser subterránea y sólo se excavaría en las margas el fondo, construyéndose el resto (zócalo, paredes y cubierta) con materiales perecederos al aire libre.

Complejo 17 (fig. 3). En este caso sí podemos hablar de una superposición estructural representada por dos cabañas separadas por un nivel de abandono y/o destrucción. La estructura XVIIa (la más profunda), al igual que la anterior XIIb, es una cabaña subterránea excavada en las margas, de ella se conserva un hoyo de poste que ocupa la zona central y los niveles originales de la ocupación asociados a un banco lateral y un hogar. Sobre estos niveles se sitúan paquetes de margas prácticamente estériles, originados por la destrucción y caída del alzado de la estructura. En principio es difícil indicar si la destrucción de la cabaña se produce de forma lenta debido a un abandono del poblado, o más bien de este área, o es producto de la erosión natural como consecuencia de una inundación o riada, ya que como veremos el nivel erosivo de margas afecta a otras estructuras de la zona, sellando algunas de ellas, o excavándose con posterioridad nuevas estructuras sobre él. Sobre este depósito se construye una segunda cabaña, XVIIb, de similares características a la cabaña XIIIa, sin embargo en esta ocasión encontramos los restos de un zócalo constituido por piedras de pequeño y mediano

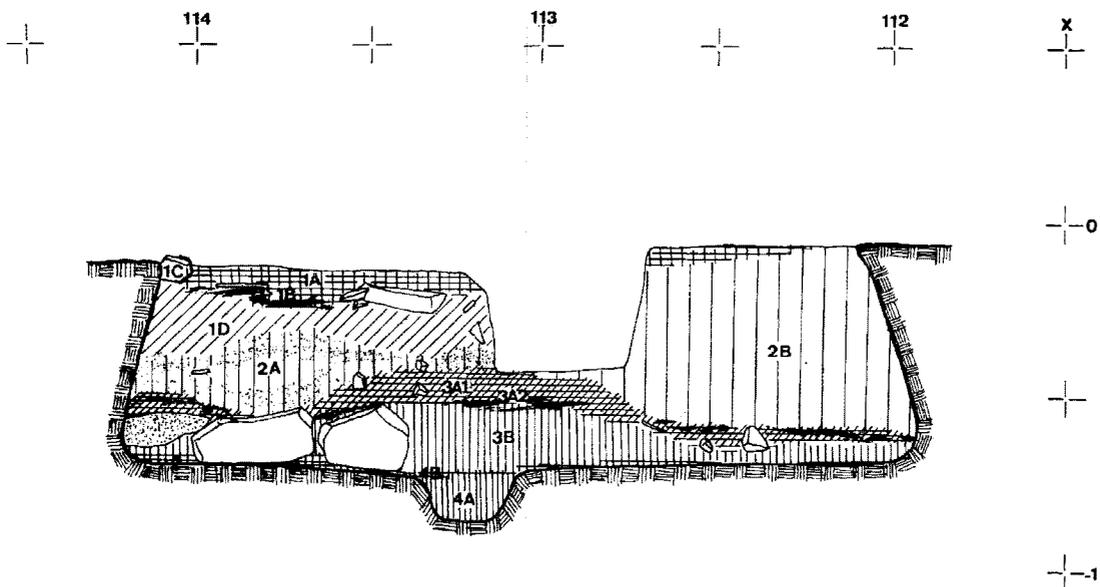


Fig. 3.—Complejo estructural XVII. Perfil Norte.

tamaño junto al perímetro interior del fondo de cabaña excavado en las margas. En este complejo estructural sí se advierte un significativo cambio en el registro arqueológico, sobre todo en lo referente a las formas cerámicas carenadas.

Complejo 25 (fig. 4). El complejo 25 está constituido por la superposición de cuatro estructuras. Las evidencias sobre el cambio que experimentan las estructuras y los depósitos arqueológicos que las rellenan ofrecen la posibilidad de una lectura diacrónica que puede ser cuidadosamente extrapolada al resto de la zona excavada.

La primera estructura, denominada XXVa, es similar a las estructuras referidas XIIb y XVIIa. Junto al hoyo de poste central se sitúa un hogar y los restos amortizados y de desecho de la ocupación original sobre los que se depositan dos estratos cuyo origen, al igual que en el complejo 17, debe estar relacionado con la destrucción de la estructura. El primero de ellos lo forma un paquete de tierras grises con un alto número de pequeñas piedras, algunos fragmentos de cerámica y restos faunísticos. El segundo es un nivel de margas con escasos restos arqueológicos. Posteriormente se excava una segunda estructura, XXVb, de menores dimensiones y colmatada por un relleno muy homogéneo de textura granulosa y coloración marrón rojiza; la escasez de restos arqueológicos en su interior y las dimensiones que presentaba nos llevó a considerarla una estructura destinada al almacenaje, aunque, y debido a la posición que ocupa, esta estructura y su contenido aparecen profundamente alterados por las construcciones posteriores, lo que hace dudosa cualquier atribución funcional. Las dos estructuras siguientes (XXVc y XXVd) prácticamente mantienen el mismo trazado, presentando la última, XXVd, una forma ligeramente oval y desplazada hacia el Norte. Su construcción, como indicamos, supone la práctica destrucción de la estructura XXVb, y afecta al estrato de margas erosivo (unidad sedimentaria 5). Ninguna de ellas tiene hoyo de poste central, lo que unido a la gran cantidad de piedras, situadas, junto al perímetro excavado, en las margas o sedimentos anteriores, nos lleva a pensar que son estructuras exentas, con zócalos de piedra que sirven como base a las paredes y cubierta. En este caso también es muy significativo el cambio que se observa en el registro arqueológico mueble sobre todo entre la estructura XXVa y las dos últimas.

3.1.2. Algunos aspectos de génesis sedimentaria a partir de análisis químicos de fósforo y materia orgánica

Los resultados obtenidos en la aplicación de los análisis de fósforo y materia orgánica en el yacimiento de Martos cubrieron una serie de objetivos:

- 1.—Caracterización y delimitación de las diferentes unidades sedimentarias.
- 2.—Diferenciación de las fases de ocupación de las estructuras, aquéllas de su abandono y/o destrucción.
- 3.—Valoración de la intensidad de la ocupación.

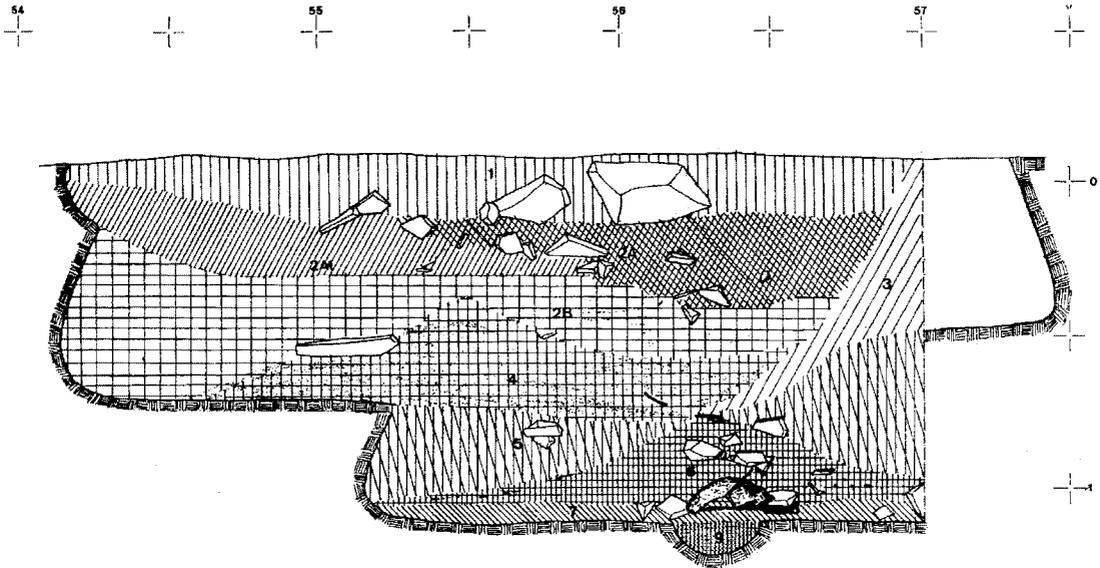


Fig. 4.—Complejo estructural XXV. Perfil Este.

Es evidente, que las conclusiones que aquí se plantean no están aisladas, sino que tienen su continuidad en los resultados de los análisis químicos y arqueológicos del resto de las estructuras excavadas, actualmente en proceso de estudio. Este avance se realiza en base a los datos de las estructuras XVII (fig. 3) y XXV (fig. 4).

El muestreo se realizó tratando de armonizar una recogida a intervalos fijos con una selección de las unidades sedimentarias más interesantes. Es por esto por lo que existen unidades sedimentarias sobre las que no se realizaron pruebas químicas, y por lo que a veces la distancia entre muestras no es constante.

La cantidad de muestra recuperada fue de aproximadamente 100 g., realizándose en cada caso el correspondiente análisis de fósforo y materia orgánica. La determinación de fósforo se llevó a cabo mediante el análisis de fosfato total (Cavanagh *et al.*, 1988; Murphy y Riley, 1962) modificado en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de Jaén. Para la materia orgánica se empleó el método de valoración de Walkley y Black (Eidt, 1985). Tanto éste como el anterior procedimiento ofrecen resultados cuantitativos.

Como elemento corrector se seleccionó un perfil natural junto al yacimiento, de manera que tuviéramos una idea lo más exacta posible de la cantidad de fósforo y materia orgánica presentes de manera natural en la zona. El intervalo de muestreo fue de 20 cm. llegándose a una profundidad de 1.40 m.

El punto de partida antes de examinar los fondos 17 y 25 debe ser el perfil natural. Como se observa (tabla 1, gráfico 1), los niveles de fósforo y materia orgánica son bastante bajos. En concreto, para el fósforo (P), a partir de los 40 cm. de profundidad (muestra E₅) el valor cae hasta los 60 mg. P/ 100 g. de muestra). En el caso de materia orgánica la tendencia es similar, con cantidades inferiores a 0.5% a partir de los 40 cm.

TABLA 1
PERFIL NATURAL. FÓSFORO Y MATERIA ORGÁNICA

<i>N.º</i>	<i>Profund.</i>	<i>Mg. P/ 100 g.</i>	<i>% M.O.</i>
1	2.47	165.5	3.73
2	2.27	120	1.48
3	2.07	107.5	1.22
4	1.87	82.5	0.49
5	1.67	65	0.31
6	1.47	50	0.12
7	1.27	60	0.40
8	1.07	65	0.31

Estructura XVII

Si examinamos los resultados (tabla 2) y su expresión gráfica (gráfico 2) podrán apreciarse con claridad las dos fases de ocupación correspondientes a las unidades sedimentarias 1b y 3a₂ (1160 y 937.5 mg. P/ 100 g. muestra respectivamente). Esta misma apreciación concuerda con su contenido en materia orgánica (1.48 y 2.64%).

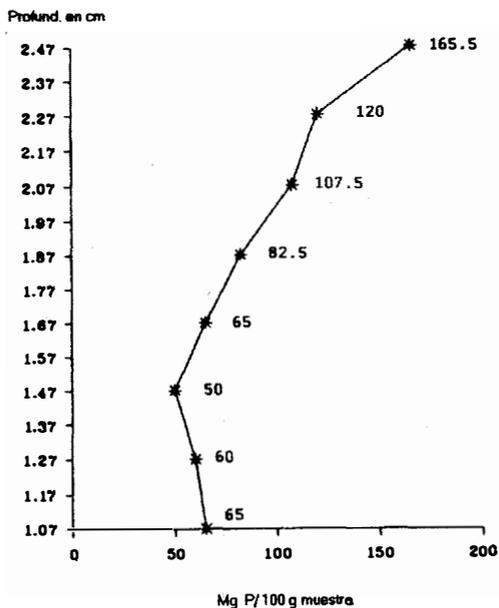
TABLA 2
FONDO 17. FÓSFORO Y MATERIA ORGÁNICA

<i>N.º</i>	<i>U.S.</i>	<i>Profund.</i>	<i>Mg. P/ 100 g.</i>	<i>% M.O.</i>
1	1b	-0.25	1160	1.48
2	2b	-0.30	152.5	0.59
3	2b	-0.35	147.5	0.94
4	2a	-0.37	425	0.00
5	2b	-0.40	215	0.65
6	2b	-0.50	190	0.66
7	3a ₂	-0.58	937.5	2.64
8	3b	-0.63	540	1.13
9	Roca	-0.70	200	0.50

En relación con la fase más antigua aparece la unidad 3b, interpretada en principio como el cúmulo de tierra para la sujeción de un posible poste. Aunque sus valores químicos descienden acusadamente, como correspondería a un estrato con poca actividad, son suficientemente indicativos como para pensar que la actividad desarrollada en la unidad sedimentaria superior (3a₂) está interfiriendo en los resultados finales, cosa lógica en este caso ya que en principio la unidad sedimentaria 3b debió ser parte del nivel de ocupación, quedando posteriormente aislada al aumentar el espesor de la unidad sedimentaria 3a₁.

Entre ambas ocupaciones se marca una fase acusada de abandono correspondiente a la unidad sedimentaria 2b con valores que oscilan entre 147.5 y 215 mg. P/ 100 g. de muestra (muestras 2,3 y 5,6). Su contenido en materia orgánica, sobre todo en la muestra 3 con un 0.94%, y la superación con claridad de los valores de fósforo del perfil natural, hacen que planteemos la posibilidad de que esta unidad sedimentaria contenga los restos

PERFIL NATURAL FOSFORO



MATERIA ORGANICA

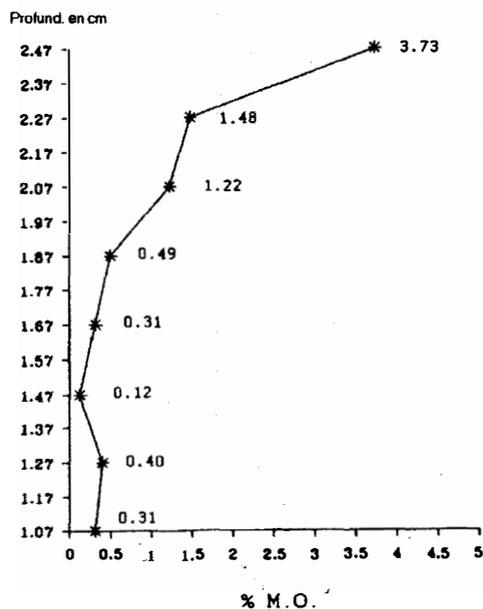
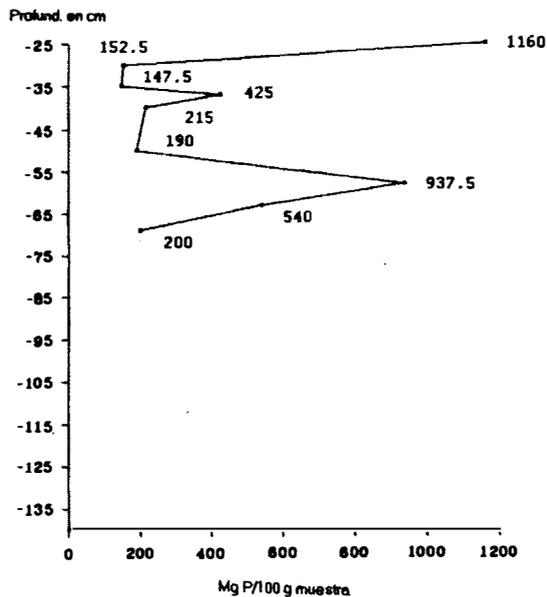


Gráfico 1.—Contenidos en fósforo y materia orgánica en el perfil natural.

PERFIL FONDO 17 FOSFORO



MATERIA ORGANICA

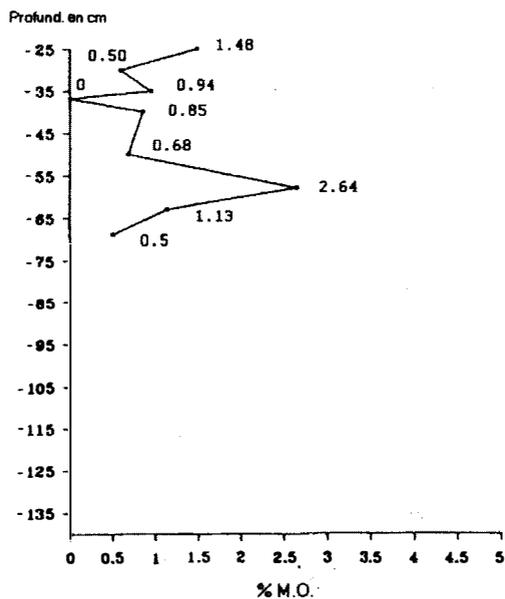


Gráfico 2.—Contenidos en fósforo y materia orgánica del fondo 17.

de los materiales empleados en el recubrimiento de las paredes de la estructura correspondiente al primer momento de ocupación.

Bastante más problemática es la interpretación de la unidad sedimentaria 2a ya que, si bien por su posición podría formar parte del abandono, su apariencia y contenido en fósforo y materia orgánica (425 mg. P y 0% respectivamente), la hacen distanciarse bastante de la unidad sedimentaria 2b. La interpretación se complica aún más por la ruptura ocasionada por las obras de construcción del Polideportivo que impiden ver la relación espacial entre esta unidad sedimentaria y la 2b.

Finalmente, para establecer la intensidad de la ocupación de la fase más antigua y como una medida más de control, se tomó una muestra de tierra (N.º 9) en el estrato geológico sobre el cual comenzó la deposición de desechos y material arqueológico. El resultado de su análisis (200 mg. P/ 100 g. y 0.5% de materia orgánica) confirma el origen antrópico de los valores químicos así como la intensa actividad llevada a cabo en esta fase.

Estructura XXV

Los niveles de ocupación correspondientes a las cabañas 25D y 25C (US. 2a y 4) quedan bien marcados tanto en los resultados del análisis de fósforo como en los de materia orgánica (422 y 487.5 mg. P/ 100 g., y 1.83 y 1.75% respectivamente) (gráfico 3, tabla 3).

TABLA 3

FONDO 25. FÓSFORO Y MATERIA ORGÁNICA

<i>N.º</i>	<i>U.S.</i>	<i>Profund.</i>	<i>Mg. P/ 100 g.</i>	<i>% M.O.</i>
1	2a	-0.27	440	1.83
2	2b	-0.40	522.5	1.57
3	3	-0.50	117.5	0.67
4	4	-0.67	487.5	1.75
5	5	-0.80	140	0.20
6	6	-0.93	290	0.03
7	7	-1.03	190	0.94
8	8	-1.07	347.5	1.21
9	9	-1.14	302.5	1.67

En el caso de la cabaña 25A (US 6), la cantidad de fósforo es notoriamente inferior a las anteriores, mientras que la materia orgánica presenta un valor cero. Estos resultados complican la interpretación de esta unidad sedimentaria para la cual caben dos posibilidades:

a—Condiciones de conservación adversas que afectaron de manera intensa a la materia orgánica.

b—Desarrollo de alguna actividad con aporte nulo de materia orgánica.

Los momentos de abandono y/o destrucción quedan reflejados en las unidades

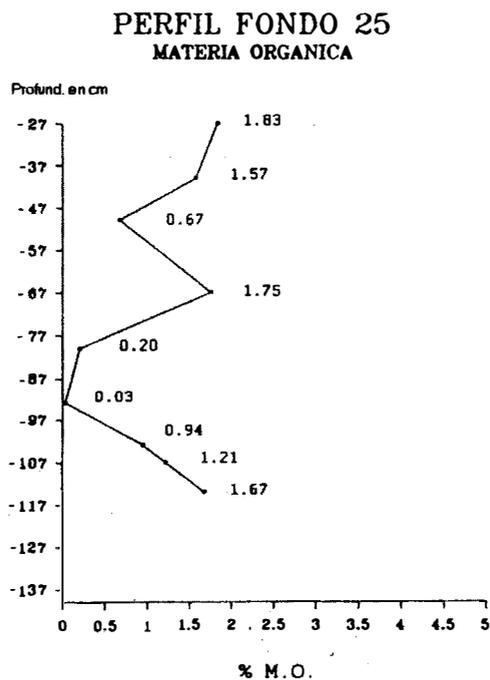
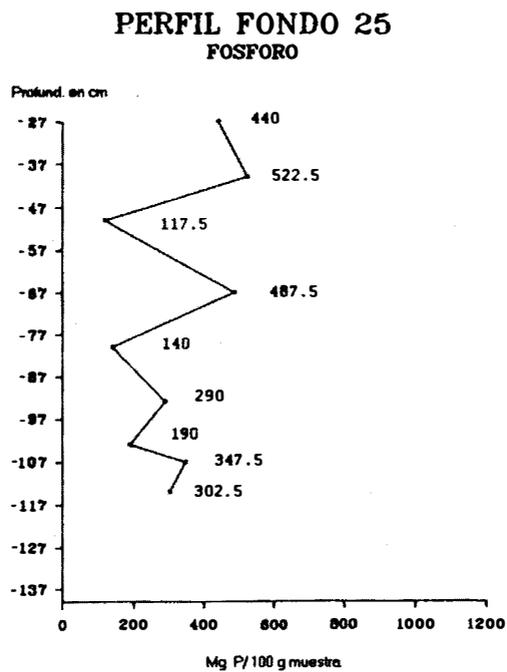


Gráfico 3.—Contenidos en fósforo y materia orgánica del fondo 25.

sedimentaria 3 y 5. Como en la estructura 17, los valores de fósforo son bajos (140 y 117.5 mg. P/ 100 g. respectivamente), y el porcentaje de materia orgánica, sobre todo en la unidad sedimentaria 3 (Cabaña 25B), tiene la entidad suficiente como para mantener la interpretación ya apuntada en el fondo: 17 para los materiales de construcción.

La unidad sedimentaria 7, tanto por su contenido en fósforo (190 mg.) como por el porcentaje de materia orgánica (0.94%), confirmaría la hipótesis planteada en el trabajo de campo que la caracterizaría como un nivel de preparación del suelo de la cabaña 25A.

Dos casos un tanto anómalos, las unidades sedimentarias 2b y 8, deben ser objeto de comentario aparte. La primera ha sido interpretada como estrato erosivo de la cabaña 25C. Los resultados de los análisis químicos (525.5 mg. P y 1.57%) nos dirigen a otra interpretación con una precisión previa: la situación de la muestra, cercana a la unidad sedimentaria 2a, no es suficientemente representativa de la unidad sedimentaria en cuestión. Hecha esta salvedad, lo que se desprende de los datos químicos no concuerda con la interpretación que inicialmente se ha dado para esta unidad clasificándola como un estrato erosivo, más bien parecería la continuidad de la ocupación marcada por la unidad sedimentaria 6.

La última unidad sedimentaria (US.8) sólo comprende el sedimento depositado bajo el cráneo de carnero, y sus resultados (347.5 mg P y 1.21% de materia orgánica), aun indicando claramente el carácter diferenciado de esta unidad, no nos parecen lo suficientemente definitorios como para aceptar que el cráneo estuviera depositado en ese lugar desde un primer momento. Puesto que el contenido en materia orgánica de los huesos, en general, no es muy elevado, es posible plantear que cuando fue depositado ya debía de haber perdido gran parte de los tejidos blandos.

Finalmente, y con respecto a la unidad sedimentaria 9, los análisis químicos encajan perfectamente con la interpretación dada, es decir, estaríamos ante los restos de un hoyo de poste. El fósforo con 302.5 mg., pero sobre todo la materia orgánica con 1.67%, concuerdan con los valores que pueden esperarse para la materia vegetal que en este caso debe ser un constituyente importante de la unidad sedimentaria.

3.1.3. *Otras evidencias: Restos complementarios en distintas estructuras y niveles de fundación*

Analizada la superposición estructural, hemos comenzado a estudiar las estratigrafías de cada una de las estructuras con el fin de correlacionar aquellos depósitos que presentan similitudes formales, tanto en su proceso de formación como en los registros arqueológicos que incluyen. En una valoración preliminar se ha constatado la existencia de restos complementarios de animales en estructuras distintas y separadas en el espacio. Concretamente los restos encontrados pertenecen a un gran carnero (fig. 4); el cráneo se encontraba situado junto al hoyo de poste central de la estructura XXVa, y las vértebras cervicales aparecen situadas en uno de los estratos de base de la estructura XII. La conexión de los restos óseos de este animal permite sin ningún tipo de dudas situar las dos estructuras en un mismo momento de uso, lo que a su vez nos ha brindado la posibilidad de obtener un mayor volumen de información respecto a una fase de ocupación del yacimiento.

Un segundo elemento para fijar estructuras sincrónicas ha sido la presencia en los estratos de base de algunas de ellas de enterramientos intencionados de animales sin desmembrar, concretamente de perros (cinco en la estructura XIIb —fig. 5—, uno en la XV y uno en la XVI). Los estratos que contienen los enterramientos han sido denominados como “niveles de fundación”, y de ellos pueden inferirse prácticas rituales relacionadas estrechamente con la función que estos animales desempeñarían en determinadas actividades tales como vigilancia y defensa del ganado, colaboración en la caza, protección del poblado, etc. En el caso del cráneo del carnero, éste también puede ser indicativo de una práctica ritual si tenemos presentes los análisis químicos efectuados y

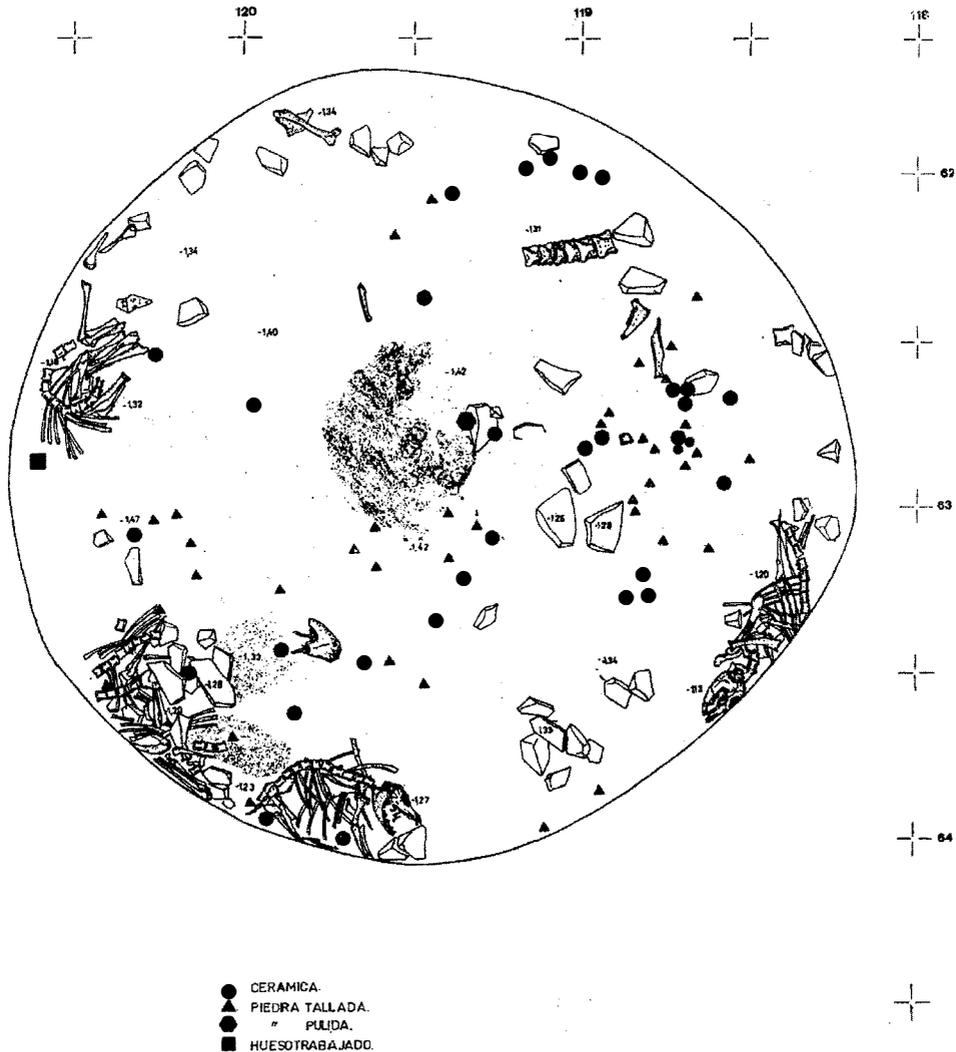


Fig. 5.—Cabaña XIIb. Nivel de fundación: Inhumaciones de perros.

cuyos valores parecen indicar que el cráneo había sido previamente descarnado, de hecho los cuernos aparecen cortados y limados. El ritual podría estar destinado a asegurar la reproducción continua de los rebaños a través del sacrificio y exhibición de uno de los machos más destacados. Por otra parte la presentación de la capacidad reproductiva del carnero, de darse, supondría un énfasis en el papel sexual de los machos, lo que podría trasladarse a las relaciones humanas como una justificación y un arma en la desigualdad social (19). Implicaciones más diversas, que posteriormente se analizarán tiene el enterramiento de una ternera a la estructura XV (fig. 6), que sin embargo poco puede aportar en cuanto a la sucesión estratigráfica.

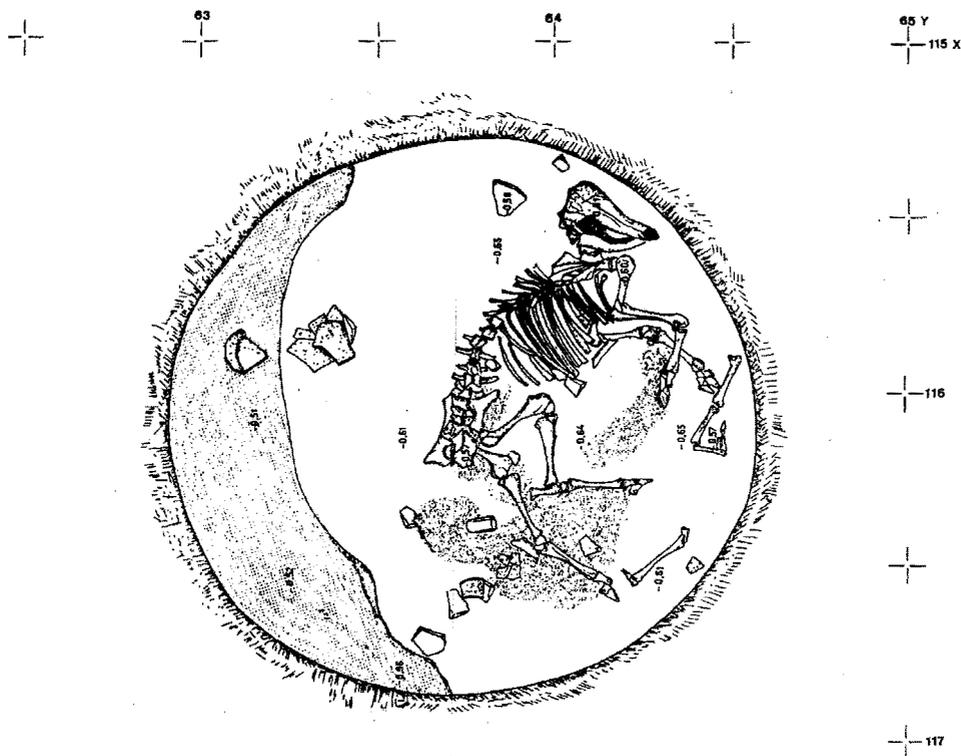


Fig. 6.—Estructura XVb: Inhumación ritual de Bóvido.

(19) G. Lerner (1986) presenta la importancia que tiene la minusvaloración del papel reproductivo de las mujeres, que paradójicamente, junto a su trabajo, es lo que se pretende controlar (Meillassoux, 1975), en la consolidación del dominio masculino, encontrándose algunas de las plasmaciones más interesantes en los mitos sobre la creación a través del semen.

3.1.4. *Las tres grandes fases estructurales*

Teniendo como punto de partida los elementos de diferenciación señalados para correlacionar la estratigrafía horizontal, hemos realizado una matriz estructural de la zona del yacimiento que ha sido excavada. En ella se han definido tres grandes fases estructurales sobre las que se han ido matizando subfases al incluir nuevos criterios de contrastación procedentes de los distintos componentes de los registros arqueológicos de cada una de las estructuras y su posición diferencial en las secuencias estratigráficas.

Fase constructiva I. Las primeras evidencias estructurales que hasta el momento definen la ocupación más antigua de la terraza meridional del Arroyo de la Fuente de la Villa vienen representadas por la excavación en las margas de cinco estructuras subterráneas de planta circular y sección acampanada denominadas X, XII, XV, XVI y XXVa (Lizcano *et al.*, 1991). Las estructuras mayores (XII y XXVa) definidas como cabañas alcanzan un diámetro en sus bases superior a los 2,60 m., siendo el mayor alzado conservado el de la estructura XII con 1,27 m. Las otras tres estructuras han sido identificadas como lugares destinados al almacenaje de diferentes productos (ej. estructura X) y al desarrollo de actividades relacionadas con la preparación de alimentos, concretamente con el despiece de animales en el caso de la estructura XV.

Como apuntamos, la relación entre las estructuras XII y XXV se establece por los restos complementarios de un carnero, mientras que las estructuras XV, XVI y XII permiten su conexión en base a los “niveles de fundación” donde se localizan los enterramientos de perros, siempre en situación de conexión anatómica y flexionados, y en el caso de la cabaña XII en posición radial en torno a las paredes de la estructura. Por su parte la estructura X, en la que no existen enterramientos de este tipo, es incluida por la homogeneidad que presenta su registro material mueble. Como adelanto apuntaremos que en esta primera fase de ocupación la producción cerámica está caracterizada por la ausencia de recipientes carenados, en su lugar predominan las ollas globulares, algunas con cuello indicado, y un tipo de cazuelas hondas y de paredes entrantes que presentan una marcada inflexión sin llegar a definir una carena.

A lo largo de esta ocupación se han podido diferenciar hasta tres subfases atendiendo a la reorganización y limpieza del espacio que se da en algunas de las estructuras. Dicha reorganización es patente de forma significativa en las estructuras XII y XV en el sentido de que ya sea por cuestiones inherentes a la propia morfología de las estructuras (estrechamiento del espacio disponible a medida que ascendemos, caso de la XII), o por nuevas actividades de producción diferentes a las llevadas a cabo originalmente (caso de la XV), sufren periódicas reestructuraciones del espacio interior basadas, principalmente, en diferentes distribuciones de los elementos que lo articulan: banco de margas apisonadas con piedras embutidas, hogares y nivelaciones intencionadas de los sedimentos. Todo esto permite diferenciar las distintas fases o niveles de uso.

Fase constructiva II. Si bien no supone a nivel constructivo cambios significativos, manteniendo las estructuras similares características, los datos que permiten diferenciar esta fase proceden del registro arqueológico que contienen. En primer lugar la ausencia de enterramientos rituales de animales y la constatación de una inhumación múltiple de

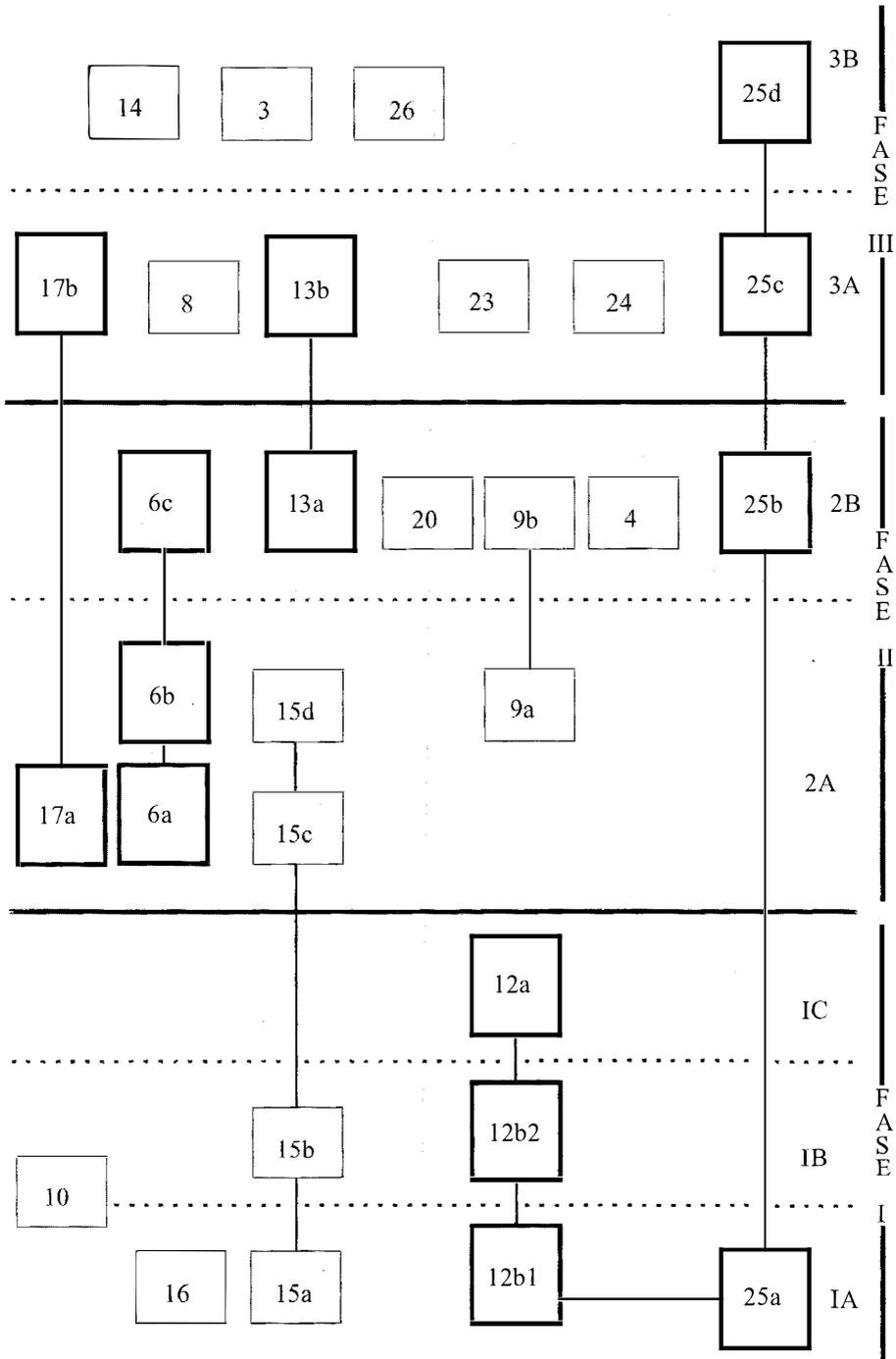


Gráfico 4.—Matriz estructural del Polideportivo de Martos. 1991.

lo que es probablemente una unidad familiar humana en la cabaña XIII. Un segundo elemento de diferenciación nos lo proporciona la aparición repentina de las formas carenadas (20) presentes en las estratigrafías de las cabañas VI, XIII y XVII, y de las estructuras de almacenaje IV, IX y XX. La eclosión de estas nuevas cerámicas con un extenso repertorio formal (platos, fuentes, cazuelas, ollas) a partir de esta fase y su desarrollo hasta la Subfase IIIa nos ha permitido afianzar la cronología relativa en base a su presencia en el desarrollo secuencial de las estructuras, constatándose una evolución de los distintos grupos tipológicos definidos en el análisis morfométrico, y una progresiva estandarización de las formas. Junto a los nuevos tipos se produce la práctica desaparición de las grandes cazuelas de inflexión marcada.

Por lo que respecta a la estructuración del espacio interior de las cabañas, permanecen en líneas generales las pautas de la fase anterior, si bien los zócalos corridos en el perímetro de las cabañas se construyen con piedras de mayor tamaño, de las que un alto número son fragmentos de molino reutilizados. En el centro se sitúa un hoyo de poste ligeramente desplazado del eje de simetría de las estructuras, junto al que suelen aparecer cúmulos de ceniza, que permiten su identificación como hogares, a veces delimitados por piedrecitas y con una capa de barro en su base (21).

Fase constructiva III. Esta última fase a pesar de contar con el mayor número de estructuras es también la más erosionada, tanto por los trabajos de explanación del solar como por las ocupaciones de época romana y medieval. A partir de la Subfase IIIa parece consolidarse de forma definitiva un nuevo patrón constructivo de las estructuras definidas como cabañas (XIIIb, XVIIb, XXVc y XXVd). En los cuatro casos la construcción se realiza sobre los restos pertenecientes a cabañas anteriores, lo que podría indicar que para las nuevas estructuras se aprovechan los trazados aún visibles de las anteriores, especialmente en el caso de la estructura XVIIb, superpuesta perfectamente a la XVIIa por encima de los depósitos erosivos que la taponan. Queda así clara la continuidad en la ocupación en el área.

El caso de las estructuras XXVc y XXVd es diferente, ya que ambas estructuras se superponen a las fases anteriores (fig. 4) provocando la destrucción de la mitad septentrional de la estructura XXVb, excavada sobre estratos erosivos que colmataban la fase de uso de la primitiva estructura XXVa.

Las características de estas primitivas cabañas, similares en cuanto a dimensiones a las anteriores, permiten hablar de un hábitat ya no subterráneo; al no aparecer en su interior evidencias de hoyos de poste y sí un mayor volumen de piedras de gran tamaño junto a los límites exteriores aún excavados parcialmente, y que podrían haber constituido verdaderos zócalos, más sólidos y diseñados para soportar una cubierta más densa y

(20) Este mismo fenómeno fue destacado en la secuencia de Montefrío, donde se interpretó como la manifestación de importantes relaciones con el Valle del Guadalquivir (Arribas y Molina, 1979a y 1979b).

(21) El estudio del conjunto de piezas óseas trabajadas recuperadas del yacimiento de Martos (Mérida, en este volumen) afirma también la división en fases aquí propuesta, desde una tradición técnica de raíz neolítica a unos elementos que formarán la base sobre la que después se desarrollará la industria ósea calcolítica. Desgraciadamente el número de elementos de hueso trabajado adscribibles a la Fase III es muy escaso, lo que sin duda se debe a la peor conservación de esta Fase en el yacimiento.

amplia, al situarse casi totalmente al aire libre, formada con materiales ligeros cubiertos con barro u otros revocos.

Por lo que se refiere a los criterios que permiten diferenciar dos subfases, éstos vienen nuevamente indicados por el registro arqueológico mueble. La Subfase IIIa es diferenciada por la presencia de un mayor número de formas carenadas que presentan en su borde una gruesa pestaña, lo que permite a los grupos tipológicos definidos como fuentes y cazuelas alcanzar mayores diámetros. En la Subfase IIIb, a la que se adscriben las estructuras XXVd, XIV, III y XXVI, las formas carenadas con pestaña se mantienen en menores porcentajes junto a nuevas formas más abiertas representadas por platos y fuentes de labio engrosado.

La estructura XIII, que durante su última ocupación registrada se adscribe a la Subfase IIIa por la presencia de fuentes carenadas con pestaña, ofrece un caso peculiar de evolución y continuidad estrechamente ligado a las especiales connotaciones que a nivel funcional caracterizan a esta estructura. El cambio que a nivel conceptual supone la adecuación de un lugar doméstico, en el que principalmente se desarrollan actividades de producción alimentaria, a un espacio funerario (fig. 2, lám. II), al que se trasladan, y en el que se reproducen, los caracteres ideológicos de la comunidad, se expresa en la estructura por una pervivencia en el mundo de los muertos de las relaciones sociales de producción expresadas por la continuidad de lo que parece una unidad familiar, y también una constante permanencia de los diversos componentes de la cultura material; es decir, no hay una ruptura entre el ajuar doméstico y el ajuar funerario. Por lo tanto no podemos admitir la “reutilización” como concepto explicativo para estudiar lo que algunos arqueólogos suponen como anomalías en el proceso de uso de una determinada estructura, interpretando la asociación de restos domésticos fragmentados y los esqueletos como un contexto de desecho higiénico, un basurero en definitiva (22). La función como espacio funerario determina el fin de la utilización de la estructura XIII durante la Subfase IIc, en la que se ha podido constatar un uso de la tumba al menos en dos momentos. En primer lugar se introducen cuatro individuos sobre los restos de la primera ocupación de la cabaña que sufren una explanación y nivelación reflejadas en el alto grado de fracturación de las cerámicas y elementos líticos desplazados hacia las paredes de la estructura. En un segundo momento se introduce un quinto individuo (fig. 2, lám. II) provocando la desarticulación y desplazamiento del individuo n.º 3. En el nivel asociado a las inhumaciones aparecen fragmentos de recipientes cerámicos (fuentes y cazuelas carenadas principalmente) de mayores dimensiones, restos de fauna y conchas sobre los individuos 4 y 5. Con posterioridad se produce el sellado de la tumba con un nivel de piedras, cerámica y tierra, con lo que definitivamente queda cerrada la utilización del lugar como espacio funerario.

En la Subfase IIIa, que es la que estamos tratando en estos momentos, se construye

(22) El caso de la Pijotilla es aún más interesante al presentar una inhumación en silo, interpretada como basurero (Hurtado, 1986 y 1991), en una zona a la que podemos atribuir una continuidad “sacra” a lo largo del tiempo, al situarse en ella posteriormente los grandes tholoi. Tampoco creemos que las inhumaciones de Campo Real (Bonsor, 1899) haya que interpretarlas en la mayoría de los casos como simples restos desechados (Cruz-Auñón y Jiménez, 1985), especialmente cuando se encuentra la totalidad del cadáver y no restos dispersos.

una nueva cabaña sobre el mismo lugar, en el que aún serían visibles los restos del primitivo trazado. En este sentido apuntan no sólo los nuevos elementos del registro material ya señalados sino también la evidencia de un zócalo de piedras que en el cuadrante noreste de la cabaña se sitúa sobre el trazado de la antigua estructura. De este modo la continuidad vida-muerte (Kristiansen, 1984; Bloch, 1988) queda expresada en un mismo espacio, lo cual no implica que los muertos carecieran de importancia sino todo lo contrario como posteriormente mostraremos.

3.2. Los aspectos cronológicos de la cultura material. El caso de la cerámica

3.2.1. Las formas carenadas como fósiles-guía

Dentro de los conjuntos de cerámicas lisas de finales del IV milenio a.n.e. las formas carenadas constituyen los productos más representativos. Su amplia distribución geográfica y el gran peso cuantitativo dentro de los registros materiales hacen de estas formas si no un auténtico fósil-guía sí uno de los elementos que posibilitan una mayor contrastación a nivel cronológico entre yacimientos. Pese a ello, pocos y escasos son los trabajos que valoren estas formas como elementos útiles, dentro de su corto ámbito cronológico, para definir y matizar fases o períodos, a través de su evolución formal hacia nuevos tipos de recipientes que, con toda probabilidad, mantienen similares funciones, y que no se apoyen en criterios subjetivos ni meramente porcentuales como los empleados en el yacimiento onubense de Papa Uvas (Martín de la Cruz, 1984 y 1986) o en Valencina de la Concepción (Martín de la Cruz y Miranda, 1988).

De forma general la aparición en las estratigrafías conocidas del Bajo Guadalquivir, las Sierras Béticas, el Alto Guadalquivir, el sur de Portugal y Extremadura, de estas formas es repentina y prácticamente coetánea. Su uso, tras unos períodos en que su número aumenta hasta alcanzar el 50% de los productos cerámicos, se prolonga hasta entrado el III milenio, siempre en menores porcentajes y con significativas evidencias de cambios formales, asociándose a las primeras fuentes y platos de borde engrosado, y desapareciendo prácticamente a finales del primer cuarto del III milenio. El período de tiempo (300 ó 400 años de radiocarbono) en el que se desarrollan estas formas en el sur peninsular carece de una periodización detallada y precisa, lo que ocasiona que al analizar yacimientos que contienen estas formas se dé una tendencia a aglutinarlos, digamos mecánicamente, en un período considerado de transición hacia el mucho mejor conocido mundo calcolítico.

A pesar de la escasez de análisis realizados sobre estas formas, contamos con el antecedente del trabajo de F. Nocete (1988) que ofrece una primera clasificación tipológica para las Campiñas Occidentales del Alto Guadalquivir basada en análisis multivariantes aplicados a los bordes de los recipientes. A partir de estos análisis, establece una seriación cronológica, en la que pone de manifiesto una evolución desde las formas carenadas más arcaicas representadas por cazuelas y fuentes con el borde y paredes rectas, o ligeramente entrantes, y con la línea de carenación baja, presentes en el yacimiento del Cerro de Plaza de Armas de Sevilleja (Espeluy, Jaén) (Contreras *et al.*, 1985; Lizcano, 1986; Nocete, 1988), hacia prototipos más desarrollados en los que la

carena se eleva y los bordes se vuelven conformando una pestaña más o menos marcada; el recipiente por tanto tiende a tener el fondo más convexo y el reforzamiento del borde permite diámetros mayores. El reflejo en las estratigrafías de estos nuevos tipos lo tendríamos en yacimientos como Los Pozos (Higuera de Arjona, Jaén) (Hornos *et al.*, 1986; Nocete, 1988), Puente Tablas (Jaén) (Nocete, 1988), Cerro de El Albalate (Arteaga *et al.*, 1986; Nocete, 1988), etc., donde estas formas se hallan asociadas a los tipos más antiguos de platos y fuentes de borde engrosado.

Aunque los resultados permiten la contrastación entre yacimientos a nivel macroespacial, ya que la mayor parte de los registros provienen de prospecciones superficiales, por las cuestiones que ya indicamos el análisis multivariante aplicado a los bordes de los recipientes no es válido si pretendemos utilizar una tipología lo más completa posible que permita establecer la seriación minuciosa de un yacimiento de estas fases. Además de que una clasificación de este tipo no recoge todas las formas presentes en estos momentos y por tanto puede provocar graves distorsiones al centrarse sólo en un elemento de la cultura material mueble. En otro orden de cosas tampoco se pueden realizar aproximaciones a la funcionalidad de los diferentes espacios utilizando sólo el borde de los recipientes y no su forma completa.

Para el yacimiento de Martos hemos optado por realizar una tipología a partir de recipientes reconstruibles aplicando análisis multivariantes similares. Obtenida ésta, alguno de cuyos resultados preliminares ofrecemos después, se ha podido contrastar y fijar el desarrollo de estos recipientes, entre muchos otros, en las estratigrafías de las estructuras excavadas. La diferenciación de los distintos grupos tipológicos y la estandarización de algunos de ellos han permitido afianzar la división en tres fases comentada anteriormente (fig. 7), e iniciar un estudio, aún en proceso, sobre la diferenciación entre las estructuras.

3.2.2. *Las cerámicas decoradas y su presencia diferencial*

El conjunto formado por las cerámicas decoradas (fig. 8) ha sido un elemento más para establecer y afianzar la correlación estratigráfica entre las distintas estructuras y para fijar la secuencia ocupacional del yacimiento. Aunque su número no es elevado, tan sólo 54 fragmentos, sí es significativo el conjunto en cuanto a la diferenciación que se observa tanto a nivel cuantitativo como cualitativo de algunos de los tipos definidos. Nuestro interés en este apartado se centra en ofrecer una visión general de la evolución que se observa en los motivos y técnicas de decoración a lo largo de las tres fases definidas. Como es lógico el número de estructuras excavadas en Martos es aún escaso así como es también pequeña el área de yacimiento sobre la que se ha trabajado, por tanto los datos y conclusiones que aquí aportamos no son en absolutos definitivos y sólo pretenden aportar y plantear líneas de investigación sobre las que correlacionar futuros trabajos sobre Martos, y otros yacimientos del entorno.

Hemos distinguido dentro del conjunto de decoradas nueve grupos atendiendo a las similitudes en técnicas de decoración y/o motivos decorativos:

1. Cerámicas Almagradas (8).

2. Cerámicas Pintadas (1).
3. Cerámicas Excisas (3).
4. Cerámicas con acanaladuras (4).
5. Cerámicas con decoración plástica en relieve (4).
6. Cerámicas con retículas incisas (3).
7. Cerámicas Impresas (2).
8. Cerámicas Incisas (17).
9. Cerámicas Impresas/Incisas (12).

En líneas generales el número de decoradas disminuye de forma progresiva en la secuencia estructural del yacimiento conforme avanzamos en ésta: en la Fase I se constatan 21 decoradas, 17 pertenecen a la Fase II y 16 a la Fase III. Aunque esta disminución de fragmentos decorados no supone importantes variaciones cuantitativas, sí es interesante señalar el aumento/disminución y presencia/ausencia de algunas de las técnicas y motivos decorativos, siendo este aspecto el que permite apoyar los criterios de diferenciación secuencial anteriores, al observarse una evolución desde los conjuntos con tradiciones que se mantienen desde los momentos neolíticos anteriores (Fase I), hacia nuevos conjuntos materiales en los que las formas cerámicas y decoraciones permiten una relación con los poblados tradicionalmente adscritos a los inicios del III Milenio, y en el que los modelos y técnicas decorativas disminuyen y se repiten (Fase III).

Fase I. Se han constatado 7 de los nueve tipos que hemos diferenciado. Predominan las cerámicas almagradas, representadas por 8 fragmentos, todos de los niveles de ocupación más antiguos de la cabaña XII (XIIb₁ y XIIb₂). Uno de los fragmentos es un borde recto ligeramente entrante de una gran cazuela de inflexión marcada, sin llegar a constituir una verdadera línea de carenación (ver fig. 7, Tipo 1 CZM). El resto son fragmentos amorfos, en los que la almagra, de diversas calidades, aparece indistintamente cubriendo las superficies interior o exterior. Este tipo de decoración no ha sido constatado en las restantes fases.

Las decoradas incisas son 6, con motivos decorativos diversos: incisiones paralelas muy suaves que en algunos casos son unidas por pequeñas incisiones perpendiculares constituyendo motivos ametopados en pequeños rectángulos (fig. 8-a), incisiones radiales que probablemente formen parte de motivos simbólicos (fig. 8-b) e incisiones cortas y profundas de punzón que en ocasiones forman series paralelas (fig. 8-c) y en otros casos quedan enmarcadas por líneas incisas formando registros separados (fig. 8-d).

Dentro de las cerámicas incisas, aunque diferenciadas por el tipo de motivo, se constata un fragmento perteneciente al fondo de una cazuela cuyo interior presenta una retícula formada por incisiones profundas, paralelas y perpendiculares que establecen rectángulos enmarcados en un gran cuadrado inciso (fig. 8-e).

Las cerámicas excisas son 2, registradas en la cabaña XII en sus fases XIIb₁ y XIIa. Se caracterizan por formar “bandas” irregulares en cuanto a su grosor y anchura, paralelas al borde del vaso, es decir, efectuadas en el cuello del recipiente.

Los dos fragmentos con decoración en relieve corresponden a dos cordones situados paralelos al borde de los recipientes (una orza y una ollita). Probablemente este tipo de decoración tenga un carácter más funcional, al asociarse a vasos relacionados con actividades de producción alimenticia.

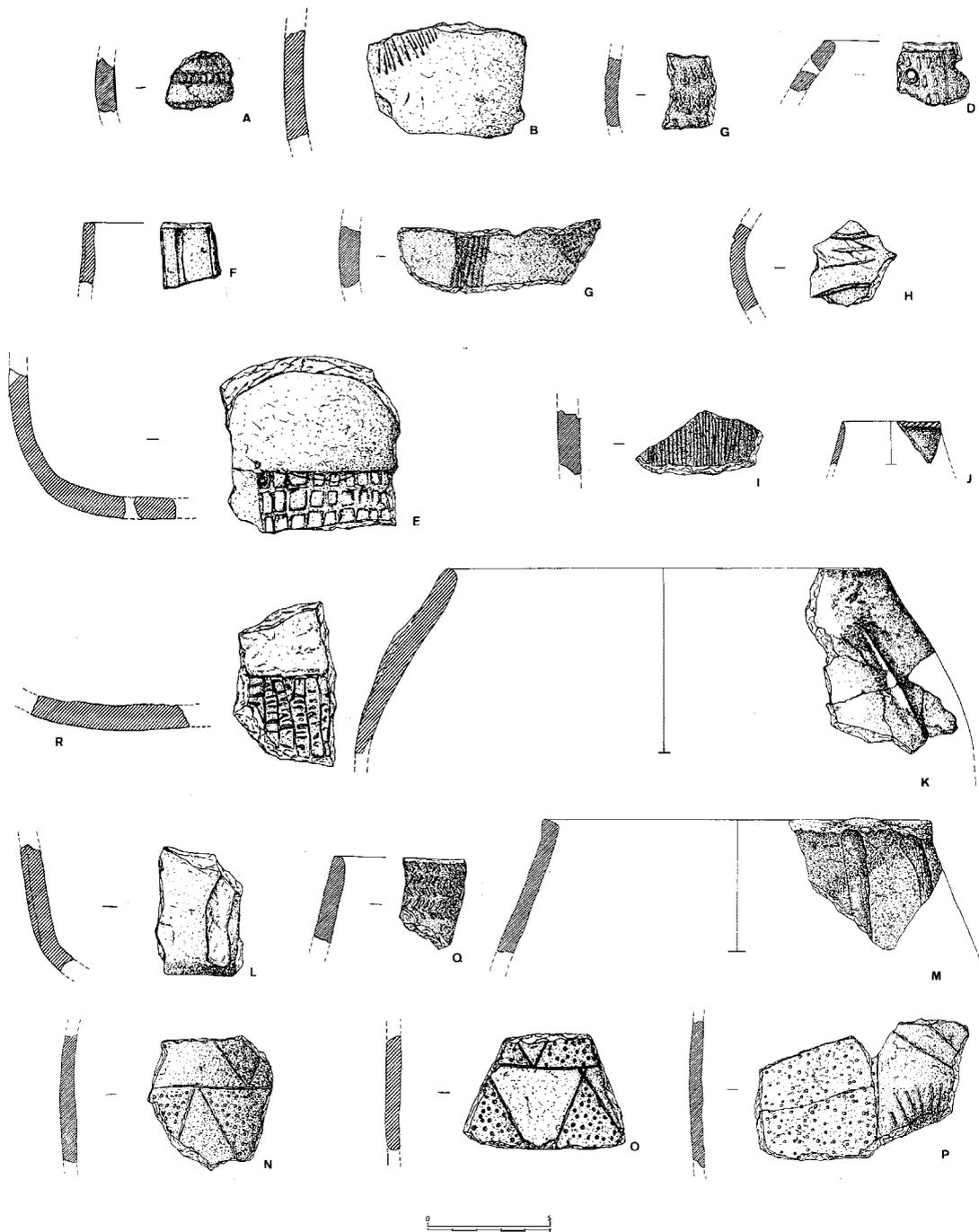


Fig. 8.—Cerámica decorada.

Un motivo decorativo que va a repetirse en la fase siguiente sobre el mismo tipo de vasos son las acanaladuras perpendiculares al borde del recipiente. En esta fase contamos con un fragmento registrado en la estructura XV, se trata de un pequeño vaso de borde recto entrante que presenta acanaladuras paralelas en torno al borde (fig. 8-f).

Por último las cerámicas impresas quedan representadas por un fragmento puntillado formando triángulos y bandas anchas (fig. 8-g).

Fase II. El número de tipos representados se reduce a 6, al no estar representadas las cerámicas almagradas a pesar de que el número de estructuras excavadas pertenecientes a esta segunda fase es de 8.

Las cerámicas incisas mantienen similares proporciones con 7 fragmentos, de los que cuatro siguen siendo suaves incisiones horizontales y paralelas al borde del recipiente, y un fragmento presenta incisiones semicirculares (fig. 8-h). También están presentes las incisiones con peine (fig. 8-i), y un borde perteneciente a un pequeño vasito presenta en el exterior una banda bajo el labio con pequeñas incisiones diagonales (fig. 8-j).

En cuanto a las incisiones formando reticulados se constata un fragmento en la estructura IV; el motivo es similar al descrito en la Fase I, aunque en este caso las incisiones son más irregulares y menos profundas además de quedar el motivo sin enmarcar.

En esta fase se documentan los primeros fragmentos decorados con técnica inciso-impresa formando motivos de triángulos incisos rellenos de puntos impresos con punzón. Este nuevo tipo comienza a desarrollarse en un momento avanzado de la Fase II (Subfase IIB) en las estructuras IV, VIc y XIIIa, y es en la Fase III donde este nuevo tipo decorativo alcanza más de la mitad de los fragmentos decorados.

Las decoraciones en relieve están representadas por dos fragmentos pertenecientes a dos ollas globulares registradas en la cabaña VIa. El primero es un grueso cordón que arranca desde el exterior del labio, similar a los cordones descritos en la Fase I. El segundo es un pequeño baquetón vertical situado a unos 2 cm. del borde del recipiente (fig. 8-k).

Las excisas están representadas por un fragmento de galbo asociado al nivel de las inhumaciones de la cabaña XIIIa, cuya superficie exterior, muy cuidada, presenta una profunda franja vertical excisa (fig. 8-l).

Por último las acanaladuras están representadas por tres fragmentos en la estructura XVIIa, que con toda probabilidad pertenecen al mismo recipiente, lo que reduciría la muestra de elementos decorados de la Fase II. Se trata de anchas y profundas acanaladuras que arrancan desde el borde del recipiente, probablemente una olla ovoide de fondo plano (fig. 8-m).

Fase III. En esta fase se han documentado 16 fragmentos decorados, agrupados en 5 tipos. Destacan, como indicamos, las cerámicas decoradas con técnica inciso-impresa con 9 fragmentos, de los que ocho se localizan en las cabañas XXVc (5) y XXVd (3), y uno en la cabaña XIIIb. Probablemente los fragmentos de las dos cabañas del complejo estructural XXV pertenezcan a uno o dos recipientes. Presentan todos motivos muy similares, series de bandas horizontales de triángulos incisos enmarcados, alternando los rellenos de puntos con los lisos (fig. 8-n,o). Destaca un fragmento (fig. 8-p) con un

motivo simbólico solar que podría pertenecer a un fondo de recipiente con ónfalo que constituiría el centro del motivo del que parten cortas incisiones radiales. El motivo queda complementado con espacios puntillados enmarcados por incisiones, con toda seguridad triangulares.

Las cerámicas incisas se reducen a 4, representadas por una o dos líneas paralelas situadas tanto en el exterior como en el interior de los recipientes. Destaca un borde de olla de la cabaña XVIIb decorado con bandas formadas por pequeñas incisiones profundas que dibujan un motivo espigado o en zig-zag (fig. 8-q).

En la cabaña XXVc se documenta un fragmento de fondo con incisiones formando un reticulado en su interior diferente a los comentados. Se trata de largas incisiones paralelas entre las cuales se trazan otras más pequeñas y profundas, quedando enmarcado todo el motivo en un cuadrado o rectángulo también inciso (fig. 8-r).

Las cerámicas impresas están representadas por un solo fragmento decorado con un pequeño círculo impreso localizado en la estructura XXVI.

Por último, otro tipo de decoración se documenta con claridad hasta el momento sólo en esta fase, se trata de las cerámicas pintadas con tres fragmentos. El localizado en la cabaña XIIIb, posterior al sellado de las inhumaciones, es un galbo carenado que presenta su interior pintado en blanco. Las otras dos decoraciones proceden del perfil norte del solar, por lo que es difícil precisar su posición en la secuencia estructural y por tanto hemos optado por no incluirlas en este análisis diferencial. No obstante indicaremos que se trata de un borde de una olla de cuello indicado con restos de una banda pintada en color rojo situada en el labio, y de un amorfo decorado con bandas también en rojo.

Respecto a la distribución a nivel estructural de las cerámicas decoradas puede ser arriesgado, con el registro arqueológico de que disponemos, hablar de áreas específicas de deposición. Sin embargo, las decoradas al igual que otros elementos del registro como las semillas, útiles líticos, hueso trabajado y determinadas formas de recipientes cerámicos como las formas carenadas o las cazuelas de inflexión marcada reflejan una clara y constante asociación a las estructuras de habitación. Así las cerámicas decoradas se constatan en sólo 10 de las 18 estructuras excavadas, de las que cinco son estructuras pequeñas destinadas al almacenaje de diferentes productos, o en las que se llevan a cabo actividades de despiece de animales, con sólo 9 fragmentos. Las 45 restantes se distribuyen en las diferentes cabañas (VI, XII, XIII, XVII y XXV) con fuertes diferencias cuantitativas. En este sentido en el complejo estructural 12 se registra aproximadamente un tercio del conjunto decorado, con 16 fragmentos, en su mayor parte pertenecientes a la fase de uso más antigua, la de la cabaña XIIb₁.

A pesar de que un alto número de decoradas se documentan en contextos de desecho, incluso dentro de las estructuras de habitación, esto puede estar motivado por el carácter continuado de la ocupación en estos espacios, que provoca un continuo aporte de desechos orgánicos y de artefactos amortizados, sistemáticamente desplazados hacia las paredes donde se acumulan, lo que obliga a periódicas limpiezas que en ocasiones quedan visibles al extenderse y apisonarse una delgada capa de margas, al construirse bancos corridos que cubren los depósitos anteriores o al realizarse un nuevo hogar. Por otra parte los grandes hogares constatados en las estructuras VIc, XIIb₁ y XIIa, con

grandes cúmulos de cenizas que llegan a cubrir gran parte del suelo de ocupación de la estructura, evidencian en cierto modo que para el desarrollo de las estructuras o espacios de combustión, sería necesario retirar parte de los desechos de forma habitual. Es en estos niveles donde se documenta un mayor número de decoradas, lo que puede estar indicando que los recipientes decorados presentes en las estructuras domésticas tendrían un valor, si no especial, sí preferente, tal y como se desprende de los casos en que varios fragmentos decorados pertenecen, con toda probabilidad, a un mismo vaso (cabañas XXVc y XVIIa).

No obstante es difícil extrapolar del conjunto inferencias sobre diferenciación social, más aún cuando las decoradas están prácticamente ausentes (sólo un fragmento exciso) en el contexto funerario de la cabaña XIIIa, y cuando la constatación de inhumaciones en este tipo de estructuras está planteando fórmulas ideológicas de cohesión, adscripción y continuidad de la comunidad en la tierra que ocupa, a través de un ritual en el que los ajuares pueden tener connotaciones muy específicas.

3.3. El significado de la datación radiocarbónica

En los puntos anteriores hemos expuesto de forma general algunos de los elementos de diferenciación que nos proporciona el registro arqueológico para obtener una cronología relativa del yacimiento. El siguiente paso para la adscripción crono-cultural del yacimiento fue la selección de muestras de carbón para su datación por el método radiométrico de C-14. Con esta selección se pretende fijar en el tiempo las tres fases constructivas que en su articulación y desarrollo recogen el Proceso Histórico de las formaciones sociales que ocuparon el yacimiento. La definición y demarcación de fases y subfases del proceso se asume como herramienta de análisis que facilita el estudio global de la Historia de estas comunidades.

Por cuestiones derivadas de las peculiares circunstancias económicas a las que se vio sometida la campaña de excavación de 1991, sólo contamos con dos dataciones absolutas para la Fase I del yacimiento y corresponden al Complejo Estructural XIII; ambas han sido subvencionadas por la Escuela Taller de Torredonjimeno (Jaén) y analizadas por el laboratorio Teledyne Isotopes.

La primera de ellas (muestra I-17,082 MR.1/91-12.502) procedente de la US.13 de la estructura XIIb₁, fue rechazada por resultar insuficiente. La segunda muestra (I-17,083 MR.1/91-12.251) procede de la estructura XIIa, concretamente de la US.3 que corresponde al hogar, y ofreció una datación de 5.080 ± 140 BP, fecha sin calibrar.

A pesar de que sólo contamos con una datación válida para la primera ocupación del asentamiento, su resultado permite hacer una serie de puntualizaciones al proceso de consolidación de la economía de producción y de la sedentarización según viene proponiéndose para el Alto Guadalquivir:

1. La datación obtenida, finales del IV milenio a.n.e., significa que la sedentarización, con hábitats al aire libre, se encuentra consolidada en el Alto Guadalquivir en áreas alejadas de las vegas de los grandes ríos antes de la aparición de las formas carenadas, como ya se apreciaba del registro material mueble.

2. También implica que la aparición y consolidación de grandes poblados y su continuidad ocupacional, al menos hasta el primer cuarto del III milenio, como se desprende del registro arqueológico del yacimiento (Fases II y III), se produce en momentos, si no anteriores, ya que habría que confirmar la existencia de estructuras de fortificación como las zanjas durante la Fase I, sí coetáneos a la aparición en las Vegas del Guadalquivir (Nocete, 1988 y 1989a), Guadalimar y Guadiel (Pérez *et al.*, 1990), de pequeños asentamientos que han venido siendo explicados como pruebas de la ocupación de las Vegas por comunidades semisedentarias en cuyo seno se gesta la consolidación de la economía de producción a partir de un modelo agrícola intensivo.

3. En relación con el punto anterior, a partir de la Fase II el yacimiento de Martos es paralelo en el tiempo a asentamientos de gran extensión constatados en las vegas como son Cuevas de Licurgo en el Guadalquivir (Nocete, 1988, 1989a), y los yacimientos V.3 o el propio Cástulo en el Guadalimar (Pérez *et al.*, 1990), y esto puede ser indicativo de un modelo agrícola basado en grandes poblados con pequeñas aldeas dependientes, lo que retraería, siguiendo el modelo propuesto por Nocete (1988), el inicio de la nuclearización del poblamiento en torno a grandes poblados al menos a inicios del III milenio (23).

La confirmación de estas cuestiones implica la necesidad de iniciar una revisión de los grados de movilidad y sedentarización que para los “pequeños” asentamientos de las Vegas se han venido manteniendo de forma generalizada, y de los registros materiales que sirven como base al modelo propuesto. Tal revisión no conlleva un rechazo de la hipótesis de la colonización agrícola tardía sobre la que se desarrolla un modelo de diferenciación social y de aparición de las primeras formaciones sociales estatales en las Campiñas Occidentales del Alto Guadalquivir (Nocete, 1986, 1988 y 1989). Más bien vendría a aportar una mayor precisión sobre las fases iniciales del proceso, solamente explicadas a partir de una simulación estadística y registros materiales procedentes de prospecciones superficiales, que pueden distorsionar y mediatizar la dinámica real hacia el poblamiento sedentario, y sobre todo socava la expansión demográfica como causa de una expansión inicial generalizada desde la Vega a las Campiñas (Nocete, 1986, 1988 y 1989).

El yacimiento de Martos viene a mostrar que el proceso de nuclearización poblacional a inicios del III milenio no es unilineal, y que puede ser explicado a partir de otros modelos en los que la agricultura no es el motor de los cambios en las relaciones de producción y reproducción social. Tampoco surge como respuesta a desajustes críticos en la dialéctica entre las variables: escasez de suelos óptimos/deterioro ambiental/presión demográfica, ya que en el caso de Las Campiñas, la existencia de áreas potenciales de

(23) Si es que los pequeños poblados anteriormente referidos no son mayores y su diferenciación no es sólo un producto de la perceptibilidad diferencial. Un ejemplo que ilustra lo problemático de estas adscripciones en yacimientos con superposición estratigráfica es Sevilleja (Espeluy, Jaén) (Contreras *et al.*, 1985; Lizcano, 1986; Nocete, 1988), donde nada nos asegura que el poblado del Neolítico Final no llegue a cubrir toda la meseta del Cerro de la Plaza de Armas.

cultivo amortigua los efectos de la llamada “crisis del Neolítico Final” (Ruiz, 1982), dándose una segunda fase de colonización tardía, ésta sí mereciendo tal nombre, dirigida al secano y la producción cerealística (Nocete, 1986, 1989 y 1989a), y que en su desarrollo conlleva la diferenciación entre los grandes poblados fortificados que la impulsan, y la transformación social del mundo comuno-parental hacia las primeras formaciones estatales con un claro componente territorial y una base tributaria. Es en esta dimensión de la Historia donde situamos la desaparición del yacimiento de Martos (24), cuando el conflicto no se reduce a fricciones puntuales por controlar determinados recursos, sino a enfrentamientos directos por el control del territorio y la presión que genera la consolidación de éste. Formación, delimitación y consolidación de los territorios es una prueba de la evidente aparición del Estado y su desarrollo como sistema coercitivo (Engels, 1884; Lenin, 1917).

El fenómeno de convergencia que parece producirse a finales del IV milenio en cuanto a patrones de asentamiento y cultura material, no se circunscribe a un área concreta del Guadalquivir, sino que afecta de forma global a todo el Valle, incluso a áreas de Extremadura y Portugal. La importancia de este hecho ha sido tenida en cuenta desde hace tiempo por algunos investigadores (Arribas 1979a y 1979b; Carrilero *et al.*, 1982), aunque de manera lineal se explica como una difusión valle arriba de la llamada “Cultura de Los Silos del Bajo Guadalquivir”, presentando un carácter intrusivo en puntos del Subbético granadino como en el poblado de Los Castillejos de Montefrío. Desde esta perspectiva el Bajo Guadalquivir ha venido configurándose como el foco originario del fenómeno, para lo cual se contaba con obsoletos, y en muchos casos, descontextualizados registros arqueológicos, a partir de los cuales se extrapolaban mediante el uso sistemático de los paralelos, todo tipo de relaciones e influencias con las restantes zonas del Sur Peninsular. Hoy las claves del origen de la citada convergencia pasan por una nueva formulación. A pesar de que en los últimos años se ha generado en el Alto Guadalquivir un mayor conocimiento del sustrato poblacional sobre el que podría haberse desarrollado el proceso desde finales del IV milenio (Fernández-Miranda y Olmo, 1986; Pérez y Zafra, 1991; Arteaga *et al.*, 1991), éste sigue siendo insuficiente para explicarlo y abordarlo de forma autónoma al resto del valle del Guadalquivir, a la vez que se caería en los mismos errores que se pretende evitar.

Por otra parte, la importancia de la convergencia no estriba en dónde se origina sino en cómo se produce y por qué se generaliza. La posibilidad de solucionar estas cuestiones pasa por entender el Valle como una unidad histórica además de geográfica, en la que los mecanismos de interrelación entre las distintas comunidades constituyen las bases y las pruebas de la convergencia; y la hipótesis aquí manejada de agregación para evitar las tensiones del intercambio de mujeres, sin perder el control de la fuerza de trabajo, y sedentarización a la búsqueda de un territorio estable donde desarrollar la potencialidad de la mano de obra futura, puede abrir una vía en este sentido.

(24) Esto no quiere decir que el rico entorno de la actual ciudad de Martos se desocupe, por el contrario las noticias sobre hallazgos eneolíticos y de la Edad del Bronce en el mismo casco urbano son abundantes y las mismas citas clásicas nos hablan de la ciudad ibérica de Tucci.

4. EL POLIDEPORTIVO DE MARTOS. LA PRODUCCION SOCIAL

4.1. El medio ambiente y los recursos explotados

4.1.1. *La necesidad del marco espacial. Aproximación al paleoambiente*

Si bien en este estudio preliminar no disponemos aún de los datos carpológicos, antracológicos y polínicos (25), antes de centrarnos en los datos aportados por el análisis faunístico conviene realizar unas breves reflexiones sobre la importancia del espacio a la hora de estudiar cualquier formación social y su evolución. Las reconstrucciones históricas de F. Nocete (1988 y 1989a) descansan en este aspecto sobre la base de algunos estudios edafológicos realizados en turberas del Valle del Guadalquivir y cuyos resultados, a partir de la escasa modificación constatada, fueron extrapolados para todas las Campiñas del Alto Guadalquivir en función del Mapa de Suelos de la Diputación Provincial de Jaén. Sin embargo la existencia de un recurso, en este caso excelentes tierras arables, no garantiza su utilización por las comunidades que vivieron próximas a él en una determinada época, y en definitiva como señala Criado (1988), un recurso no es bueno ni malo si no es en relación a la sociedad a la que le interesa. En caso contrario pensaríamos que la Naturaleza es capaz de imponer determinantes a las estrategias económicas que debían utilizar las sociedades humanas en cada lugar en particular. Mucho menos se puede señalar la evolución de la importancia de un determinado recurso en relación a variables tan gratas a los funcionalistas como la presión demográfica, cuando el modelo “ola de avance” sugerido para diversas zonas de la Alta Andalucía y el Sureste en el Calcolítico (Ramos, 1981; Mathers, 1984; Chapman, 1990); deja sin explicar las evidencias sobre poblamiento anterior del área, que en el caso del Alto Guadalquivir vamos conociendo (Pérez y Zafra, 1991; Arteaga *et al.*, 1991; Carrilero *et al.*, 1982, etc.); objeción extensible incluso a aquellos que han sugerido una colonización tardía impulsada no por una presión demográfica sino por el favorable grado de desarrollo tecnológico alcanzado (Gilman, 1976, 1987a, 1987b y 1991), ya que además sus planteamientos se basan en una concepción voluntarista de élites deseosas de poder y una presión ambiental previa rechazada por los últimos análisis (Molina, 1983; Lull, 1983; Ramos, 1981; Molina, 1988; Nocete, 1988; Rodríguez, 1992).

De este modo, hay que tener presente en cualquier reconstrucción del paisaje, en el que se desenvuelven unas determinadas comunidades, cuál es la interacción real entre éstas y el medio, qué se obtiene de él y en qué grado éste es modificado por la acción humana (26); por ello es fundamental el conocimiento del registro material de una sociedad, con qué elementos están hechos sus instrumentos, sobre qué los utilizaron y en qué grado, quiénes se ocupaban de las distintas tareas y cuáles eran los elementos producidos, obtenidos de la Naturaleza en el sentido más amplio. En definitiva aproximarnos a las relaciones sociales de producción, los mecanismos implicados en la obtención de productos y en su distribución.

(25) Estudios que están llevando a cabo respectivamente Leonor Peña, M.^a Oliva Rodríguez y Victoria Ruiz.

(26) Ver un ejemplo de explicación compleja en Hawke-Smith (1981).

Es obvio que la información que se puede extraer de una excavación, por la misma precisión contextual que proporciona y la variedad de datos a nuestro alcance, nos puede ayudar en estos objetivos. ¿Qué recursos estaban al alcance de esas comunidades y cuáles eran realmente explotados y en qué forma?

La sociedad a través de la Cultura Material configura un paisaje humanizado, donde se desarrollan esas mismas relaciones sociales de producción que siguen transformándolo. El espacio no es sólo así un soporte físico sino también un producto social (Nocete, 1989a). El hombre se crea su propio medio ambiente físico (Randsborg, 1989), en el que se incluyen los mismos hombres, entre los que se establecen una serie de relaciones complejas en torno a la producción y sus resultados. El espacio se construye cuando se utiliza, cuando se produce, es una realidad fundamentalmente social (Criado, 1991), teniendo en cuenta además que el trabajo es la condición básica y fundamental de la vida humana, y que éste supone una transformación y apropiación de la Naturaleza (Marx, Hobsbawn, 1964), lo que revela que Naturaleza y Cultura no se pueden situar en dos planos diferentes de realidad, simplemente “Cuanto más los hombres se alejan de los animales, más adquiere su influencia sobre la Naturaleza el carácter de una acción intencional y planificada cuyo fin es lograr objetivos proyectados de antemano” (Engels, 1876: 48). Este intercambio, en forma de trabajo, entre el hombre y la Naturaleza adquiere sentido dentro de relaciones sociales determinadas (Carandini, 1979). El hombre es además productor a todos los niveles y la misma planificación, la conceptualización en definitiva de todos los fenómenos sociales, la acción ideológica sobre éstos, se incluye también en el campo de la Cultura Material (Scarduelli, 1983; Carandini, 1979).

De ahí se deduce la importancia de la interrelación entre todos los aspectos de la Cultura Material que siguen a estas líneas, entendiéndolo como tal no sólo los instrumentos humanos sino también los elementos naturales que por su manipulación o simple selección entran en el campo de la producción humana, en la línea de la definición de cultura referida en los inicios de este trabajo como producto, expresión y voluntad (Chatelet, 1962), aspectos formales, representaciones de la sociedad (Bate, 1977 y 1982).

4.1.2. *La explotación de los recursos animales*

Datos generales

La muestra consta de un total de 2.177 fragmentos óseos de animales, de los cuales 1.868 (85.81%) han podido ser determinados anatómicamente y zoológicamente formando el Número de Restos Determinados (NRD) (27). Por su parte, un total de 309 fragmentos (14.19%) han quedado sin atribuir a ninguna especie animal debido principalmente a su pequeño tamaño. Se encuentran representadas diez especies de mamíferos, siendo más frecuentes las de mediano y gran tamaño. Los ovicápridos son los animales más nume-

(27) Agradecemos a la doctora A. von den Driesch del Instituto de Paleoanatomía de la Facultad de Veterinaria de Munich, su amabilidad en la determinación de algunos fragmentos óseos.

rosos, tanto por su número de restos (635) como por el número de individuos que han proporcionado.

En cuanto a la diferenciación “capra/ovis”, y basándonos en el trabajo de Boessneck, Müller y Teichert (1964), 136 fragmentos se han asignado a la primera especie y 54 a la segunda.

Le siguen en número de restos el perro con 637 restos y los bóvidos con 239. A continuación se sitúan el conejo con 167 y el cerdo doméstico con 138 fragmentos respectivamente. Las restantes especies animales determinadas se encuentran representadas por escaso número de restos, y su porcentaje suele encontrarse casi siempre por debajo del uno por ciento. No se encuentran representadas aves ni anfibios.

TABLA 4

REPRESENTACIÓN ÓSEA DE LAS DISTINTAS ESPECIES ANIMALES PRESENTES EN EL YACIMIENTO (A-EQUUS, B-BOS, C-OVICÁPRIDOS, D-CAPRA, E-OVIS, F-SUS DOMESTICUS, G-CANIS, H-CERVUS, I-SUS SCROFA, J-ORYCTOLAGUS, K-LEPUS)

	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K
clavija				6	2			5			
cráneo		4	14		1	2	4		1		
maxilar			1	1		4	6			1	
dientes sup.		14	68	6	4	13	37			4	
mandíbula	1	7	24	4		11	11			30	1
dientes inf.	1	13	49	25		42	52	4	4	67	6
dient. leche		4	13			10					
atlas					1		1				
axis		1			3		3				
sacro		1	1	1			1				
vértebras		31	43	9	8	5	126				
costillas		79	68	17	3	5	196			2	
escápula		3	11	4		4	8	1		3	1
húmero	1	3	17	5	1	2	13		1	7	1
ulna	1	3	6	3	2		9	1		13	
radio	1	4	18	5			12	4		3	
carpo		6	6	2		4	8				
metacarpo		8	15	4	2	7	23		1	8	
pelvis	2	3	13	1	3	4	11			2	
fémur	1	2	8	2		2	16			4	
patella		1		1	3						
tibia	1	3	10	3	2	2	12	1		14	1
fíbula						2	2				
calcáneo		2	4	3	7	1	8	4		2	
astrágalo		3	2	5	3		2	2		2	
tarso	1	11	9	5		5	11				
metatarso		4	12	2	4	2	36	1		5	
falange 1. ^a		11	21	12	4	6	12	2			
falange 2. ^a		9	11	3	1	2	13				
falange 3. ^a		9	1	7		3	4				
TOTAL	10	239	445	136	54	138	637	25	7	167	10

TABLA 5

DISTRIBUCIÓN DEL NÚMERO DE RESTOS DETERMINADOS EN LAS DISTINTAS CABAÑAS EN QUE APARECIERON (A-EQUUS, B-BOS, C-OVICÁPRIDOS, D-CAPRA, E-OVIS, F-SUS DOMESTICUS, G-CANIS, H-CERVUS, I-SUS SCROFA, J-ORYCTOLAGUS, K-LEPUS)

	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>D</i>	<i>E</i>	<i>F</i>	<i>G</i>	<i>H</i>	<i>I</i>	<i>J</i>	<i>K</i>	TOTAL
F3	1		2									3
F4			6							1		7
F6		13	97	2	6	18		2		25	2	165
F8			5					1				6
F9		2	2			7						11
F10	4					1		1				6
F12	1	7	88	52	21	51	422	2	3	75		722
F13		9	15			12		3				39
F14						1						1
F15	3	189	172	79	15	41	173	10	2	45	8	737
F16		1					42					43
F17		4	7	3	5			1	2	18		40
F20			5			6				1		12
F24		2	14					1		1		18
F25	1	12	29		7	1		3		1		54
F26			3					1				4
TOTAL	10	239	445	136	54	138	637	25	7	167	10	1868

Tomando como base la metodología propuesta por A. von den Driesch (1976), las abreviaturas utilizadas en las medidas osteométricas son las siguientes:

- Bd.** anchura distal
- BT.** anchura de la tróclea
- GL.** longitud máxima
- GLI.** longitud mayor de la mitad lateral
- GLpe.** longitud mayor de la mitad periférica
- LA.** longitud del acetábulo incluyendo el saliente
- SLC.** longitud menor del cuello de la escápula

TABLA 6

NÚMERO DE RESTOS DETERMINADOS (NRD) Y NÚMERO MÍNIMO DE INDIVIDUOS (NMI)
DE LAS ESPECIES ANIMALES REPRESENTADAS EN EL YACIMIENTO

	<i>NRD</i>	%	<i>NMI</i>	%
<i>Equus caballus</i>	10	0.54	2	2.63
<i>Bos taurus</i>	239	12.79	7	9.21
Ovicápridos	445	23.82	16	21.06
<i>Capra hircus</i>	136	7.28	8	10.53
<i>Ovis aries</i>	54	2.89	4	5.26
<i>Sus domesticus</i>	138	7.39	6	7.81
<i>Canis familiaris</i>	637	34.10	7	9.21
<i>Cervus elaphus</i>	25	1.34	5	6.58
<i>Sus scrofa</i>	7	0.37	2	2.63
<i>Oryctolagus c.</i>	167	8.94	18	23.68
<i>Lepus capensis</i>	10	0.54	1	1.32
TOTAL	1868	100.00	76	100.00

El peso total del material estudiado es de 18,095 gramos, de los cuales 16,625 g. pertenecen a los restos identificados, estando distribuidos por especies en la forma siguiente:

<i>Equus caballus</i>	810 g.	<i>Canis familiaris</i>	1.853 g.
<i>Bos taurus</i>	5.485 g.	<i>Cervus elaphus</i>	1.265 g.
Ovicápridos	2.960 g.	<i>Sus scrofa</i>	100 g.
<i>Capra hircus</i>	800 g.	<i>Oryctolagus c.</i>	158 g.
<i>Ovis aries</i>	1.755 g.	<i>Lepus capensis</i>	19 g.
<i>Sus domesticus</i>	1.420 g.		

El peso de los huesos proporciona una idea más adecuada para una interpretación económica del yacimiento, ya que obtenemos datos sobre la aportación cárnica de cada una de las especies representadas, estimando que el peso del esqueleto representa aproximadamente el 7% del peso del animal vivo (Kubasiewicz, 1956). En sí mismo este dato no posee gran valor, pero adquiere un gran interés una vez calculados los distintos porcentajes que cada especie proporciona para poder compararlos entre sí; consiguiendo con ello una idea más aproximada de la cantidad relativa de carne que aportó cada una de las especies. Así observamos que en función del peso, fueron los ovicápridos, en su conjunto, los animales que proporcionaron la mayor cantidad de carne, seguidos por los bóvidos (gráfico 7).

TABLA 7
CANTIDAD RELATIVA DE CARNE APORTADA POR LAS
ESPECIES ANIMALES PRESENTES SEGÚN EL MÉTODO
KUBASIEWICZ. (MEDIDA EN KG.)

MASA	%	
Equus	11.57	4.87
Bos taurus.....	78.36	32.99
Ovicápridos	42.29	17.81
Capra hircus	11.43	4.81
Ovis aries.....	25.07	10.56
Sus domestic.	20.29	8.54
Canis	26.47	11.14
Cervus	18.07	7.61
Sus scrofa	1.43	0.60
Oryctolagus	2.26	0.95
Lepus	0.27	0.12
TOTAL.....	237.51	100.00

TABLA 8

NÚMERO DE RESTOS, NÚMERO MÍNIMO DE INDIVIDUOS Y PESO EN GRAMOS DE LAS ESPECIES ANIMALES SEGÚN LAS TRES FASES CRONOLÓGICAS DE OCUPACIÓN DEL YACIMIENTO

	FASE I			FASE II			FASE III		
	NRD	NMI	PESO	NRD	NMI	PESO	NRD	NMI	PESO
Equus	9	1	715				1	1	95
Bos taurus	197	3	4.255	18	2	535	24	2	695
Ovicápridos	143	5	895	248	7	1.725	54	4	340
Capra h.	120	6	705	16	2	95			
Ovis aries	39	2	1.540	15	2	215			
Sus domest.	81	3	847	48	2	423	9	1	150
Canis f.	637	6	1.853						
Cervus	12	2	650	7	2	325	6	1	290
Sus scrofa	5	1	75	2	1	25			
Oryctolagus	101	9	110	59	7	42	7	2	6
Lepus				10	1	19			
TOTAL	1344	38	11.645	423	26	3.404	101	11	1.576

Determinación cualitativa de las especies animales

O. PERISSODACTYLA

Equus caballus Linneo, 1758

O. ARTIODACTYLA

Bos taurus Linneo, 1758

Capra hircus Linneo, 1758

Ovis aries Linneo, 1758

Cervus elaphus Linneo, 1758

Sus scrofa Linneo, 1758

Sus scrofa domesticus Gray, 1869

O. CARNIVORA

Canis familiaris Linneo, 1758

O. LAGOMORFA

Oryctolagus cuniculus Linneo, 1758*Lepus capensis* Linneo, 1758*Estudio faunístico*

Equus caballus

La presencia de restos de caballo en el yacimiento viene dada por la aparición de diez fragmentos que suponen el 0.54% del total de restos determinados (gráfico 5), y han proporcionado un número mínimo de dos individuos (gráfico 6). La práctica totalidad de restos pertenecen a la Fase I (donde aparecen 9), mientras que en la Fase III sólo aparece uno (gráfico 8). Los huesos que han podido medirse presentan unos valores que coinciden tanto con los de caballos salvajes pleistocénicos, como con los de caballos ya domesticados en la Edad del Bronce en la Península Ibérica (Lauk 1976). Sin embargo no es posible distinguir en base a la morfología y al tamaño de los huesos si se trata de animales salvajes o domésticos (Uerpmann, 1990).

En el estado actual de las investigaciones sobre la domesticación del caballo en la Península Ibérica, hay que esperar a época Argárica (Bronce medio) para encontrar al caballo domesticado, hecho que ocurre en el yacimiento del Cerro de la Encina (Granada) (Lauk, 1976), aunque la presencia de restos de caballo en estratos del Neolítico Final de Montefrío (Uerpmann, 1979) genera una interesante problemática sobre la domesticación autóctona de este animal.

Estando situado el yacimiento de Martos en un paisaje abierto, es posible que estos animales fueran cazados en las proximidades. En todo caso los fragmentos óseos de caballo suelen ser también escasos entre los restos de fauna de yacimientos en los que el caballo se encontraba domesticado.

TABLA 9

COMPARACIÓN DE LAS MEDIDAS DE LA ANCHURA DE LA TRÓCLEA EN EL HÚMERO, DE LA ANCHURA DISTAL DEL RADIO Y LA TIBIA, Y LONGITUD DEL ACETABULUM EN LA PELVIS DE *EQUUS CABALLUS*, CON LAS PROPORCIONADAS POR LOS YACIMIENTOS DEL CERRO DE LA VIRGEN I/II (DRIESCH, 1972), ZAMBUIJAL (DRIESCH Y BOESSNECK, 1976), Y VALENCINA DE LA CONCEPCIÓN (HAIN, 1982)

Húmero (BT)	<i>n.º</i>	<i>variación</i>	<i>media</i>	<i>Radio</i>	<i>n.º</i>	<i>variación</i>	<i>media</i>
C.Virgen I/II	2	71.0-71.0		Bd	8	68.0-74.5	71.1
Zambujal	6	68.5-71.0	69.4	Bd	6	67.0-77.0	72.2
Valencina	3	70.0-74.5	71.7	Bd	2	68.0-73.0	
Martos	1	73.0		Bd	1	75.0	
Pelvis (LA)	<i>n.º</i>	<i>variación</i>	<i>media</i>	<i>Tibia</i>	<i>n.º</i>	<i>variación</i>	<i>media</i>
C.Virgen I/II	5	58.0-62.0	60.0	Bd	9	68.5-77.5	72.4
Zambujal	1	55.0		Bd	9	65.0-70.5	68.1
Martos	1	58.0		Bd	1	66.7	

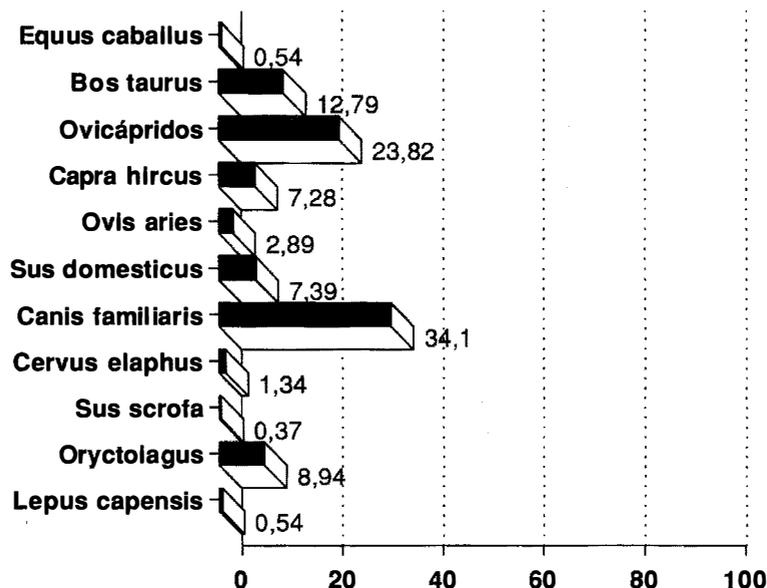


Gráfico 5.—Porcentajes de representación de las especies animales presentes en base al número de restos determinados.

Bos taurus

El material óseo perteneciente a esta especie consta de 239 fragmentos, y supone el 12.79% del total de restos determinados (gráfico 5). Ha proporcionado un número mínimo de 7 individuos. Este dato, en animales de gran tamaño como es el caso de buey y caballo, suele establecerse en base a determinados huesos del esqueleto, ya que tanto mandíbulas como dientes aislados suelen ser escasos, al contrario de lo que ocurre con ovicápridos y suidos, donde las piezas dentales suelen estar bien representadas. Esta situación, provoca que la obtención del número mínimo de individuos en animales de gran talla se realice en base a huesos que no aportan tanta información como las piezas dentales, y además, al encontrarnos con huesos fragmentados, corremos el riesgo de asignar fragmentos pertenecientes a individuos distintos a uno solo, con lo cual estos animales pueden estar representados por debajo de su valor real. En el caso que nos ocupa, la mayoría de piezas dentales pertenecen al mismo individuo, ya que apareció prácticamente completo, y su edad de sacrificio tuvo lugar aproximadamente a los seis meses de edad (Habermehl, 1975). Para los seis individuos restantes, hemos tenido que basarnos en el estado de fusión de los huesos largos, según el cual cuatro animales fueron sacrificados sobre los dos años y medio, y los dos restantes a partir de los tres años y medio de vida. En cuanto al sexo y basándonos en las medidas de metacarpos y metatarsos, habría 3 hembras y un macho.

Dejando a un lado el total de restos proporcionados por la ternera (180), que

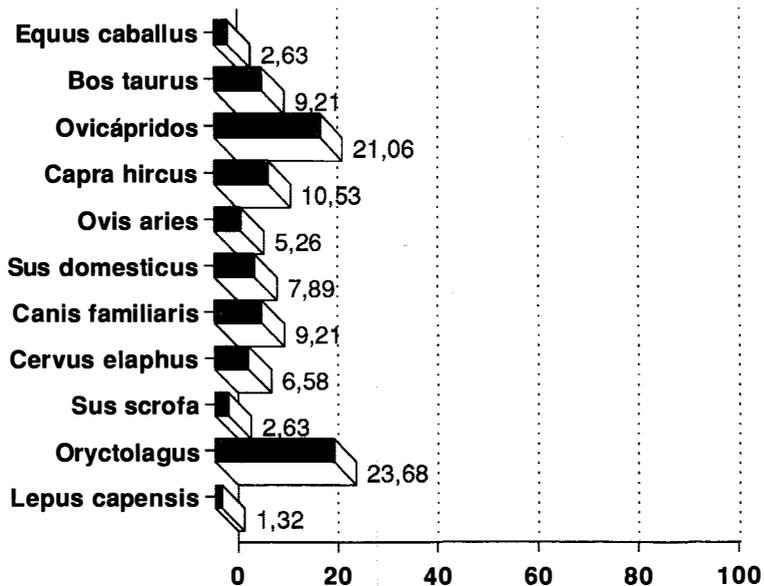


Gráfico 6.—Porcentajes de representación de las especies animales presentes en base al número mínimo de individuos.

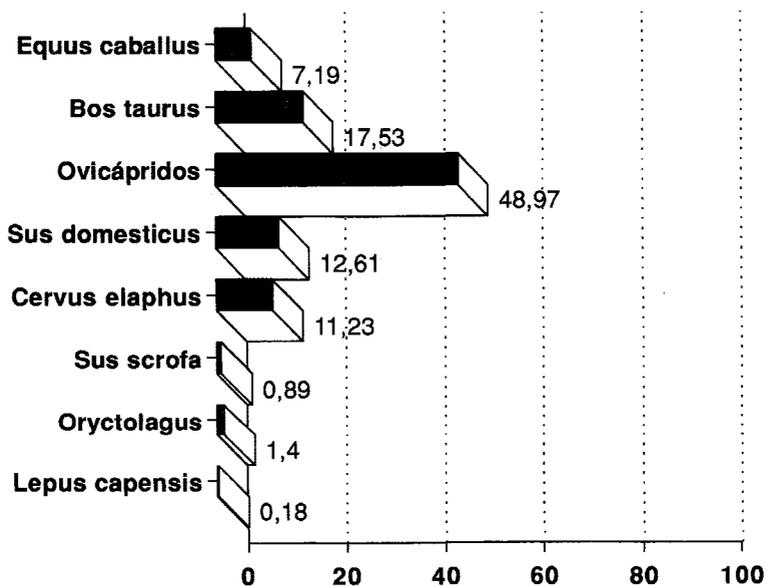


Gráfico 7.—Cantidad relativa de carne aportada por las especies animales presentes según el método Kubasiewicz.

apareció completa en el interior del fondo XV (fig. 6, lám. IV), a excepción de las vértebras cervicales y en compañía de un miembro posterior de cabra, los bóvidos están representados por un escaso número de huesos en todas las fases de ocupación del yacimiento (gráfico 8). Aun en el caso de considerar el peso global del material óseo que han proporcionado, ya que la ternera no fue consumida al tratarse de un posible sacrificio ritual, observamos que no fueron los animales que proporcionaron mayor cantidad de carne; situándose tras los ovicápridos que ocupan el primer lugar en este aspecto (gráfico 7).

También ha sido escaso el número de restos óseos que se han podido medir, y tampoco se ha podido calcular la altura en la cruz de estos animales al no aparecer huesos largos completos. Sin embargo, las medidas obtenidas entran dentro de la variación de las que publican R. Ziegler (1990) en el yacimiento de Los Castillejos y A. von den Driesch y J. Boessneck (1976) en el yacimiento portugués de Zambujal.

TABLA 10

COMPARACION DE LA ANCHURA DISTAL DEL RADIO, TIBIA, METACARPO, METATARSO; Y LONGITUD MAYOR DE ASTRAGALO Y FALANGE 1.^a DE *BOS TAURUS* DE MARTOS CON LOS DE VALENCINA Y ZAMBUJAL

<i>Radio (Bd)</i>	<i>n.º</i>	<i>variación</i>	<i>media</i>
Valencia	16	64.5 - 88.5	72.0
Zambujal 1/2	10	63.0 - 82.0	71.3
Martos	2	66.0 - 77.0	
<i>Metacarpo (Bd)</i>	<i>n.º</i>	<i>variación</i>	<i>media</i>
Valencia	17 ♂	61.5 - 76.5	67.5
	9 ♀	55.0 - 63.0	59.4
Zambujal 1/2	29 ♂	59.5 - 70.5	65.4
	41 ♀	48.5 - 59.0	54.7
Martos	3	48.5 - 63.0	55.5
<i>Tibia (Bd)</i>	<i>n.º</i>	<i>variación</i>	<i>media</i>
Valencia	27	54.5 - 70.5	62.9
Zambujal 1/2	46	52.5 - 69.5	59.8
Martos	1	54.0	
<i>Astrágalo (GL)</i>	<i>n.º</i>	<i>variación</i>	<i>media</i>
Valencia	34	58.5 - 72.5	63.7
Zambujal 1/2	86	55.0 - 71.5	62.1
Martos	1	61.0	
<i>Metatarso (Bd)</i>	<i>n.º</i>	<i>variación</i>	<i>media</i>
Valencia	17 ♂	55.0 - 66.0	59.1
	19 ♀	49.0 - 54.5	51.5
Zambujal 1/2	20 ♂	56.0 - 64.5	60.2
	24 ♀	48.0 - 55.0	50.8
Martos	1	51.0	
<i>Falange1 ant (GL)</i>	<i>n.º</i>	<i>variación</i>	<i>media</i>
Valencia	42	52.0 - 71.0	58.7
Zambujal 1/2	95	49.5 - 63.0	55.5
Martos	2	56.0	

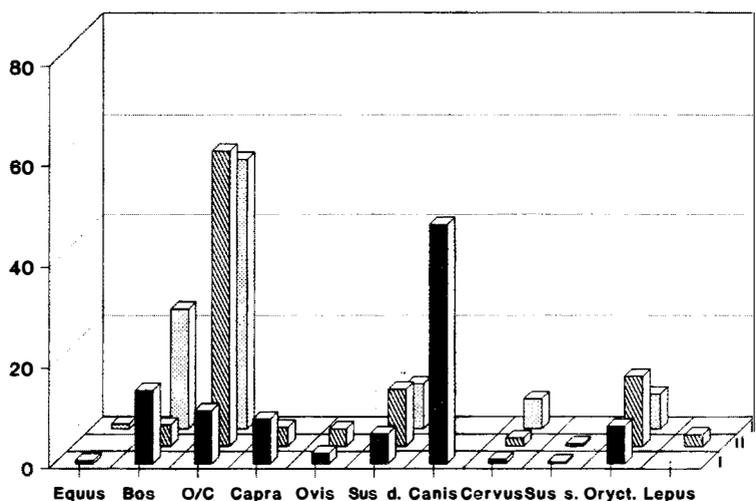


Gráfico 8.—Porcentajes de distribución del NRD de las especies presentes durante cada fase de ocupación.

Ovicápridos

En su conjunto, son los animales que han proporcionado mayor número de restos óseos con un total de 635, que suponen el 33.99% del total recuperado (gráfico 5); proporcionando un número mínimo de 28 individuos (gráfico 6). También son los animales que proporcionaron el mayor aporte cárnico a la dieta alimenticia, alcanzando el 33.18% de la carne consumida según el método de Kubasiewicz (1956) (gráfico 7), y situándose, por tanto, por delante de especies de mayor talla y peso como buey y cerdo.

En cuanto a la edad de sacrificio en la mayoría de los individuos éste se realizó a partir de los dos años de vida, edad a la que estos animales podrían ya proporcionar leche y lana.

Basándonos en las mandíbulas y piezas dentales de 9 individuos, las edades de sacrificio aproximadas que obtenemos son las siguientes: dos individuos fueron sacrificados entre los 15 y 18 meses; uno entre los 18 y 20 meses; tres entre los 20 y 24 meses; y otros tres con más de 28 meses de edad (Habermehl, 1975).

Referente al sexo de estos animales existe un predominio claro de las hembras en los ovicápridos en general y en las cabras en particular. Mientras que, por el contrario, entre los restos determinados de oveja predominan los machos.

Con relación a la diferenciación “ovis/capra”, se han podido determinar 136 fragmentos pertenecientes a cabra y 54 a oveja. De los restos pertenecientes a esta última destaca la aparición en el fondo XXV de un cráneo bastante completo de un carnero (fig. 4) que presenta unas clavijas óseas de gran tamaño, las cuales presentan huellas de haber sido cortadas; y que debió ser guardado quizás por su gran envergadura. Los 7 fragmentos óseos de oveja aparecidos en el fondo XXV son todos de la cabeza de este individuo.

n.º de individuos (total 9)

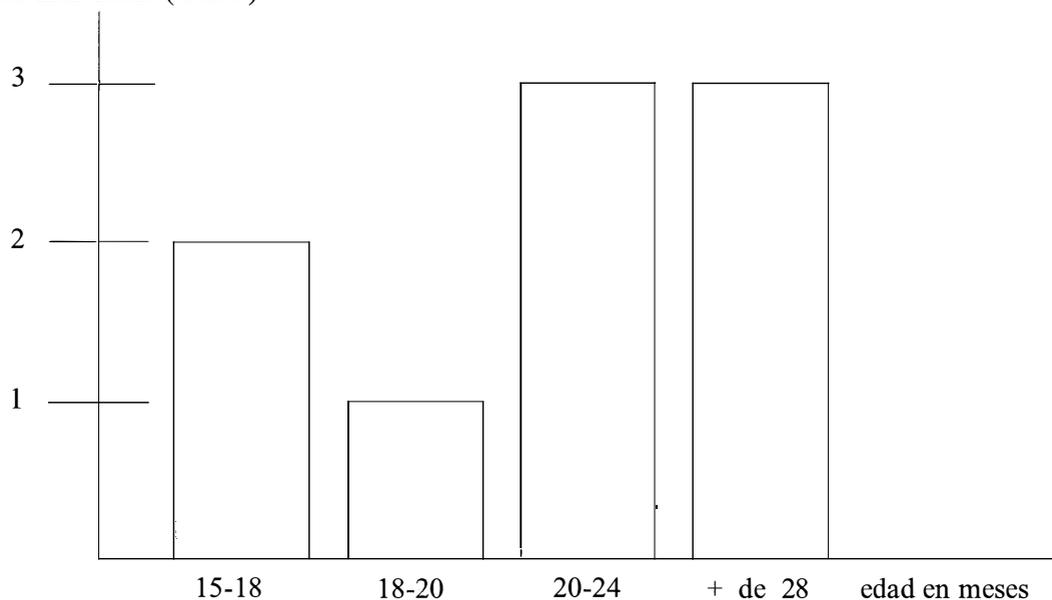


Gráfico 9.—Número mínimo de individuos por grupos de edad en el caso de los ovicápridos.

TABLA 11

COMPARACION DE LAS MEDIDAS DE CALCANEOS Y ASTRAGALOS DE *OVIS* *ARIES* NEOLITICOS (PEREZ RIPOLL, 1980; DRIESCH UND BOESSNECK, 1980; DRIESCH Y MORALES, 1977) Y DE LA EDAD DEL COBRE DE YACIMIEN-TOS DEL SUR DE LA PENINSULA IBERICA

<i>Calcáneo</i>	<i>n.º</i>	<i>longitud máxima</i>	<i>media</i>
Cova de l'Or	5	53.2 - 61.4	57.5
Cueva de la Sarsa	6	56.5 - 61.3	58.9
Tabernas	1	61.5	
C. Virgen I/II	59	49.5 - 67.5	55.0
Zambujal	20	50.5 - 60.0	54.4
Valencina	30	51.5 - 64.5	58.7
Martos	2	66.0 - 67.5	
<i>Astrágalo</i>	<i>n.º</i>	<i>longitud máxima</i>	<i>media</i>
Cova de l'Or	14	23.5 - 30.3	28.2
Cueva de la Sarsa	21	26.0 - 30.0	21.6
Tabernas	15	24.5 - 33.0	28.3
C. Virgen I/II	127	25.0 - 31.6	28.3
Zambujal	169	23.5 - 32.2	27.9
Valencina	44	25.5 - 33.5	29.7
Martos	2	31.0 - 31.8	

Sin embargo en el fondo XII aparecen varias vértebras cervicales, entre ellas el atlas y el axis, que sin ninguna duda pertenecen al mismo individuo aparecido en el fondo XXV.

También en el caso de restos óseos de cabra, en algunas de las cabañas han aparecido varios huesos en posición anatómica, sobre todo de las extremidades.

Los restos tanto de cabra como de oveja tienden a concentrarse en los fondos XII y XV, mientras que escasean o no aparecen en los restantes. Los restos de ovicápridos sin identificar aparecen en todos los fondos a excepción del XIV y el XVI, lo que depende de las características funcionales de los fondos y su estado de conservación.

Las medidas proporcionadas por los calcáneos y astrágalos de Martos, comparadas con las proporcionadas por yacimientos tanto neolíticos como eneolíticos, muestran cómo en el primero de los casos se encuentran por encima de todas ellas, excepto en el caso del Cerro de la Virgen, que llega a igualar la medida máxima de nuestro yacimiento. Las medidas de los astrágalos, por su parte, se aproximan más a las máximas de los demás yacimientos.

TABLA 12

ALTURA EN LA CRUZ DE *OVIS ARIES* Y *CAPRA HIRCUS* SEGUN LOS PARAMETROS DE TEICHERT (1975) Y SCHRAMM (1967) RESPECTIVAMENTE, EXPRESADOS EN CENTIMETROS

<i>Ovis Aries</i>	<i>n.º</i>	<i>longitud(mm.)</i>	<i>factor</i>	<i>altura (cm.)</i>
metacarpo	1	143.0 ♂	4.89	69.9
calcáneo	2	66.0 ♂	11.40	75.2
		67.5 ♂	11.40	76.9
astrágalo	2	31.0 ♂	22.68	70.3
		31.8 ♂	22.68	72.1
<i>Capra Hircus</i>	<i>n.º</i>	<i>longitud(mm.)</i>	<i>factor</i>	<i>altura (cm.)</i>
metacarpo	1	98.0 ♀	5.75	56.4
tibia	1	193.0 ♀	2.97	57.3
metatarso	1	117.0 ♀	5.34	62.5

El tamaño de estos carneros, en torno a los 75 centímetros de altura en la cruz, es relativamente frecuente en yacimientos prehistóricos del sur de la Península Ibérica. Las cabras, por su parte, son de proporciones entre pequeñas y medianas, alcanzando una altura en la cruz semejante a las de los yacimientos del Cerro de la Virgen y Zambujal.

Sus scrofa domesticus

Los fragmentos óseos atribuidos a esta especie suman un total de 138 (7.39%) (gráfico 5), y han proporcionado un número mínimo de 6 individuos (gráfico 6). En relación a la cantidad de carne relativa aportada observamos que el cerdo se sitúa, en cuanto a especies comestibles se refiere, tras los ovicápridos y bóvidos que ocupan el primer y segundo lugar respectivamente (gráfico 7), alcanzando el 8.54% de la carne consumida como se aprecia en la tabla 9. El sacrificio de estos animales se realizó, basándonos en las piezas dentales, a una edad comprendida entre los dos y tres años en

4 individuos, siendo los dos restantes sacrificados entre los 12 y 20 meses (Habermehl, 1975). Como ocurre en la mayoría de las especies animales presentes, los restos de cerdo se concentran en los fondos XII y XV.

TABLA 13

COMPARACION DE LA ANCHURA MINIMA DEL CUELLO DE LA ESCAPULA Y ANCHURA DISTAL DE LA TIBIA DE *SUS SCROFA DOMESTICUS* DE YACI-MIENTOS NEOLITICOS Y ENEOLITICOS DEL SUR DE LA PENINSULA IBERICA

<i>Escápula (SLC)</i>	<i>n.º</i>	<i>variación</i>	<i>media</i>
Cueva de la Sarsa	1	20.5	
C. de la Virgen I/II	102	17.0 - 26.5	21.4
Zambujal	166	18.5 - 26.0	22.3
Valencina	76	19.0 - 26.0	22.5
Martos	1	21.3	
<i>Tibia (Bd)</i>	<i>n.º</i>	<i>variación</i>	<i>media</i>
Cova l'Or	5	26.8 - 30.7	29.5
C. de la Virgen I/II	43	24.5 - 33.0	27.7
Zambujal	102	24.0 - 33.0	28.3
Valencina	56	24.5 - 32.5	27.8
Martos	1	30.0	

En cuanto a la distinción entre los restos de cerdo y jabalí, ésta se ve facilitada por la disminución de talla que ocasionó la domesticación, distinción que como apunta J. Altuna es fundamentalmente biométrica para los restos pre y protohistóricos (Altuna, 1980).

La escasez de material mensurable de cerdo no ha permitido obtener muchas conclusiones, sin embargo, comparando la anchura mínima del cuello de la escápula se observa que está más próxima a los valores mínimos de los restantes yacimientos, mientras que la medida del extremo distal de tibia, por su parte, se aproxima más a las medidas máximas.

Canis familiaris

Los restos óseos de perro suman un total de 637 (34.10%), y han proporcionado un número mínimo de siete individuos. Todos los fragmentos se hallan concentrados en los fondos XII, XV y XVI, perteneciendo en su totalidad a la Fase I (gráficos 8 y 10); y su presencia, en contra de lo que sucede con las demás especies animales, responde a premisas diferentes a la alimentación. En primer lugar no hemos apreciado huellas de cortes ni descarnamiento en los restos, y en segundo aparecieron en conexión anatómica en la fase inicial de ocupación de estas cabañas, respondiendo a un posible "ritual de fundación" (fig. 6). Los huesos presentan un buen estado de conservación, aunque el peso de los sedimentos ha facilitado su fractura. Con todo, los huesos completos que hemos podido medir han posibilitado calcular la altura en la cruz de estos animales.

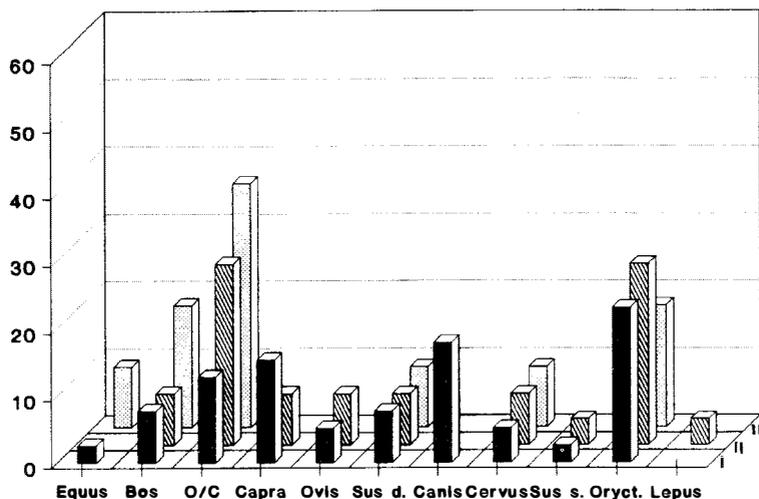


Gráfico 10.—Porcentajes de distribución del NMI de las especies presentes en las diferentes fases de ocupación.

TABLA 14
COMPARACION DE LA ALTURA EN LA CRUZ DE LOS EJEMPLARES DE *CANIS FAMILIARIS* DE MARTOS CON EL DE MARIZULO Y LOS DE VALENCINA, SEGUN LOS FACTORES DE KOUDELKA (1885)

<i>Húmero</i>	<i>n.º</i>	<i>long. máxima</i>	<i>media</i>	<i>factor</i>	<i>altura (cm.)</i>
Marizulo	1	166.4		3.37	56.1
Valencina	9	120.5 - 164.0	144.2	3.37	48.6
Martos	2	130.0 - 150.0		3.37	43.8 - 50.5
<i>Radio</i>	<i>n.º</i>	<i>long. máxima</i>	<i>media</i>	<i>factor</i>	<i>altura (cm.)</i>
Marizulo	2	159.6 - 161.5		3.22	51.4 - 52.0
Valencina	3	150.5 - 169.0	160.8	3.22	51.8
Martos	3	126.0 - 150.0	137.0	3.22	44.1
<i>Tibia</i>	<i>n.º</i>	<i>long. máxima</i>	<i>media</i>	<i>factor</i>	<i>altura (cm.)</i>
Marizulo	1	174.0		2.92	50.8
Valencina	4	143.0 - 173.5	162.1	2.92	47.3
Martos	1	145.0		2.92	42.3

Los ejemplares de Martos son animales de talla pequeña, oscilando entre los 43.8 y los 50.5 centímetros, en base a las medidas obtenidas. Medidas que, aunque con variaciones, no difieren mucho de las publicadas por Altuna para el perro de Marizulo (Altuna, 1980) y los aparecidos en Valencina de la Concepción (Hain, 1982).

TABLA 15

COMPARACION DE LA ALTURA EN LA CRUZ DE LOS EJEMPLARES DE *CANIS FAMILIARIS* DE MARTOS CON LOS DE MARIZULO Y VALENCINA, SEGUN LOS FACTORES DE HARCOURT (1974)

<i>Húmero</i>	<i>n.º</i>	<i>long. máxima</i>	<i>media</i>	<i>factor</i>	<i>altura (cm.)</i>
Marizulo	1	166.4		3.43	57.1
Valencina	9	120.5 - 164.0	144.2	3.43	49.5
Martos	2	130.0 - 150.0		3.43	44.6 - 51.5
<i>Radio</i>	<i>n.º</i>	<i>long. máxima</i>	<i>media</i>	<i>factor</i>	<i>altura (cm.)</i>
Marizulo	2	159.6 - 161.5		3.18	50.8 - 51.4
Valencina	3	150.5 - 169.0	160.8	3.18	51.1
Martos	3	126.0 - 150.0	137.0	3.18	43.6
<i>Tibia</i>	<i>n.º</i>	<i>long. máxima</i>	<i>media</i>	<i>factor</i>	<i>altura (cm.)</i>
Marizulo	1	174.0		2.92	50.8
Valencina	4	143.0 - 173.5	162.1	2.92	47.3
Martos	1	145.0		2.92	42.3

Cervus elaphus

El ciervo se encuentra representado por un total de 25 fragmentos óseos que suponen el 1.34% del total de restos determinados (Mariezkurrena, 1983), proporcionando un número mínimo de 4 individuos (gráficos 5 y 6). De los cinco fragmentos de clavija, uno es de desmogue. El material se encuentra muy fragmentado, lo que ha dado lugar a que puedan tomarse pocas medidas.

A diferencia de lo que ocurre con otras especies, los restos de ciervo no tienden a concentrarse en estructuras concretas, sino que se encuentran presentes en 10 fondos distintos aunque en número muy reducido, salvo en el fondo XV donde se concentran 10 fragmentos. La mayoría de los restos parecen pertenecer a machos adultos.

Algunas primeras falanges de ciervo, y de ovicápridos en menor medida, se encuentran rebajadas y pulidas artificialmente; representando la manufactura de ídolos en sus primeras fases de fabricación como ocurre en el caso de Terrera Ventura (Driesch y Morales, 1977).

Sus scrofa

El material óseo asignado a jabalí consta únicamente de siete fragmentos; de los cuales 4 son piezas dentales, pudiéndose medir sólo un tercer molar inferior aislado (M/3) que ha proporcionado una longitud de 39.0 milímetros. Supone el 0.37% del total del material identificado, perteneciendo los restos a un total de dos individuos. Sus restos han aparecido sólo en las Fases I y II (gráfico 8), y se concentran en los dos fondos con mayor cantidad de fragmentos óseos, el XII y el XV; aunque también aparecen en el XVII.

TABLA 16

COMPARACION DE MEDIDAS DE LA TIBIA, ASTRAGALO Y 1.^a FALANGE DE *CERVUS ELAPHUS* DE MARTOS CON MATERIAL DE OTROS YACIMIENTOS DEL SUR DE LA PENINSULA IBERICA

Tibia (Bd)	n.º	variación	media
Valencina	6	38.5 - 46.5	42.4
Zambujal	19	42.5 - 50.0	45.5
Martos	2	44.5 - 45.5	
Astrágalo (GLI)	n.º	variación	media
Cova l'Or	4	48.0 - 52.3	49.7
Valencina	17	46.0 - 53.5	49.1
Zambujal	38	44.0 - 57.0	50.8
Martos	1	50.4	
Falange 1.^a (GLpe)	n.º	variación	media
Cova l'Or	4	47.6 - 54.0	50.9
Valencina	10	45.5 - 56.0	50.6
Zambujal	40	47.5 - 57.0	51.7
Martos	2	52.0	

TABLA 17

COMPARACION DE LA LONGITUD DEL M/3 DE *SUS SCROFA* DE MARTOS, CON MATERIAL DE OTROS YACIMIENTOS DEL SUR DE LA PENINSULA IBERICA

M/3	Cova l'Or	Montefrío	n.º	Zambujal	media	Martos
longitud	41.1-41.8	42.5	13	39.0-45.0	41.6	39.0

Oryctolagus cuniculus

Los restos de conejo son relativamente abundantes, habiendo aparecido un total de 167 fragmentos que suponen el 8.94% del total de restos determinados. En cuanto a número de individuos, han proporcionado un total de 18. La mayoría de los fragmentos tienden a concentrarse en las cabañas XII y XV en la Fase I (gráfico 8).

Lepus capensis

Sólo han aparecido 10 fragmentos de liebre, pertenecientes todos ellos a la Fase II (gráfico 8), dos en la cabaña VI y los ocho restantes en la XV. Todos ellos pertenecen al mismo individuo.

Conclusiones

En su conjunto la muestra ósea estudiada presenta unas características que no podemos considerar como definitivas, aunque nos van a permitir formular hipótesis de

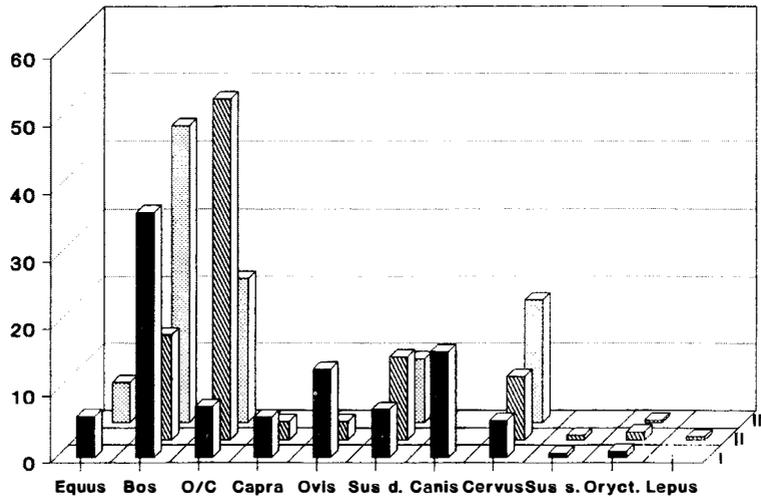


Gráfico 11.—Porcentajes de distribución del peso de las especies presentes por fases de ocupación.

trabajo que, en su caso, se verán confirmadas tras el estudio de nuevo material óseo procedente de este yacimiento.

Analizando la presencia de las distintas especies animales, se observa que las especies domésticas son más abundantes que las salvajes, hecho que suele ocurrir en todos los yacimientos del Neolítico Final en la Península Ibérica. En el caso concreto que nos ocupa, la fauna silvestre se encuentra representada por escaso número de especies, llegando a alcanzar en su conjunto sólo el 11.73% del total de restos óseos determinados. Sin embargo, basándonos en el NMI la fauna salvaje representa el 37.34% del total, es decir, más del doble que si consideramos solamente su número total de restos.

Los ovicápridos se configuran como los animales que proporcionan mayor número de restos óseos y de individuos (gráficos 5 y 6). También proporcionaron la mayor aportación cárnica basándonos en el peso del material óseo (gráfico 7). En cuanto a la edad de sacrificio, éste se realizó en la mayoría de los casos a partir de los dos años, con lo cual podría existir un aprovechamiento tanto de lana como de leche. Al ser hembras la mayoría de estos animales en el caso de las cabras, existiría un control y reemplazo de estos animales tendente a preservar a las hembras para la reproducción y obtención de productos lácteos (28). Los restos óseos de oveja presentan unas características diferentes en cuanto al sexo se refiere, ya que en su mayoría pertenecen a machos con una altura en torno a los 75 centímetros en la cruz. Esta altura es relativamente frecuente en carneros de yacimientos prehistóricos del sur de la Península Ibérica, y marcaría el límite máximo alcanzado por esta especie. Las cabras, por su parte, alcanzan unas

(28) Aunque como veremos en las conclusiones de este trabajo la lectura no puede hacerse tan lineal y debe contrastarse con otros datos.

proporciones entre medianas y pequeñas semejantes a las de yacimientos como Zambujal y Cerro de la Virgen.

Los bóvidos se sitúan tras los ovicápridos tanto en número de restos (gráfico 5) como en cantidad de carne proporcionada (gráfico 7), configurándose éstos como la base cárnica del poblado por delante de buey y cerdo. Tanto el número de restos como el peso total proporcionados por los bóvidos pueden inducir a error si no se tienen en cuenta (cosa que sí se ha hecho en el gráfico 7) los restos de la ternera (180), animal que no fue consumido (fig. 6, lám. IV) (29).

En cuanto a la edad de sacrificio, éste se realizó en general a partir de los dos años y medio. La edad más productiva en cuanto al aprovechamiento cárnico de estos animales se alcanza entre los tres y medio y los cuatro años de edad, cuando han alcanzado alrededor del 90% de su peso potencial máximo. La presencia más numerosa de restos óseos de hembras, parece apuntar hacia un aprovechamiento lácteo y cárnico de estos animales.

Del escaso material óseo de caballo son pocas las conclusiones que podemos obtener, ya que por las medidas proporcionadas no es posible distinguir si se trata de un animal salvaje o doméstico, aunque nos inclinamos más por la primera opción, en cuyo caso se trataría de animales salvajes que serían cazados en las cercanías del yacimiento, en las que existirían zonas abiertas (30).

El cerdo, por su parte, se sitúa tras los ovicápridos y bóvidos en cuanto a aportación cárnica se refiere, y su edad de sacrificio tuvo lugar en general sobre los dos años; edad a la que se obtendría un mejor aprovechamiento cárnico del animal.

El caso concreto de los restos de perro es interesante ya que todos los restos se encontraban en conexión anatómica, aunque con grados diferentes de preservación, y en el caso de la cabaña XII dispuestos radialmente (fig. 5). El hecho añadido de aparecer en la primera estructuración del espacio de las cabañas XII y XV (en la cual se documenta otro esqueleto), plantea la posibilidad de un posible "ritual de fundación" de las mismas, y otorgaría una función especial a estos animales en el poblado: defensa, pastoril, cinegética... Los restos aparecidos pertenecen a individuos adultos de talla pequeña.

En conjunto, las especies salvajes se encuentran poco representadas excepto en el caso del conejo. La fauna hallada en los yacimientos no suele ser buen indicador en la reconstrucción del ecosistema existente, ya que por regla general no suele incluir especies cuya vida se desarrolle en un solo biotopo, además de estar seleccionada por el hombre. Por tanto sólo podemos decir que las especies salvajes en su conjunto no representarían una zona de bosque denso, sino más bien zonas abiertas en las que podría vivir el caballo salvaje y bosques poco densos que darían cobijo a ciervos, jabalíes,

(29) Un caso similar lo encontramos en los estratos IIIA y IIIB (argáricos) del yacimiento del Cerro de la Virgen, en los que aparece "la osamenta de una ternera adulta, de pequeño tamaño, que al parecer fue enterrada entera y no fue usada como alimento" (Boessneck, 1969).

(30) Aunque la presencia de caballo en Montefrío, donde el paisaje es mucho más agreste, ha abierto una interesante problemática sobre un foco de domesticación autóctona en el sur de la Península Ibérica (Uerpmann, 1979).

conejos, etc. La presencia de liebre, aunque en número muy escaso, también apunta hacia la existencia de zonas más o menos despejadas.

4.2. Producción artesanal y uso social de los instrumentos

4.2.1. Formas estandarizadas. Breve adelanto de los resultados del análisis morfométrico

El análisis tipológico del complejo cerámico del Polideportivo de Martos se ha basado en el uso de análisis multivariantes para la construcción de una tipología morfométrica de recipientes, siguiendo el modelo aplicado sobre diversos yacimientos de la Edad del Bronce como La Cuesta del Negro en Purullena, Granada (Contreras, 1986), Peñalosa en Baños de la Encina, Jaén (Contreras *et al.*, 1990) o los empleados por F. Nocete (1988) para la definición de tipos generales de Unidades Geomorfológicas de Asentamiento y tipología morfométrica de bordes de recipientes.

En nuestro caso la opción de crear una tabla tipológica de los recipientes de Martos se debe a razones relacionadas con las características contextuales que presenta el registro arqueológico.

En primer lugar una tipología de recipientes completos nos permite, a través de su ordenación formal y su posición en las estratigrafías, establecer criterios de correlación entre las distintas estructuras de manera más objetiva.

En segundo lugar la determinación de los diferentes grupos formales y los tipos que incluyen facilitará los análisis contextuales especialmente dentro de cada una de las estructuras, aportando una información más específica y contrastada de los elementos cerámicos representados en cada una de ellas, que ayude, p. ej., a definir áreas de actividad. Como indica F. Nocete (1989a: 101) el factor que define al recipiente es la funcionalidad, aspecto este generalmente atribuido a partir de inferencias etnoarqueológicas o analogías con las formas actuales de recipientes. En escasas y contadas ocasiones la funcionalidad se puede reconstruir a partir de los residuos visibles resultantes de su uso, haciéndose necesarias analíticas específicas para determinar sus contenidos y los usos a que han estado destinados. La determinación morfométrica de los recipientes y los análisis químicos que se están llevando a cabo destinados a detectar los contenidos, aportarán una información más precisa sobre los contextos históricos que dieron lugar a su deposición; de este modo los resultados extraídos permitirán reconstruir, con la ayuda de otros datos, las diferentes relaciones sociales de producción que se establecen en el asentamiento, evitando quedar mediatizadas por las definiciones analógicas dadas a los recipientes (31).

Un tercer punto viene marcado, como hemos visto en otro apartado, por las características de los complejos cerámicos del IV milenio y principios del III en los que las formas carenadas están representadas en porcentajes elevados. Frecuentemente estas formas han sido utilizadas como elementos para apoyar adscripciones cronológicas estancas y opuestas. Este valor cronológico concedido globalmente al conjunto de formas

(31) Este tipo de análisis ya han sido iniciados por A. Sánchez y M. L. Cañabate.

carenadas y su vinculación a los asentamientos llamados “Campos de Silos”, ha provocado una sensación de vacío o ruptura entre los periodos históricos conocidos como Neolítico Final y Cobre Antiguo, generando una bipolarización fundada sólo y exclusivamente en la cuantificación de aquellos elementos del registro arqueológico que mejor apoyaran la adscripción preestablecida. La necesaria nueva formulación histórica de este periodo de transición pasa entre otras cuestiones por prestar mayor atención en toda su extensión al registro arqueológico, no sólo en los aspectos analíticos e interpretativos, sino, además, en su recuperación y registro.

Desde esta perspectiva la tipología, desde Martos y para Martos, se construye como una herramienta básica que permite fijar y sistematizar el valor cronológico inherente al complejo cerámico, a la vez que pretende ofrecer una línea de interpretación tecnológica sobre la evolución y estandarización de las formas carenadas, y de otras, que pueda ser utilizada como base de contrastación con los registros procedentes de las prospecciones superficiales realizadas en el Alto Guadalquivir.

La selección de la muestra se basó, por tanto, en criterios morfométricos. Del conjunto cerámico se seleccionaron los recipientes completos y los que conservaran el suficiente trazado para reconstruir de manera fiable su forma, en total 218 vasos. En este sentido hemos de indicar que las características morfológicas del grupo de vasos carenados (menor altura y por consiguiente mayor proximidad entre el borde, línea de carenación y fondo del recipiente), junto al hecho de su mayor representación en el registro arqueológico, hacen que la muestra a analizar cuente con un número más elevado de este tipo de recipientes, y por tanto su clasificación tipológica consta de mayor precisión. Sólo 25 vasos proceden de los niveles superficiales del solar, y por tanto están fuera de contexto estratigráfico.

Sobre esta muestra se han computado 12 variables (diámetro de la boca, diámetro máximo, diámetro del estrechamiento, diámetro del fondo, altura total, altura hasta el diámetro máximo, altura del estrechamiento, ángulo del cuerpo inferior, ángulo del cuerpo superior, ángulo del bisel y anchura del bisel), que posteriormente han sido analizadas con los métodos multivariantes señalados.

Para el Análisis de Componentes Principales se dividió la muestra tras las primeras observaciones en dos grandes conjuntos atendiendo a las características morfológicas de los vasos y, por tanto, al número de variables que presentaban: Conjunto I constituido por los recipientes carenados y Conjunto II integrado por los recipientes no carenados.

Conjunto I

Este conjunto lo constituyen 141 vasos carenados que, en función de su distribución en el nuevo espacio creado por las componentes principales, se han separado en 5 Grupos Tipológicos denominados a partir de criterios de analogía funcional y criterios métricos: vasos (fig. 7, Tipo 16), platos, fuentes, cazuelas y lebrillos (fig. 7, Conjunto I).

A su vez estos grupos han podido ser agrupados en 4 Subconjuntos: 1.º Recipientes Carenados Simples (RCS). 2.º Carenados con Pestaña Indicada (RCPI). 3.º Carenados con Pestaña Desarrollada (RCPD). 4.º Carenados con Borde Engrosado (RCBE).

La clara separación de los Subconjuntos en las Componentes Principales señala una

evidente evolución desde las formas carenadas simples a las formas carenadas con borde engrosado a través de un proceso gradual de abertura de las paredes de los recipientes, un desarrollo progresivo del labio que se vuelve hacia el exterior constituyendo una gruesa y marcada pestaña, y una disminución de la altura total de los vasos (fig. 7, Conjunto I). Esta evolución, en principio de carácter morfológico, no sólo refleja la estandarización de algunos Grupos Tipológicos como las fuentes y los platos, sino que además conlleva un marcado valor de diferenciación espacial y temporal. Al estudiar la distribución y presencia de los diferentes Grupos Tipológicos en los contextos estratigráficos de las estructuras podemos avanzar varios aspectos generales del conjunto cerámico de vasos carenados que afianzan la matriz estructural propuesta:

El Subconjunto de Carenados Simples es el más numerosos y con una mayor diferenciación de tipos. A nivel secuencial su presencia se constata en las Fases II y III, aunque su número disminuye de forma progresiva a partir de la Subfase IIA donde alcanzan los valores más altos. La aparición en las estratigrafías de las formas carenadas simples es repentina (Arribas y Molina, 1979a y 1979b) lo que provoca una fuerte diferenciación con respecto a los complejos cerámicos de la Fase I, donde los recipientes carenados no están constatados. En cuanto a la distribución podemos indicar que la clara concentración en determinadas estructuras, siempre en los primeros momentos de ocupación (cabaña VIa y en menor número en la XVIIa), ofrece una línea de diferenciación espacial, bien definida en el análisis, y que muestra una vinculación de estos vasos con las actividades de producción y consumo alimentario. Las fuentes y cazuelas de grandes dimensiones son los grupos mejor representados (fig. 7, Tipos 8, 9, 12 y 13).

A lo largo de la secuencia estructural las formas simples van asociándose al 2.º Subconjunto (RCPI), caracterizado por una pestaña ligeramente marcada en la parte exterior del labio del recipiente. Aunque estas formas están representadas en la Subfase IIA con 7 recipientes, es en la IIB cuando experimentan un aumento, manteniendo su presencia hasta la Subfase IIIA con sólo 4 vasos. Las cabañas vuelven a ser las estructuras con una mayor presencia de recipientes carenados, ligados a momentos de uso secundario como en el caso de la cabaña VIb o como en la cabaña XIIIa, tanto en el contexto funerario como en el momento de uso inmediato a éste. Dentro de los grupos tipológicos las fuentes y sobre todo las cazuelas de grandes dimensiones (diámetros entre 400-440 mm. y una altura media de 90 mm.) continúan siendo los más representativos (fig. 7, Tipos 9 y 13).

El Subconjunto 3.º (RCPD) sólo se constata en las estructuras pertenecientes a la Fase III, más concretamente en las cabañas XIIIb, XVIIb, XXVc y XXVd, asociado a algunos vasos con pestaña indicada y carenados simples, estos últimos representados mayoritariamente por el grupo de los platos hasta la Subfase IIIA, y dos pequeñas cazuelas (fig. 7, Tipo 10). Las fuentes, con diámetros que oscilan entre 400 y 520 mm. y una altura media de 50 mm., son el grupo mejor representado.

En cuanto al 4.º Subconjunto constituido por las formas carenadas con borde engrosado, su presencia sólo se ha constatado en la última fase de ocupación (Subfase IIIB),

asociadas a las formas anteriores en las estructuras XXVc, XXVd y III, aunque también están constatadas en las estructuras XIV y XXVI. Estos recipientes no han sido incluidos en el análisis al no ofrecer garantías suficientes su reconstrucción. Las fuentes son el grupo más numeroso, y están caracterizadas por un fuerte engrosamiento del labio y una menor altura (fig. 7, Tipos 5 y 8), lo que hace que la línea de carenación indique el inicio del fondo del recipiente. Los platos, aunque mal representados, reflejan una clara estandarización del Tipo 2.

Conjunto II

El Conjunto II está constituido por 77 vasos y engloba formas simples y compuestas agrupadas en 8 Grupos Tipológicos: vasos, escudillas, cuencos, platos, ollitas, botellas, ollas y cazuelas (fig. 7, Conjunto II). En líneas generales son vasos de pequeño y mediano tamaño. Están ausentes, tanto en la muestra seleccionada como en el registro arqueológico recuperado hasta el momento, los grandes recipientes como las orzas que pueden ser relacionados con funciones de almacenaje. Los mayores recipientes son dos ollas de la Fase IIa recuperadas en el primer momento de uso de la cabaña XIII, anterior a las inhumaciones (Tipos 37 y 38).

Si el Conjunto I permitía crear una tabla tipológica con implicaciones secuenciales para las Fases II y III, basada en la evolución morfológica de los recipientes, el Conjunto II, debido a su gran homogeneidad y menor número de vasos, no permite establecer pautas de diferenciación secuencial tan evidentes. La mayor parte de los vasos seleccionados se adscribe a la Fase I (43 vasos) y a la Fase II (29 vasos) y sólo 5 vasos pertenecen a la Fase III. La poca representatividad de la muestra en este último caso se debe en gran parte al lamentable estado de conservación de las estructuras de la última fase de ocupación, muy destruidas por la acción de las palas mecánicas, lo que provocó que el registro arqueológico recuperado estuviera sesgado.

La variación cuantitativa que se observa entre las dos primeras fases se manifiesta también una diferencia entre los complejos cerámicos de cada una de ellas, al estar constituidos por determinados grupos tipológicos que puntualmente pueden ser utilizados como elementos de diferenciación temporal. No obstante éstos necesitan de una mayor contrastación con complejos cerámicos más amplios procedentes de futuras excavaciones.

El grupo tipológico de las cazuelas (fig. 7, Tipos 39 y 40), caracterizadas por presentar una fuerte inflexión sin llegar a constituir una verdadera línea de carenación, está constituido por 17 recipientes, de los que 15 se documentan en la Fase I. Su presencia en contextos de uso tanto de estructuras domésticas como de almacenaje no permite definir a priori una especificidad funcional, aunque las cazuelas de mayores dimensiones sí muestran una clara deposición en los suelos de ocupación de las cabañas de esta Fase, lo que podría ser indicativo de una función similar a la de las fuentes y grandes cazuelas carenadas de las fases siguientes, como recipientes estrechamente ligados a la producción de alimentos. Los otros dos vasos, con una significativa variación formal, se documentan en la Fase II junto a los vasos carenados del Conjunto I.

Por su parte el grupo tipológico de las ollitas también muestra una clara diferencia secuencial y espacial. Los Tipos 26, 27 y 28 (fig. 7), ollitas globulares con variantes

formales como el fondo plano o boca muy cerrada, sólo se registran generalmente en estructuras de almacenaje de la Fase I, asociadas al grupo de las ollas (Tipos 34, 35 y 36). El Tipo 30 es una ollita de sección elíptica con el borde indicado registrada en la cabaña XIIb.

Las botellas, aunque aparecen representadas en toda la secuencia, siempre en estructuras domésticas, muestran una evolución desde la Fase I, donde se caracterizan por un cuerpo globular y un cuello largo y recto bien diferenciado (fig. 7, Tipo 31), a las Fases II y III, en las que estos recipientes muestran un cuidadoso tratamiento de las superficies, cuello recto y saliente más corto y pequeñas orejetas perforadas en la panza.

Los cuencos en la Fase I están representados mayoritariamente por los Tipos 21 y 22, cuencos de casquete esférico y de sección parabólica, también constatados en las estructuras de almacenaje.

Las escudillas de pequeñas dimensiones (fig. 7, Tipo 15) se constatan en la Fase II en las cabañas VI y XIIIa. La pequeña capacidad de estos vasos puede relacionarlos con funciones de reparto de alimentos, aunque los más grandes (de unos 140 mm. de diámetro y 30-35 mm. de profundidad), al mostrar el labio quemado en algunos casos, podrían servir de candiles.

En cuanto a los cuencos de los Tipos 20 y 23, presentes en las Fases II y III, lo más significativo es su escasez, que puede atribuirse al hecho de que los recipientes carenados cubran casi todo el repertorio funcional en estas fases. Lo mismo cabría decir de los platos no carenados (Tipos 24 y 25).

En un futuro próximo este análisis tipológico se contrastará con el estudio microespacial de las estructuras. Algo se ha sugerido ya sobre la asociación de determinados recipientes a estructuras de habitación o de almacenaje, pero deberíamos resaltar además la presencia de casi todos los tipos de la Fase II en la tumba, lo que indica la importancia de esta estructura en la vida social del poblado.

4.2.2. *Otras industrias*

Elementos de arcilla, hueso trabajado y manufactura textil

Los elementos de arcilla dentro del registro material de Martos son cuantitativamente muy escasos, no obstante presentan en sí un importante valor a nivel cronológico pues se constata su aparición y desarrollo en las fases de ocupación más recientes del yacimiento, adscribibles al momento de transición al Cobre Antiguo.

En total el número de elementos recuperados identificables es de 10, pudiéndose diferenciar cuatro grupos tipológicos, tres de ellos, como veremos a continuación, relacionados tradicionalmente con las actividades de producción textil: 5 son Crecientes, 2 son Pesas Circulares o "fusayolas", 2 Placas perforadas y 1 soporte de carrete.

Los Crecientes o "medias lunas" se localizan en las estructuras IV, IXb y XIIIb que corresponden a las Subfases IIB y IIIA. Se trata de elementos de grandes proporciones y muy gruesos, con una perforación en cada uno de sus extremos. A excepción del fragmento de creciente localizado en la cabaña XIII, el cual queda dentro del contexto funerario, los cuatro restantes se sitúan dentro de estructuras interpretadas funcionalmente

como almacenes o lugares dedicados a actividades de producción no domésticas. Este hecho podría llevar implícita una especialización de este tipo de estructuras, y en esta línea es significativo el caso de la estructura IV, donde se recuperaron los tres crecientes de mayores dimensiones, cuyos pesos oscilan entre los 340 y 500 g., presentando una gran similitud formal. Todos aparecen asociados a un banco que rodea el perímetro de base de la estructura, fabricado con margas apisonadas y sobre el que se sitúan, a modo de enlosado, piedras de caras planas de un tamaño mediano. A ello hay que añadir la escasez de otros artefactos, destacando la mínima presencia de recipientes carenados que mantienen porcentajes muy elevados en las cabañas correspondientes a la Fase II (cabañas VI y XVIIa), indicando una asociación con dichos espacios domésticos, y por tanto ligados a las actividades de producción y consumo alimentario.

El creciente localizado en la estructura IXb es algo más estilizado, formalmente recuerda más al tipo denominado comúnmente como “cuernecillo”, aunque su longitud es menor y su peso es de 100 g.

Aunque la funcionalidad de estos artefactos como elementos de telar no ha sido plenamente verificada, éstos, como ya hemos apuntado, parecen guardar una estrecha relación con los cuernecillos que, presentando una amplia difusión en los complejos materiales de la Edad del Cobre del sur peninsular, han sido considerados como elementos utilizados en la cadena de producción textil (Arribas y Molina, 1979a y 1979b), aunque otra línea marca su posible vinculación a estructuras de hornos (Siret, 1948).

La posible existencia de estructuras dedicadas a diversas actividades durante el momento que nos ocupa, y en concreto a la producción textil, contrasta significativamente con la deposición de los distintos elementos de telar, y por tanto de la ubicación de los telares, documentados en poblados de la Edad del Cobre y el Bronce como, por ejemplo, en los poblados de Plaza de Armas de Puente de La Reina (Peal del Becerro, Jaén) (Pérez *et al.*, 1990a), El Malagón (Cúllar-Baza, Granada) (Arribas *et al.*, 1978), Cerro de La Coronilla (Cazalilla, Jaén) (Nocete *et al.*, 1986), Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén) (Contreras *et al.*, 1989), entre otros, y en los que las actividades textiles no quedan separadas espacialmente del resto de actividades domésticas, al quedar los telares dentro de las unidades habitacionales (32). Con ello no pretendemos inducir a la idea de que durante la transición al III milenio exista una especialización en determinadas actividades que conlleve la aparición de artesanos separados de otras tareas, y por tanto de estructuras dotadas de cierta especificidad para desarrollar una única actividad. Más bien pretendemos señalar que la relación entre productos y lugares de actividad estaría motivada por cuestiones derivadas del carácter intrínseco del sistema de hábitat existente en estos poblados, al ser la superficie de los espacios domésticos relativamente reducida. Esto conllevaría la búsqueda de fórmulas eficaces de uso del espacio, tales como situar estructuras destinadas a actividades de producción y almacenaje fuera del espacio de habitación principal, sin que ello suponga una rígida y definitiva dedicación a nivel

(32) En el caso del poblado de Peñalosa, se constata que los lugares de actividad tanto textil como metalúrgica, o de producción y almacenaje de alimentos (caso del cereal), están demarcados con pequeñas estructuras a modo de tabicaciones y/o bancos, y por tanto separadas una de otras; en concreto los telares se sitúan junto a las entradas de los espacios de habitación.

funcional de las estructuras, tal y como se desprende de las estratigrafías de las excavadas en Martos.

En lo que respecta a las Placas, los dos fragmentos son de pequeñas dimensiones y de forma rectangular con perforaciones en sus extremos. Ambas se localizan en la estructura XXVI, caracterizada por ser una estructura de menores dimensiones y de sección esférica, perteneciente a la última fase de ocupación del yacimiento (Subfase IIIB), y donde se documentan las primeras fuentes y platos de borde engrosado. Este tipo de elementos, también relacionados con la producción textil, son habituales en contextos de la Edad del Cobre, con un progresivo aumento de tamaño y grosor a medida que se avanza en el III milenio, aunque su relación con los cuernecillos que parecen sucederles para después desaparecer no está clara.

Un tercer elemento son las Pesas Circulares o Fusayolas, que aparecen registradas en las cabañas VI y XIII, ambas presentan una perforación central y su diámetro máximo oscila entre los 5 y 7'5 cm., y su peso entre los 70 g., para el ejemplar de la cabaña VI y 140 el perteneciente a la estructura XIII, en este caso también asociado al nivel funerario. Las dos "fusayolas" también aparecen en un momento avanzado de la secuencia de Martos, concretamente en la Subfase IIB, junto a los crecientes.

El último elemento constatado es un soporte de arcilla del tipo denominado de carrete, de pequeñas dimensiones y con un diámetro máximo de 8 cm.

Aunque el actual registro material de elementos de arcilla se adscribe claramente a los momentos avanzados del yacimiento, hemos de indicar que en las fases más antiguas también están presentes artefactos de arcilla, aunque tanto su escaso número como el estado de conservación que presentan no permite ofrecer una identificación válida. El caso del elemento localizado en la estructura XII parece corresponder al borde de un recipiente de medianas proporciones. Otros recipientes de arcilla se han registrado en las estructuras VI y XXIV.

La industria en hueso, a la que dedicaremos poco espacio por ser objeto de otro trabajo publicado en este mismo volumen (33), muestra, si llevamos a cabo una visión general, dos contrastes con la realizada sobre arcilla, por un lado la mayoría de los útiles (artefactos biselados y punzones) y adornos (alfileres, colgantes sobre piezas dentales) se sitúan en las cabañas, siendo la principal excepción, las falanges de ciervo trabajadas, muy significativa; por otro lado la mayoría de la industria se sitúa en la Fase I, observándose, como ya se ha señalado, una importante evolución técnica concordante con la observada en la manufactura cerámica.

La industria en piedra no tallada y el consumo cerealístico

Como ocurre con los elementos de arcilla, la industria en piedra no tallada no es muy abundante dentro del actual registro material. En líneas generales presenta un grado de conservación muy bajo, con un alto nivel de fracturación, lo que provoca que el número de útiles completos sea prácticamente nulo. Los artefactos destinados a la molienda de

(33) Estudio desarrollado por V. Mérida y titulado *El hueso trabajado en el Polideportivo de Martos*.

distintos productos son los que presentan una fracturación más acusada. Muchas veces porque fueron reutilizados como material de construcción, apareciendo fragmentos de molino formando parte de los bancos y zócalos interiores de las estructuras, o junto a los hoyos de poste a modo de cuñas o calzos para entibar el poste.

Sin embargo también se localizaron molinos y molederas en contextos domésticos en el interior de las cabañas (aunque también se constatan algunos molinos en otras estructuras como la X y XV), generalmente en aquellos niveles reconocidos como suelos de ocupación, en los que son evidentes las actividades de producción alimentaria y donde se concentran la mayor parte de las muestras carpológicas recuperadas tras el proceso de flotación. En esta línea es interesante señalar la estrecha asociación de las semillas de cereales a los suelos de ocupación con hogares centrales, en algunos casos de grandes dimensiones, con un alto volumen de cenizas que obliga a que periódicamente sean retiradas del lugar de combustión y desplazadas hacia los laterales de la cabaña, tal y como se documenta en la cabaña VIc (US.2), en la cabaña XIIb₁ (US.10) y en la XIIa (US.3). Esta relación entre productos (molinos y semillas) y lugares de actividad (cabañas con suelos de ocupación con hogar central) puede llevar a varias interpretaciones acerca del carácter que juega en las comunidades de Martos la producción agrícola:

1. Por un lado podría ser interpretada dicha relación como exponente de una producción agrícola reducida, y por tanto la presencia de semillas sólo sería importante en los lugares de actividad destinados a su transformación y consumo.

2. También podría indicar que la presencia de semillas en dichos lugares es debida, aparte de su preparación para el consumo, a un proceso previo al almacenaje, como podría ser el torrefactado del cereal, que garantice su posterior conservación en otros lugares y estructuras específicas como serían los famosos campos de silos.

No obstante el hecho de que no hayamos documentado estructuras destinadas al almacenaje de grano, y acondicionadas para éste (aunque sí se han recogido algunas semillas en las estructuras VIII, X y XV), y las características de los útiles en piedra tallada (34), de los que de una muestra de 637 elementos sólo 11 presentan lustre y tan sólo uno ha sido identificado como producido por el corte de cereal (Afonso, en preparación), nos lleva a optar, con los datos de que disponemos, por la primera interpretación siempre susceptible de ser revocada por nuevos registros de futuras excavaciones. Por otra parte, la confirmación o el acercamiento hacia la segunda interpretación conllevaría la presencia de áreas de actividad muy específicas, no localizadas, destinadas no sólo de almacenaje del grano sino también de los medios de producción, aunque parte de éstos podrían ser progresivamente abandonados en los campos.

La constatación, en el futuro, de espacios diferenciados para acumular excedente, en este caso cereal (si es que existen), apoyaría las hipótesis propuestas por Nocete (1988 y 1989: 164-165), que ve en ellos una vía para impulsar la desigualdad a través de su control, y al mismo tiempo, en el plano científico, un camino para abordar la compleji-

(34) Mientras los estudios sobre la piedra tallada se incluyen en la tesis doctoral de José A. Afonso, la piedra no tallada será estudiada por Francisco Carrión.

dad de las relaciones sociales de producción en el aspecto concreto del acceso al alimento, a la vez que el control del excedente cerealístico junto a la presencia de fortificaciones y objetos de metal —armas— sirven para incidir en la existencia de una marcada jerarquización dentro de la comunidad que expresa la aparición del no productor. Sin embargo no contamos hasta la fecha con registros arqueológicos en el Alto Guadalquivir, que apoyen la existencia de áreas diferenciadas dedicadas al almacenaje de excedente en el interior de las aldeas en los momentos cronológicos que estamos tratando, ni tan siquiera semillas suficientes para pensar en una pequeña acumulación asociada a las cabañas para su consumo; y en todo caso señalamos que la aparición de la desigualdad social precede a la producción cerealística como veremos.

El escaso número de muestras carpológicas induce a pensar que la presencia y uso de los molinos esté también relacionada con la trituración de productos minerales como la almagra, muy bien representada en las estructuras de la Fase I, o con el macerado de fibras vegetales para la producción de recipientes de cestería.

El tipo más frecuente de molino presenta unas dimensiones pequeñas, no sobrepasando los 30 cm. de longitud máxima y un grosor que oscila entre los 4'5 y los 11 cm. La sección suele ser elíptica, presentando en la cara de trabajo fuertes huellas de uso.

Aparte de los molinos aparece en el registro de Martos un importante número de elementos de abrasión, generalmente sobre areniscas rojas, alisadores sobre cantos rodados, los cuales han sido poco modificados. La función de estos artefactos es difícil de indicar sin contar con la analítica específica, pero podrían haber tomado parte en las cadenas de transformación y fabricación de elementos pulidos, en la industria en hueso, etc.

El grupo de artefactos pulidos está representado en su mayor volumen por las hachas, azuelas y martillos. El número de hachas y azuelas es de 9, y son de pequeñas dimensiones, y fabricadas principalmente sobre anfibolitas aunque existe un ejemplar sobre esquisto; su función probablemente estaría relacionada con el trabajo de la madera, con el que también pueden asociarse astillados en sílex. Todas están fracturadas y, excepto tres fragmentos de hacha pertenecientes a las estructuras XV y XXIII, así como otras dos azuelas recogidas en superficie, se localizan en las estructuras de habitación.

Los martillos están representados por 15 elementos elaborados sobre diversas rocas de carácter metamórfico entre las que destacan las anfibolitas y cuarcitas. En general no están muy elaborados, excepto aquellos que son reutilizaciones de hachas cuyo filo ha sido rematado y que han sido destinadas a trabajos de percusión. Su asociación a contextos de habitación es clara, ya que están presentes en los suelos de las cabañas VI, XII, XIII y XVII, y un elemento en la estructura XV está asociado al nivel de inhumación de la ternera. Todos presentan macro-huellas de percusión en sus zonas distales.

También se registraron 4 placas realizadas sobre esquisto de diversos grosores y tamaños. Destaca un elemento localizado en la estructura XV. Se trata de una plaquita rectangular de 53 mm. de longitud, 20 mm. de ancho y 2 mm. de grosor; en ambas caras son visibles numerosas huellas de uso y desgaste. Aunque no podemos indicar su función, este elemento pertenece a la US.6 y queda dentro de un contexto de despiece y descarnamiento de animales, en el que junto a los restos óseos de fauna son abundantes los útiles tallados en sílex, principalmente hojas de sección triangular y trapezoidal.

El resto de la industria pulida lo componen dos elementos: uno de adorno que es una pequeña cuenta trapezoidal con una perforación en el extremo más ancho, y de sección

rectangular, localizada en la estructura XVd. El segundo es un pequeño betilo fabricado sobre mármol blanco, de forma troncocónica, de 52 mm. de altura y 22 mm. de diámetro en su base, y que fue localizado en el suelo de ocupación de la cabaña VIa (US.8). Este último elemento podría cumplir una función de identificación social que puede sugerirse también para las falanges trabajadas que se han recuperado en el yacimiento (Lizcano *et al.*, 1991; Mérida, en este volumen) especialmente si atendemos a la especie sobre la que están realizadas, en todos los casos el ciervo (35), y, con reservas, al contexto en que han sido halladas ya que como veremos la actividad ritual no se circunscribe a las cabañas. Sin embargo, mucho más evidente es la relevancia social de los fenómenos que pasamos a describir a continuación.

4.3. Justificación y representación ideal de la realidad

4.3.1. *Las tumbas y su papel social*

Para Scarduelli (1983) se puede considerar el ritual como un sistema de comunicación repetitivo y estructurado destinado a la reproducción de la sociedad, por lo tanto engloba todos los aspectos a partir de los cuales se manifiestan las relaciones sociales, los resultados de la producción y las armas de la lucha social, la cultura material en definitiva, ya que el ritual es utilizado no sólo para imponerse sino que, como aspecto ideológico, también es utilizado en la lucha social (Randsborg, 1989; Thomas, 1990a y 1990b). Los fenómenos de manipulación y lucha a los que sirve y conduce el rito explican que no puede hacerse una lectura simple de los datos funerarios (Pearson, 1982), aunque en general sí se puede afirmar que la ideología que domina tiende a presentar las situaciones como inmutables, las relaciones sociales que se viven como eternas (Shennan, 1982).

Para aproximarnos a la función social que cumplió la tumba del Polideportivo de Martos el primer hecho que hay que retener es su carácter único entre las estructuras hasta el momento excavadas. La escasez de enterramientos en este horizonte cronológico es un dato que contrasta no sólo con el conocido Horizonte de los sepulcros de fosa (Muñoz, 1965; Alaminos *et al.*, 1991), sino también parcialmente con los enterramientos conocidos en el Valle Bajo del Guadalquivir (como, p. ej., los de la Base Naval de Rota citados en Gener, 1962; Berdichewsky, 1964; Perdignes *et al.*, 1985, etc.), aunque también se conocen fenómenos más aislados tanto en éste (González, 1986) como especialmente en el Valle Medio (Martín de la Cruz, 1987). Las primeras manifestaciones de deposición formal de los difuntos, curiosamente en estructuras similares a las excavadas en Martos o en fosas individuales, también presentan en Europa un carácter

(35) En muchos casos se ha señalado la relación que existe entre la sobrevaloración ideológica de la caza, o de símbolos extraídos de ésta, con respecto a su verdadera importancia económica y la subordinación de las mujeres en las comunidades neolíticas (Hodder, 1987; Whitehouse, 1988). Aunque, de momento, el registro arqueológico de Martos no permite afirmar estas circunstancias, este modelo sí explicaría los orígenes del complejo sistema de control social que se impondrá en el yacimiento y que, con el paso del tiempo, superaría la simple oposición hombres-mujeres.

restringido, a veces asociadas a determinados poblados, lo que ha sido interpretado en términos de competencia y justificación de la posición de éstos (Whittle, 1988). Tampoco en épocas posteriores toda la población accede al enterramiento pero aquí la competencia se sitúa al interior del mismo poblado (Chapman, 1979 y 1990; Kristiansen, 1984; Yates, 1984). En este contexto surge el problema de cómo interpretar el enterramiento de Martos (fig. 2, lám. II), aislado en un conjunto de 18 estructuras excavadas. No hay aquí aparentemente nada que sugiera una marcada diferenciación social dentro del asentamiento, las diferencias entre las estructuras parecen deberse en gran parte a criterios funcionales o cronológicos, si bien las zanjas localizadas sugieren, si se mantiene su función disuasorio-defensiva, una cierta diferenciación, al menos hacia el exterior, hacia donde también se manifiestan los primeros fenómenos de coerción en épocas algo posteriores (Nocete, 1988 y 1989a). La cohesión interna también vendría impuesta por estas estructuras, por su presencia y su construcción, tanto en el caso de las zanjas como en el de las tumbas.

El problema es establecer en qué medida su construcción sirve a los intereses de toda la comunidad o de sólo algunos de sus miembros, aunque la exploración del significado de las tumbas nos puede ayudar también a discernir el origen y evolución de estos fenómenos de delimitación y cierre. El enterramiento de Martos está circunscrito a lo que parece ser una unidad familiar (aunque nos hallamos a la espera de otros análisis), sin embargo esto no implicaría que los otros miembros de la comunidad tuvieran preestablecida su incapacidad de acceder al enterramiento, sino que sólo sería necesario, para marcar el territorio explotado y la cohesión del grupo agregado, el enterramiento de alguno de sus miembros, ya fuesen los primeros fallecidos los que tomaran la decisión del emplazamiento, los más ancianos o el entorno de aquellos que jugaban un papel importante en épocas de conflicto social. Si el enterramiento familiar hubiese sido en su origen un símbolo de poder, no se comprende por qué no hubo fenómenos de emulación (36), especialmente por parte de aquellos segmentos de la población en los que se debió basar la conservación de este poder, y cuando las diferencias no podían ser ocultadas por un mecanismo ideológico tan hábil como el enterramiento colectivo (Shennan, 1982; Kristiansen, 1984; Whittle, 1988) que se impondrá en Europa Occidental a lo largo de la mayor parte del III milenio (37). Otro problema es considerar hasta qué punto ese ritual de cohesión, que implicaba el enterramiento de determinados miembros de la comunidad periódicamente, fue usado a posteriori por ciertos grupos sociales para impulsar y consolidar su posición preeminente, aunque a veces la relación familiar que se presente sea totalmente ficticia (ver Thapar, 1981), y aunque la evolución posterior hacia el enterramiento colectivo, que no implica a la totalidad de la población, sugiere que se optó por atraer a la mayor parte de la población hacia lo que se suponía que eran objetivos comunes del poblado, de la sociedad.

Sin embargo en el calcolítico entre las mismas sepulturas se manifiestan ya las diferencias (Chapman, 1979) que son sugeridas también desde el estudio de los poblados (Nocete, 1988 y 1989; Molina, 1988), y por otra parte a través de ese ritual lo que se

(36) Para algunos ejemplos ver Randsborg (1989), Pearson (1982), etc.

(37) Hablamos siempre en fechas de radiocarbono no calibradas, debiéndose tener en cuenta además que en muchas zonas de Europa el megalitismo se remonta, al menos, a los inicios del IV milenio.

puede comunicar es el carácter secreto de determinadas ceremonias (Scarduelli, 1983), el poder exclusivo de ciertos individuos para interceder ante las fuerzas exteriores (o anteriores) que supuestamente regulan la vida humana (Bonano *et al.*, 1990; Kirch, 1990), hecho que no parece suceder aún en Martos donde, como veremos a continuación, diversos rituales están muy extendidos.

4.3.2. *Los perros y otros animales enterrados*

Otras características del registro arqueológico que proporciona el yacimiento de Martos, sugieren la importancia de la adscripción al lugar de residencia y de las inversiones económicas que estaban teniendo lugar, y aportan datos sobre la indudable relación entre la actividad ritual y la vida cotidiana, la reproducción del sistema de vida imperante y la lucha por intentar imponerse a las fuerzas de la naturaleza, además de proporcionar posibilidades, ya referidas, para una vía hacia la diferenciación interna del grupo. Hablamos aquí de las inhumaciones de animales completos y que por tanto no han sido consumidos. Este hecho es conocido para este horizonte, y subsiguientes, en gran parte de Europa (Evans, 1988; Whittle, 1988), y no carecemos de referencias de estas inhumaciones en poblados del sur de la Península Ibérica (Hurtado, 1991; Gener, 1962). A la hora de aportar hipótesis sobre el significado de estos enterramientos puede ser útil tener presentes las estrategias económicas del grupo social que ocupó el yacimiento de Martos, y su relación con los evidentes conflictos sociales a los que la consolidación del lugar de residencia y el control de la producción estarían dando lugar. Para un pormenorizado análisis del fenómeno, es necesario separar los animales inhumados, en conexión anatómica, según su especie, ya que además los patrones de deposición dentro de las estructuras excavadas, tanto a nivel estratigráfico como en relación a los ejes de simetría de éstas, varían.

La ternera recuperada en la estructura XV (fig. 6, lám. IV) ocupa prácticamente la mitad meridional, acompañada de otros restos faunísticos y otros elementos dentro del mismo estrato, pero sobre todo de una capa de cenizas que no corresponde a un hogar en uso, sino a una nivelación sobre la que se sitúa el animal, cuyos restos óseos no presentan indicios de estar quemados por el fuego. El esqueleto de la ternera queda cubierto por otro estrato que precede a una nueva utilización de la estructura, en el que abunda el material lítico tallado, similar al estrato que antecede a la inhumación. A esta evidencia hay que añadir la ausencia de huellas de corte y descarnamiento, la consiguiente y excepcional conservación del esqueleto y la anómala edad del individuo en relación a los patrones de matanza de los bóvidos en Martos durante la ocupación del Neolítico Final. Todos los datos sugieren una muerte accidental o por enfermedad del espécimen (38), el cual no fue considerado apto para el consumo humano como consecuencia de la excepcionalidad de su muerte. Si tenemos en cuenta la inversión plurianual que supone la cría de bóvidos y el aporte cárnico tan considerable de estos animales, la

(38) Si bien no se puede descartar el sacrificio a través de una muerte que no produjera fuertes alteraciones en el esqueleto, aunque, en cualquier caso la función social cumplida por la inhumación sería prácticamente la misma.

pérdida de un individuo supondría para la comunidad un gran impacto, especialmente si tenemos presente que ésta no sería única (depredadores, enfermedades, accidentes, etc.), y que una vía para intentar atajar la pérdida de nuevos ejemplares podría ser el enterramiento/sellado de un espécimen elegido al azar o por las circunstancias de su muerte, acompañado probablemente de determinadas ceremonias y rituales que no nos es fácil desentrañar (39).

El cráneo de carnero, previamente descarnado, y situado cuidadosamente dentro de la estructura XXVa (fig. 4), y con los cuernos limados y cortados, también puede ser interpretado con un doble significado ritual, en primer lugar podría asegurar la capacidad reproductiva del rebaño a través del sacrificio y exhibición de uno de sus machos, en segundo lugar el énfasis en la capacidad reproductiva del macho podría, como se dijo, trasladarse a las esferas humanas, para justificar la subordinación de las mujeres.

Por su parte las inhumaciones de perros en Martos adquieren un significado especial, tanto por la compleja y estrecha vinculación de este animal y el hombre, como por la situación estratigráfica de los animales recuperados. El consumo de perros no es excepcional ni extraño entre las comunidades humanas, pero los restos a los que nos estamos refiriendo se encuentran intactos, sin cortes y completos, además de que aparecen en los momentos de ocupación inicial del poblado, en el fondo de las estructuras XIIb (fig. 5), XV y XVI, y en los tres casos sellados por piedras y por la tierra utilizada para regular el piso de ocupación inicial de estas estructuras. Puede así sugerirse (Lizcano *et al.*, 1991) que se trata de un ritual de “fundación/consolidación”, pero es necesario intentar ir más allá y tratar de explicar por qué se eligieron estos animales y en qué circunstancias tuvo lugar su ofrenda, mientras que el significado del rito, en cuanto a su vinculación definitiva a un territorio, ya ha sido referido anteriormente.

En relación a estos problemas el primer elemento a considerar es la relación de estos siete perros con las actividades económicas llevadas a cabo por los habitantes del poblado de Martos, especialmente la ganadería de ovicápridos y la caza, actividades en las que los perros podrían jugar un papel destacado; de ser así ¿por qué sacrificarlos? ¿Fueron muertos con la intención de servir a un tipo determinado de ritual? El alto número de animales depositados en la estructura XIIb (fig. 8) parece apuntar en esa dirección, sin embargo cabría una interpretación alternativa que vincula las muertes a circunstancias excepcionales en el curso de la vida de los cánidos, ya sea muerte en el desarrollo de una expedición de caza o defendiendo a los ganados de depredadores. Se puede sugerir incluso que, sin darse realmente estas circunstancias en el caso concreto que nos ocupa, los perros quedarían vinculados de una forma tan estrecha al origen del asentamiento que hacia ellos se dirigiría un especial, llamémosle, “agradecimiento” humano. Lamentablemente no se han documentado en sus huesos señales de corte o huellas de muerte violenta, aunque ésta pudo darse por heridas superficiales, veneno o

(39) El significado de esta inhumación es muy diferente del que sugieren las inhumaciones de bóvidos en círculo en torno a una tumba en el yacimiento de Buchow-Karpzow (Alemania) (Whittle, 1988), aunque una explicación alternativa a la representación del poder de las personas inhumadas podría ser la de una epidemia, si no se tienen en cuenta otras características de la deposición funeraria. Whittle (1988) sugiere una estrecha conexión de estos fenómenos con la vida cotidiana de la comunidad.

fracturas óseas, que han pasado desapercibidas junto con las fracturas producidas por el peso de los sedimentos (40).

4.3.3. *La decoración en la cerámica*

Las cerámicas decoradas en el yacimiento de Martos tienen, como se ha señalado, profundas implicaciones cronológicas que ayudan en la fijación definitiva de la secuencia, en base a su presencia diferencial en las estructuras excavadas y su evolución estratigráfica en aquellas que muestran un uso continuado. De los patrones de distribución no podemos, por el momento, realizar inferencias sobre diferenciación social o áreas específicas de deposición de recipientes especiales, debido al hecho de que en la mayoría de los casos los fragmentos, muy reducidos, se sitúan en contextos de desecho. Pese a su asociación a otros elementos de la cultura material en contextos comunes que originariamente fueron de producción, almacenamiento o residencia, no se pueden extraer conclusiones sobre el carácter, ritual o no, de tal asociación desde el momento en que el ritual como fenómeno reiterativo de comunicación social (Scarduelli, 1983) puede utilizar, en sus funciones de cohesión y reproducción del sistema, cualquier elemento de la cultura material, al ser ésta no sólo el producto de una sociedad, sino su representación formal efectiva y un arma en la lucha social, en los deseos de transformación (Bate, 1977 y 1982; Chatelet, 1962; Thomas, 1990a).

Si el significado cronológico de los elementos decorados desde el Neolítico Antiguo ha sido objeto de numerosos estudios en el sur peninsular (Navarrete, 1976; Arribas y Molina, 1979a y 1979b; Molina, 1983), no ha sucedido así con respecto a la importancia simbólica de los motivos decorativos neolíticos o de la cerámica decorada en su conjunto, aunque algunas referencias se han hecho al papel social de estas cerámicas durante la Edad del Cobre desde la simbólica a la campaniforme (Martin y Camalich, 1982; Carrilero, 1992; Escoriza, 1991).

Estas circunstancias y el carácter especial que toman otros fenómenos sociales representados en el registro arqueológico del yacimiento de Martos, como los anterior-

(40) La especial relación entre perros y hombres ha sido apuntada recientemente incluso para los cementerios mesolíticos (Larsson, 1990), planteándose incluso que algunas sepulturas, donde los perros se encuentran solos podrían simbolizar el enterramiento de sus dueños desaparecidos en determinadas expediciones. También Valiente (1992), al ocuparse de las inhumaciones de animales y los enterramientos de La Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara), se ha referido a la estrecha relación entre los perros y sus dueños, a los que acompañan en su muerte; si bien para la mayoría de los restos animales recurre a explicaciones que los consideran como restos no consumidos por problemas de conservación o por ser partes del cuerpo de escaso valor alimenticio. Es difícil pensar sin embargo que se sacrificaran incluso bóvidos y después se desaprovechara su carne, dejando que se pudriera aun cuando en el poblado existen perros que darían cuenta de estos restos; es más probable que los animales ya estuviesen enfermos, pues de lo contrario una fiesta ritual evitaría el desperdicio y garantizaría contraprestaciones (ver lo sugerido antes para el caso de la ternera). Lo más interesante es que, también este autor, al interpretar un depósito ritual de suidos en términos de culto a la fertilidad recoge noticias del papel fundacional de estos fenómenos, de la unión a la tierra productiva (Valiente, 1992), lo que conecta todos los aspectos ideológicos que estamos tratando de desentrañar en este trabajo para momentos cronológicos anteriores, las inhumaciones selectivas de personas y animales.

mente expuestos, obligan a estudiar con detenimiento la distribución de estos elementos dentro y entre las diferentes estructuras excavadas, y la diferenciación en motivos, tratamiento y momentos de aparición. Una hipótesis sugerente vincularía estos patrones a la cohesión necesaria entre los distintos grupos sociales al concentrarse el poblamiento, a la circulación de mujeres dentro de este grupo amplio sin necesidad de contactos exteriores, a la consolidación de estos mecanismos que pusieron las bases para el control de la necesaria fuerza de trabajo (Meillasoux, 1975). Un papel similar fue propuesto para la cerámica campaniforme por Carrilero (1992), pero en momentos en que las desigualdades de clase estarían asentándose y donde la inestabilidad del intercambio de mujeres no sería posible en formaciones estatales amplias (Nocete, 1988 y 1989a), donde el campaniforme serviría para la consolidación del papel especial de las élites (Shennan, 1982) (41).

5. CONCLUSIONES: PERSPECTIVAS PARA LA INVESTIGACION HISTORICA DEL ALTO GUADALQUIVIR ENTRE EL IV Y EL III MILENIO

5.1. El papel de la agricultura en estas comunidades

Al menos desde la publicación de la secuencia estratigráfica del yacimiento de Los Castillejos en Las Peñas de Los Gitanos (Montefrío, Granada) y las valoraciones hechas sobre las estrategias económicas de los grupos sociales del IV y III milenio en base al estudio faunístico realizado sobre el yacimiento citado (Uerpmann, 1979; Arribas y Molina, 1979a y 1979b), la agricultura cerealística ha sido considerada como la base económica fundamental para garantizar la subsistencia de esas comunidades, y en el caso del Alto Guadalquivir (Nocete, 1986, 1988 y 1989a) ésta se ha planteado también como el aspecto básico en torno al cual se desarrolla la jerarquización social, siendo el excedente cerealístico el objetivo fundamental de aquellos que obtienen el poder, a través del control coercitivo de la fuerza de trabajo. Para el Sureste la agricultura del cereal se ha visto simplemente como una respuesta adaptativa a una presión demográfica, nunca suficientemente explicada (Ramos, 1981), y aquellos que abogan por un grado de jerarquización social más o menos desarrollado, han buscado otras explicaciones centradas en la intensificación agrícola a través de la irrigación o el policultivo (Gilman, 1976, 1987b y 1991; Chapman, 1982 y 1990), el metal (Gilman, 1976; Lull, 1983; Molina, 1983), o más recientemente el papel que los mecanismos ideológicos pudieron desempeñar en la consolidación de determinadas dependencias tras las cuales se oculta la

(41) También Escoriza (1991), pese a presentar las diferencias sociales entre grupos de parentesco reflejadas en elementos de la cultura material millarensis como las tumbas (ver también Chapman, 1979), prefiere enfatizar una oposición hombre-mujer que debía haber pasado a un segundo plano en las sociedades de clase, derivando así su estudio de los motivos decorativos en cerámica a la repetición de esquemas de oposición utilizados por otros autores en épocas prehistóricas, a veces muy anteriores. Como señalamos al hablar de la sepultura, puede ser más interesante valorar los factores de innovación abiertos por esos mecanismos, las vías que abren a la consolidación de la desigualdad social o a la reacción de los dominados.

apropiación de los resultados de la producción por parte de una clase social, que además extiende, en algunos casos, parte de los beneficios al resto del poblado en que se identifica, o a las élites de otros, y donde en todos los casos parece darse una producción especializada y exclusiva de bienes de prestigio (Shennan, 1982; Molina, 1988), que no expresan simplemente una deuda de alimentos (como en el fondo parece pretender Mathers, 1984).

Dados los argumentos expuestos en el resto de este trabajo que inciden en la importancia del control social de la reproducción física, y por tanto de la producción diferida, en el surgimiento de una sedentarización más sólida, justificada ideológicamente por distintos símbolos, y teniendo en cuenta los escasos datos de que por el momento disponemos sobre la producción agropecuaria del yacimiento de Martos, sí puede señalarse que es la última de estas líneas la que nos parece más apropiada para explicar los procesos de cambio que culminan en la consolidación de las clases sociales, e, indisolublemente, del Estado (Engels, 1884; Lenin, 1917).

El registro de industria lítica tallada no muestra una especial incidencia de la agricultura, y el lustre típico del cereal está ausente de casi todos los elementos recuperados, en todas y cada una de las fases del yacimiento aun cuando el retoque de uso está presente en bastantes elementos (Afonso, en preparación); sin embargo, y careciendo de los restos que nos sugerirían una actividades de talla en el poblado, a excepción del retoque o reavivado de los útiles, contamos con buenos contextos para inferir en qué actividades se han empleado algunos de los instrumentos hallados, especialmente los astillados (42).

Los restos de semillas, aún en estudio, son relativamente escasos y de distribución desigual a lo largo de las estructuras, y por tanto de las fases, no obstante una primera aproximación señala la presencia de cereales y también de leguminosas. Si a ello unimos que en los restos faunísticos junto a los ovicápridos contamos con especies más relacionadas tradicionalmente con las actividades agrícolas (bóvidos y suidos), queda claro que la oposición simplista entre comunidades pastoriles y comunidades agrícolas en el Alto Guadalquivir (Carrasco *et al.*, 1980; Ruiz *et al.*, 1984) debe ser rechazada en favor de una visión más real de las estrategias económicas de los grupos sociales que ocuparon el sur de la Península Ibérica, y que desde el Neolítico practicaron tanto una agricultura diversificada como una explotación ganadera que exigía, según las especies, diferentes ciclos de movilidad, y presentaba una diferente presión sobre las tierras de cultivo o sobre aquellas en las que las actividades humanas eran más esporádicas, aunque siempre presentes.

De todas formas la evidencia presentada en estas páginas sugiere que lo que podemos denominar "revolución del cereal", según lo que puede extraerse de las obras de diversos autores (Ramos, 1981), es un fenómeno exagerado en relación a la documentación que aportan los registros, o, al menos, no está generalizado a todas las comunidades que ocuparon el Alto Guadalquivir en la transición del IV al III milenio, planteándonos

(42) Estos patrones de distribución, combinados con los de otros elementos de la cultura material, están siendo analizados en detalle y serán objeto de posteriores trabajos (Afonso, en preparación), aunque algo se ha avanzado aquí, que puede ser complementado con lo publicado en el informe preliminar de la excavación de urgencia (Lizcano *et al.*, 1991).

que la adopción del cereal como estrategia económica dominante es un fenómeno que sucede (43), y no precede, a la jerarquización social, y es impulsada por la demanda no exclusiva de alimentos sino de excedente fácilmente alienable a través del control de su almacenamiento, desde los grandes centros que lo usarían como un elemento más, junto a la producción y distribución de determinados bienes de prestigio (Molina, 1988), de los puestos en juego para asegurar su posición frente al exterior y la reproducción de la desigualdad social dentro de ellos y obtener los beneficios materiales derivados de ese control de la producción, ejercido a través del dominio sobre los hombres. En esta línea puede aún mantenerse la centralización del almacenaje en Cazalilla (Ruiz *et al.*, 1983; Nocete *et al.*, 1986; Nocete, 1988) en los momentos finales de la Edad del Cobre del Alto Guadalquivir, pero es más difícil sostener el mismo argumento para Los Pozos (Hornos *et al.*, 1986; Nocete, 1988 y 1989a) y mucho menos para el momento cronológico representado por el yacimiento de Martos. El panorama se vería substancialmente modificado de confirmarse las noticias de grandes extensiones de silos con cereal en el Bajo Guadalquivir (Nocete, comunicación personal), aunque ya hemos visto que no es extraña la presencia de semillas en algunas de estas estructuras y que, en principio, muchas de ellas pudieron estar destinadas a tal fin, pero también a la conservación de otros alimentos y a otras muchas actividades (Carrilero *et al.*, 1982; Molina Lemos, 1980; Rivero *et al.*, 1987; Fernández Caro, 1989; Amores, 1982; Cruz-Auñón y Jiménez, 1985). Lo que es negado aquí, para estos momentos, es su generalización como grandes reservas de excedentes centralizados, y por tanto susceptibles de impulsar el deseo de apropiación por parte de determinados elementos de la sociedad (44).

5.2. El desplazamiento selectivo

5.2.1. *El movimiento estacional. Los pastores y sus familias*

El registro faunístico de Martos muestra la importancia de los ovicápridos, lo que en muchos casos en los que, como el que nos ocupa, se carecía de datos sobre la explotación agrícola, llevaba a los investigadores a concluir que se trataba de pueblos pastoriles con asentamientos poco estables, pese a que tradicionalmente se conocían yacimientos de gran entidad como Montefrío (Arribas y Molina, 1979a y 1979b). El error fundamental estaba en no valorar los diferentes tipos de yacimientos que se podían distribuir por un territorio y que corresponderían a diferentes formas de explotación de éste, pero sobre todo en considerar que en todos los yacimientos se reproduciría el mismo esquema de agrupamiento social sin tener en cuenta la posibilidad de que algunos de ellos correspon-

(43) Como se desprende de una lectura de los últimos trabajos de F. Nocete (1988 y 1989) sobre las Campiñas del Alto Guadalquivir.

(44) Esta visión adolecería de los mismos defectos que la de Gilman (1987a, 1987b y 1991) en relación a la presentación de lo que parece un deseo innato en el hombre de explotar a sus semejantes, tal y como ha criticado Shennan (1989), aunque nuestra hipótesis no está libre de ese defecto, sino que simplemente lo desvía hacia un deseo de utilizar en provecho de algunos el conocimiento y uso de los mecanismos de control social y su facilidad de manipulación a medida que se van haciendo más complejos y exclusivos (Bonano *et al.*, 1990; Thomas, 1990b), lo cual sirve para apropiarse del trabajo de otros.

dieran sólo a parte de la población desplazada esporádicamente desde el núcleo original por motivos económicos (acompañando a los rebaños, por ejemplo) (Hole, 1968; Mortensen, 1972; Gilbert, 1981) o políticos, como ha sugerido Nocete para el caso de Cazalilla (Ruiz *et al.*, 1983; Nocete *et al.*, 1986).

Teniendo en cuenta estas precisiones debe sugerirse aquí una hipótesis sobre el papel del yacimiento de Martos en relación a esas estrategias económicas parcialmente móviles, y en cuanto a la explotación del territorio circundante diverso y complejo. Algo se ha referido en apartados anteriores pero debemos centrarnos ahora en la importancia relativa de las diferentes especies que configuran la cabaña ganadera del yacimiento del Polideportivo, y, sobre todo en el estudio por sexo y edad de los diferentes individuos recuperados en la excavación. Si nos centramos en las especies más representadas, los ovicápridos, destaca el hecho de que la mayoría de los individuos representados sean hembras en edad adulta, y si interpretamos que los patrones de matanza seguidos en la parte excavada del yacimiento pueden extenderse, con ligeras reservas, a todo él, podemos pretender que las hembras estaban sobrerrepresentadas en los rebaños concentrados en el yacimiento y sus cercanías. Esta evidencia ha sido utilizada tradicionalmente para inferir un aprovechamiento de los recursos complementarios que ofrecen estos animales (lana y leche), en relación a lo que se ha denominado “revolución de los productos secundarios” (Sherratt, 1981), aunque recientemente han surgido voces que demandan mayor precaución al tratar los datos faunísticos (Hesse, 1984). Para que el panorama ofrecido sea coherente y creíble es necesario explicar dónde se hallan los restos de los animales machos sacrificados a edad temprana, una respuesta puede ser que sus huesos, menos duros, han sido tan deteriorados que es imposible identificarlos, pero en la línea de las hipótesis mantenidas en estas páginas puede ser más sugerente pensar que, en su mayoría, se consumieron fuera del poblado central en las épocas de desplazamiento de parte de la población (45). Datos complementarios sobre el sacrificio de animales a edad temprana pueden extraerse del estudio de la industria ósea (Mérida, en este volumen), en la que además de ser los metápodos de ovicápridos los huesos más utilizados hay que destacar la presencia entre éstos de bastantes huesos de individuos jóvenes en los que la epífisis no se había terminado de fusionar facilitando así su transformación.

A los ovicápridos siguen los bóvidos, y aquí interesa señalar que parecidos patrones de distribución de especies faunísticas han sido puestos de manifiesto en yacimientos de características similares que cubren secuencias cronológicas más amplias o que incluso son algo más tardíos, como Papa Uvas (Martín de la Cruz, 1985 y 1987), Valencina de la Concepción (Fernández y Oliva, 1985) o Negrón (Rivero *et al.*, 1987). Respecto a esta especie no resultan raros, actualmente, en el sur de la Península Ibérica sus desplazamientos estacionales, sin embargo su competencia con los campos de cultivo, hecho que podía explicar los desplazamientos de los ovicápridos con mayor facilidad que la escasez de pastos (Oates y Oates, 1976), es mucho menor. Además aunque la mayoría de los animales son sacrificados a partir de los dos años, contamos con el ejemplo de una ternera de seis meses de edad inhumada completa, sin consumir, que hemos interpretado como resultado de una muerte excepcional y considerada desastrosa por la comunidad.

(45) Hesse (1984) se refiere a la separación de los rebaños, incluso salvajes, por sexo y edad la mayoría del año.

Esta combinación muestra que, al menos en lo que a esta especie se refiere, todas las edades estaban representadas en el rebaño, cuando éste se situaba junto al poblado, en nuestra opinión durante todo el año, y que sólo el hecho de la selección de animales grandes que proporcionan cantidad suficiente de alimentos provoca la desviación de la muestra recuperada hacia determinados grupos de edad. Lo mismo podría aplicarse a los restos de cerdo, si bien en este caso los individuos se sacrifican a edad más temprana.

Movilidad más restringida exigirían las especies cazadas diferenciadas por el análisis faunístico: ciervo, jabalí, conejo y liebre.

Más problemático es determinar el grado de alternancia de cultivos o abandono de campos careciendo aún de los resultados del análisis carpológico, sin embargo la continuidad en el uso de una determinada zona para construir las estructuras de residencia y producción, sugiere que la necesidad de desplazamiento de hábitat y campos, que algunas veces se ha atribuido a estas comunidades (Nocete, 1988; Renfrew, 1981) no llega a ser tal (Holgate, 1987), sobre todo considerando la importancia de los otros recursos explotados y el carácter selectivo de los desplazamientos que algunos de ellos exigían, siempre en un determinado marco cultural que incidía en la articulación espacial de las diferentes especies domésticas.

Además no debemos de olvidar la extensión del yacimiento, su posición geográfica entre la montaña y el llano que facilita los movimientos de parte de la población acompañando a los ganados, y/o realizando, durante ese tiempo, otras actividades que garantizaran la subsistencia de esos grupos restringidos, como por ejemplo el cultivo de pequeñas extensiones de tierra junto a los campamentos estacionales, o con mayor probabilidad la dedicación a la caza, la recolección o la extracción de elementos básicos para la subsistencia como las materias primas silíceas presentes en las sierras Béticas que se sitúan al Sur y Este del yacimiento. Así debemos tener en cuenta la relevancia que todo ello tiene en la configuración de un poblado con garantías de autonomía relativa con respecto a otros en lo que se refiere a estrategias de circulación de mujeres como reproductoras, y por tanto también como mano de obra inmediata que garantiza a su vez la mano de obra futura, además de iniciarse el camino hacia la extensión de ese control discriminador a otros grupos sociales, y en consecuencia hacia la sociedad de clases (Meillassoux, 1975).

En el último apartado de este trabajo incidiremos sobre los mecanismos que garantizan el mantenimiento de una agrupación social de tal carácter, por encima de las secesiones parciales y periódicas representadas fundamentalmente por expediciones de caza, pastoreo o aprovisionamiento de materias primas como el sílex, o por disgregaciones poblacionales que buscan otro lugar de residencia. Las comunidades-hijas quedarían ligadas, por mecanismos similares a los que posteriormente se referirán (necrópolis concentradas a las que vuelven algunos individuos tras la muerte, fortines disuasorios, etc.) (46), a la comunidad central o superior, dándose incluso el caso en que la relación de origen es puramente ilusoria e impuesta desde el centro.

(46) Sistemas de estos tipos se conocen en diversos lugares de la Península, así el conocido caso de Los Millares podría utilizar ambos mecanismos para integrar, reconstruyendo ideológicamente un origen hipotético, alguna de las poblaciones de su entorno (Maldonado *et al.*, 1991; Arribas *et al.*, 1981 y 1985; Molina, 1988 y 1989; Arribas y Molina, 1991). En el caso de las Campiñas del Alto Gualdalquivir sólo se

5.2.2. Continuidad e ideología

Determinados fenómenos representados en el registro arqueológico del Polideportivo de Martos se han relacionado en este trabajo con la adscripción permanente a un determinado lugar: enterramientos humanos, de perros, zanjas. También la misma superposición de las estructuras y su relleno estratigráfico hablan en favor de la continuidad social del poblado. Los diferentes símbolos utilizados se adscriben a diferentes momentos del yacimiento, los perros se sitúan en el momento de construcción de las primeras estructuras, representando así un elemento que proporciona determinadas raíces al asentamiento humano, aunque en ciertas zonas de éste puedan situarse estructuras cronológicamente anteriores aún no localizadas; por el contrario la tumba se sitúa en la Fase II y une más directamente los hombres, a través de sus ancestros, representados por una familia, a la tierra donde se vive y en la que se trabaja (Chapman, 1981; Fraser, 1983; Criado, 1989).

Pero además estas estructuras también cumplirán otras funciones y sobre todo explican determinadas estrategias socioeconómicas, algunas de las cuales podemos aventurar, como serían el cuidado del ganado a través de los perros o la utilización de éstos en la caza, o incluso se puede hablar de la planificación del uso del espacio en el poblado, a partir, por ejemplo, de los límites definidos por las zanjas, y la situación de la sepultura en relación a otras estructuras y aprovechando lo que en origen era una vivienda semisubterránea (ver antes y Lizcano *et al.*, 1991), y que pasa a ser un elemento que marca aún más la continuidad del hábitat, la continuidad vida-muerte (47). De cualquier forma todos esos fenómenos destinados a reproducir el sistema eran fácil objeto de manipulación (Shennan, 1982; Thomas, 1990a), de forma que en lo funerario hallamos la representación evidente de la ambivalencia que caracteriza a todo fenómeno cultural (Tilley, 1982; Pearson, 1982; Hodder, 1982). Ya se ha dicho que enterramientos del tipo documentado en Martos pudieron ser utilizados por determinados miembros de la sociedad para impulsar o consolidar su posición, aunque el enterramiento colectivo que se impone poco después, según la documentación de otras zonas, tiende a enmascarar el proceso de jerarquización (Shennan, 1982; Whittle, 1988) buscando acentuar la cohesión social ideológicamente para impedir la ruptura de una comunidad amplia que se había hecho necesaria como forma de mejorar el control sobre las capacidades reproductivas y productivas del grupo (48); además la presencia de determinados elementos como son

ha estudiado la distribución de fortines (Nocete, 1988, 1989a y 1989b) si bien las características de las necrópolis de cuevas artificiales, concentradas y sin impacto visual directo, llevan a pensar que su función principal estaría vinculada a estos mecanismos, de ahí también su escasez relativa con respecto al elevado número de poblados documentados, y que no se puede explicar sólo en función de la difícil perceptibilidad de estas estructuras subterráneas.

(47) Asegurada en otros casos por la inclusión de los huesos desmembrados en un enterramiento comunal que supone de forma más clara el retorno a la tierra y al grupo eternos (Bloch, 1988).

(48) Vicent (1990) ha presentado una hipótesis sobre el desarrollo social en la Prehistoria Reciente bastante similar a la sugerida aquí, si bien con un menor énfasis en el papel activo de la ideología en cuanto a la justificación o contestación de los sistemas de poder en uso. Relaciona así la aparición de la sociedad de clases con la progresiva territorialización resultado de la competencia intergrupal. El fenómeno se expresa y justifica en la adopción de un modo de vida campesino, con aldeas permanentes y megalitos u

las necrópolis, potenciarían algunos asentamientos con respecto a otros (Whittle, 1988; Maldonado *et al.*, 1991), obligando incluso al enterramiento de ciertos individuos, quizás políticamente privilegiados, de otros grupos en la necrópolis del asentamiento central (Bloch, 1982). La presión sobre otras comunidades, que real o imaginariamente se habían originado por secesión desde el asentamiento central, ayudaría también a mantener estables las fricciones internas dentro de éste, al igual que la extensión de los beneficios a las élites de otros asentamientos aseguraría la reproducción de la sociedad, hasta que se alcanzaran los límites de sus contradicciones, inherentes a todos los sistemas estatales (Nocete, 1988, 1989a y 1989b).

Vemos así que muchos de los fenómenos sociales que nos muestran, e impulsan, los inicios de la jerarquización, pueden encontrar sus raíces en momentos bastante anteriores, al menos desde que empiezan a consolidarse los grandes poblados conocidos tradicionalmente en la bibliografía como “Campos de Silos”, y uno de cuyos representantes es el recientemente excavado, pese a todo, Polideportivo de Martos.

BIBLIOGRAFIA

- AFONSO, J. A. (En preparac.): *Aspectos técnicos de la producción lítica de la Alta Andalucía y el Sureste*, Tesis Doctoral, Univ. Granada.
- ALAMINOS, A., BLANCH, R. M. y LAZARO, P. (1991): “Bobila-Madurell. Su contribución al Neolítico Medio en Cataluña”, *Rev. Arq.* 128, 1991, pp. 14-93.
- ALCAZAR, A., MARTIN, A. y RUIZ, M. T. (1992): “Enterramientos calcolíticos en zonas de hábitat”, *Rev. Arq.* 137, 1992, pp. 18-27.
- ALTUNA, J. (1980): “Historia de la domesticación animal en el País Vasco, desde sus orígenes hasta la Romanización”, *Munibe* 30, 1990, pp. 201-214.
- ANDERSEN, N. H. (1988): “The Neolithic causewayed enclosures at Sarup, on South-West Funen, Denmark” (C. Burgess, P. Topping, C. Mordant y M. Maddison, Eds.), *Enclosures and Defences in the Neolithic of Western Europe*, B.A.R. International Series 403 (II), Oxford, 1988, pp. 337-362.
- ANDERSON, P. (1980): *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Madrid, 1985.
- ANDRES, M. T. (1990): “El fenómeno dolménico en el País Vasco”, *Munibe* 42, 1990, pp. 141-152.
- AMORES, F. (1982): *Carta arqueológica de Los Alcores (Sevilla)*, Sevilla, 1982.
- ARRIBAS, A. y MOLINA, F. (1979a): *El poblado de “Los Castillejos” en Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Campaña de excavaciones de 1971. El corte número 1*, Cuad. Preh. Gr. Serie Monogr. 3, Granada, 1979.
- (1979b): “Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia en la Península Ibérica. El poblado de Los Castillejos de Montefrío (Granada)”, *Proceedings of the Fifth Atlantic Colloquium* (M. Ryan, Ed.), Dublin, 1979, pp. 7-34.
- (1984a): “The latest excavations of the Copper Age settlement of Los Millares, Almería, Spain”, *The Deya Conference of Prehistory Early Settlement in the Western Mediterranean Islands and the*

otras sepulturas colectivas (aunque el caso estudiado en estas páginas muestra que otro tipo de tumbas pudo cumplir similares funciones sobre todo en los orígenes del proceso) como sistema de enterramiento, reforzando el derecho a la tierra de un grupo que, además, mantiene sistemas de cohesión anteriores, reduciendo a su vez el intercambio de mujeres, como se sostiene también en este trabajo, cada vez más a medida que los grupos se hacen más amplios y estables. Lo que no se puede perder de vista al plantear esta evolución es que el objetivo fundamental de la territorialización es el control de la producción, a través del control de las condiciones objetivas de ésta, o sea la tierra, y la fuerza de trabajo. La caracterización de la desigualdad debe hacerse en base a la apropiación diferencial de los resultados del trabajo social.

- Peripheral Areas* (W. H. Waldren, R. W. Chapman, J. G. Lewthwaite y R. C. Kennard, Eds.), B.A.R. International Series 229 (III), Oxford, 1984, pp. 1029-1050.
- (1984b): “Estado actual de la investigación del megalitismo en la Península Ibérica” (J. Fortea, Ed.), *Scripta Praehistorica Francisco Jordá Oblata*; Salamanca, 1984, pp. 63-112.
- (1991): “Los Millares: nuevas perspectivas”, *IInd Deya International Conference of Prehistory. Recent Developments in Western Mediterranean Prehistory: Archaeological Techniques, Technology and Theory. Vol. II. Archaeological Technology and Theory* (W. H. Waldren, J. A. Ensenyat y R. C. Kennard, Eds.), B.A.R. International Series 574, Oxford, 1991, pp. 409-420.
- ARRIBAS, A., MOLINA, F., TORRE, F. de la, NAJERA, T. y SAEZ, L. (1978): “El poblado de la Edad del Cobre de ‘El Malagón’ (Cúllar-Baza, Granada). Campaña de 1975”, *Cuad. Preh. Gr.* 3, 1978, pp. 67-116.
- ARRIBAS, A., MOLINA, F., SAEZ, L., DE LA TORRE, F., AGUAYO, P. y NAJERA, T. (1981): “Excavaciones en Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería). Campaña de 1981”, *Cuad. Preh. Gr.* 4, 1981, pp. 61-109.
- ARRIBAS, A., MOLINA, F., CARRION, F., CONTRERAS, F., MARTINEZ, G., RAMOS, A., SAEZ, L., DE LA TORRE, F., BLANCO, I. y MARTINEZ, J. (1985): “Informe preliminar de los resultados obtenidos durante la VI Campaña de excavaciones en el poblado de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería, 1985)”, *An. Arq. And.* 1985:II, 1987, pp. 245-262.
- ARTEAGA, O. (1985): “Excavaciones arqueológicas sistemáticas en El Cerro de los Alcores (Porcuna, Jaén). Informe preliminar sobre la campaña de 1985”, *An. Arq. And.* 1985:II, 1987, pp. 279-288.
- ARTEAGA, O., NOCETE, F., RAMOS, J., RECUERDA, A. y ROOS, A. M. (1986): “Excavaciones sistemáticas en el Cerro de El Albalate (Porcuna, Jaén)”, *An. Arq. And.* 1986:II, 1987, pp. 395-400.
- ARTEAGA, O., RAMOS, J., ROOS, A. M. y NOCETE, F. (1991): “Balance a medio plazo del Proyecto ‘Porcuna’. Campaña de 1991”, *An. Arq. And.* 1991 (en prensa).
- BALIBAR, E. (1973): “Sobre la dialéctica histórica. Algunos aspectos críticos a propósito de ‘Para leer El Capital’”, *Hacia una nueva Historia*, Madrid, 1985 (2.^a ed.), pp. 129-156.
- BATE, L. F. (1977): *Arqueología y materialismo histórico*, Méjico, 1977.
- (1982): “Relación general entre teoría y método en Arqueología”, *Teorías, métodos y técnicas en Arqueología*, Méjico, 1982, pp. 3-52.
- BERDICHEWSKY, B. (1964): *Los enterramientos en cuevas artificiales del Bronce Hispánico I*, Bibl. Preh. Hisp. VI, Madrid, 1964.
- BINFORD, L. R. (1983): *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico*, Barcelona, 1988.
- BLAS CORTINA, M. A. (1987): “La ocupación megalítica en el borde costero cantábrico: el caso particular del sector asturiano”, *El megalitismo en la Península Ibérica*, Madrid, 1987, pp. 127-141.
- BLOCH, M. (1981): “Tombs and states”, *Mortality and Immortality, the Anthropology and Archeology of Death* (B. C. Humphreys y H. King, Eds.), New York, 1981, pp. 137-147.
- (1982): “Death, women and power. Death and regeneration of life” (M. Bloch y J. Parry, Eds.), Cambridge, 1982, pp. 211-230.
- (1988): “Death and the Concept of Person”, *On the Meaning of Death. Essays on Mortuary Rituals and Eschatological Beliefs* (S. Cederroth, C. Carlay y J. Lindström, Eds.), Uppsala, 1988, pp. 11-30.
- BOESSNECK, J. (1969): “Restos óseos de animales del Cerro de la Virgen, en Orce, y del Cerro del Real, en Galera (Granada)”, *Not. Arq. Hisp.*, X-XI-XII (1966-68), 1969, pp. 172-189.
- BOESSNECK, J., MÜLLER, H. H. y TEICHERT, M. (1964): “Osteologische Unterscheidungsmerkmale zwischen Schaf (*Ovis aries* Linné) und Ziege (*Capra hircus* Linné)”, *Kühn-Archiv* 78, Berlin, 1964, pp. 1-129.
- BOESSNECK, J. y DRIESCH, A. von den (1980): “Tierknochenfunde aus vier Südspanischen Höhlen”, *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel* 7, München, pp. 1-83.
- BONANO, A., GOOUDER, T., MALONE, C. y STODDART, S. (1990): “Monuments in an island society: the Maltese context”, *World Archaeology* 22:2, London, 1990, pp. 91-101.
- BONSOR, G. (1899): “Les colonies agricoles pre-romaines de la Vallée du Betis”, *Rev. Arch.* XXXV, pp. 1-145.
- BOSCH, P. (1932): *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932.
- (1944): “El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España”, *Paletnología de la Península Ibérica*, Graz, 1974, pp. 1-468.

- (1969): “La Cultura de Almería”, *Pyrenae* 5, pp. 47-93.
- CAMALICH, M.^a D., MARTIN, D. y ACOSTA, C. (1985): “Excavaciones en el yacimiento de Campos (Cuevas del Almanzora, Almería). Campaña de 1985”, *An. Arq. And.* 1985:II, 1987, pp. 134-140.
- CARA, L. y RODRIGUEZ, J. M. (1989): “Fronteras culturales y estrategias territoriales durante el III milenio a.C. en el Valle Medio y Bajo del Andarax (Almería)”, *Arq. Esp.* 13, 1989, pp. 63-76.
- CARANDINI, A. (1979): *Arqueología y Cultura Material*, Barcelona, 1984.
- CARRASCO, J., PACHON, J. A., MALPESA, M. y CARRASCO, E. (1980): *Aproximación al poblamiento eneolítico en el Alto Guadalquivir*, Publicaciones del Museo de Jaén 8, 1980.
- CARRASCO, J. y MEDINA, J. (1982): “Excavaciones en el complejo cavernícola de ‘El Canjorro’ (Jaén). Cueva 3”, *XVI C.N.A. (Cartagena 1982)*, 1983, pp. 371-381.
- CARRILERO, M. (1992): *El fenómeno campaniforme en el Sureste de la Península Ibérica*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada, 1992.
- CARRILERO, M., MARTINEZ, G. y MARTINEZ, J. (1982): “El yacimiento de Morales, Castro del Río (Córdoba). La ‘Cultura de los Silos de Andalucía Occidental’”, *Cuad. Preh. Gr.* 7, 1982, pp. 171-207.
- CARRILERO, M. y MARTINEZ, G. (1985): “El yacimiento de Guta (Castro del Río, Córdoba) y la Prehistoria Reciente de la Campiña Cordobesa”, *Cuad. Preh. Gr.* 10, 1985, pp. 1987-223.
- CAVANAGH, W. G., HIRST, C. y LITTON, C. D. (1988): “Soil phosphate, site boundaries, and change points analysis”, *Journal of Field Archaeology* 15:2, pp. 67-83.
- COHEN, M. N. (1977): *La crisis alimentaria de la Prehistoria*, Madrid, 1981.
- COLLANTES DE TERAN, F. (1969): “El dolmen de Matarrubilla”, *Tartessos y sus problemas. V Symp. Preh. Peninsular. (Jerez, 1968)*, Publicaciones Eventuales de la Universidad de Barcelona 13, 1969, pp. 47-61.
- CONTRERAS, F. (1986): *Aplicación de métodos y análisis estadísticos a los complejos cerámicos de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada)*, Tesis Doctoral, Univ. Granada, 1986.
- CONTRERAS, F., NOCETE, F. y SANCHEZ, M. (1985): “Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce de la Depresión Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena. Sondeo estratigráfico en el Cerro de la Plaza de Armas de Sevilleja (Espeluy, Jaén), 1985”, *An. Arq. And.* 1985:II, Sevilla 1987, pp. 141-149.
- CONTRERAS, F., NOCETE, F., SANCHEZ, M., LIZCANO, R., PEREZ, C., CASAS, C., MOYA, S. y CAMARA, J. A. (1989): “Tercera campaña de excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)”, *An. Arq. And.* 1989:II, 1991, pp. 227-236.
- CONTRERAS, F., CAMARA, J. A., MOYA, S. y SANCHEZ, R. (1990): “Primer avance metodológico del estudio de la cultura material del poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *An. Arq. And.* 1990:II, 1992, pp. 281-290.
- CRiado, F., AIRA, M. y DIAZ-FIERROS, F. (1986): *La construcción del paisaje: megalitismo y ecología en la Sierra de Barbanza (Galicia)*, Arqueología/Investigación 1, Santiago de Compostela, 1986.
- CRiado, F. (1988): “Arqueología del paisaje y espacio megalítico en Galicia”, *Arq. Esp.* 12, 1988, pp. 61-117.
- (1989): “Megalitos, espacio, pensamiento”, *Trab. Preh.* 46, Madrid, 1989, pp. 75-98.
- (1991) (Dir.): *Arqueología del Paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales. (Campañas de 1987, 1988 y 1989)*, Arqueología/Investigación, A Coruña, 1991.
- CRUZ-AUÑÓN, R. y JIMENEZ, J. C. (1985): “Historia crítica del antiguo yacimiento de Campo Real (Carmona)”, *Habis* 16, 1985, pp. 417-452.
- CHAPMAN, R. W. (1979): “Los Millares y la cronología relativa de la Edad del Cobre en el Sudeste de España”, *Cuad. Preh. Gr.* 6, 1981, pp. 75-89.
- (1981): “The emergence of formal disposal areas and the ‘problem’ of megalithic tombs in prehistoric Europe”, *The archeology of death* (R. Chapman, I. Kinnes y K. Randsborg, Eds.), Cambridge, 1981, pp. 71-81.
- (1982): “Autonomy, ranking and resources in Iberian prehistory”, *Ranking, Resources and Exchange. Aspects of Archeology of Early European Society* (C. Renfrew y S. Shennan, Eds.), Cambridge, 1982, pp. 46-51.
- (1990): *La formación de las sociedades complejas. La Península Ibérica en el marco del Mediterráneo Occidental*, Barcelona, 1991.
- CHATELET, F. (1962): *El nacimiento de la Historia. La formación del pensamiento historiador en Grecia*, Madrid, 1978.

- CHILDE, V. G. (1951): *La evolución social*, Madrid, 1973.
- (1954): *¿Qué sucedió en la Historia?*, Barcelona, 1986.
- DARVILL, T. C. (1982): *The Megalithic Chambers Tombs of the Cotswold-Severn Region. An Assessment of Certain Architectural Elements and their Relation to Ritual Practice and Neolithic Society*, Wiltshire, 1982.
- DRIESCH, A. von den (1972): “Osteoarchäologische Untersuchungen auf der Iberischen Halbinsel”, *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel* 3, München, 1972, pp. 1-267.
- (1976): *A Guide to the Measurement of Animal Bones from Archaeological Sites*, Peabody Museum Bulletins, I, Harvard University, 1976.
- DRIESCH, A. von den y BOESSNECK, J. (1976): “Die Fauna vom Castro du Zambujal”, *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel* 5, München, 1976, pp. 4-129.
- DRIESCH, A. von den y MORALES, A. (1977): “Los restos animales del yacimiento de Terrera Ventura (Tabernas, Almería)”, *Cuad. Preh. Arq.* 4, 1977, pp. 15-34.
- DRIESCH, A. von den y PETERS, J. (1990): “Archäozoologische und tersuchunguder trirrestre aus der kupferreichen siedlung von Los Millares (Prov. Almería)”, *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel* 12, München, 1990, pp. 51-109.* 119.
- EIDT, R. C. (1985): “Theoretical and practical considerations in the analysis of anthrosoils” (G. Rapp y A. Gifford, Eds.), *Archaeological Geology*, Yale University Press, New Haven, 1985, pp. 155-190.
- ENGELS, F. (1876): “El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre”, *El origen del hombre* (B. G. Trigger, Ed.), Barcelona, 1974, pp. 33-57.
- (1884): *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Barcelona, 1986.
- ESCACENA, J. L. (1985): “Informe sobre las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de La Marismilla (Puebla del Río, Sevilla)”, *An. Arq. And.* 1985:II, 1987, pp. 241-244.
- ESCACENA, J. L. y LAZARICH, M. (1985): “Nuevos datos para una valoración del componente africano en las culturas neolíticas de la vertiente atlántica meridional de la Península Ibérica”, *Anales de la Universidad de Cádiz* II, 1985, pp. 25-82.
- ESCORIZA, T. (1991): *Las representaciones ideológico-simbólicas en la formación social de Los Millares durante el III milenio a.C.*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada, 1991.
- ESPANTALEON, R. (1957): “La necrópolis eneolítica de Marroquíes Altos”, *Bol.I.E.G.* 13, 1957, pp. 165-175.
- (1960): “La necrópolis en cueva artificial de Marroquíes Altos. Cueva III”, *Bol.I.E.G.* 26, 1960, pp. 35-51.
- ESTEVA, C. (1984): “El concepto de cultura”, *Sobre el concepto de cultura* (AA. VV.), Barcelona, 1984, pp. 61-80.
- EVANS, Ch. (1988): “Monuments and analogy: the interpretation of causewayed enclosures”, *Enclosures and Defences in the Neolithic of Western Europe* (C. Burgess, P. Topping, C. Mordant y M. Maddison, Eds.), B.A.R. International Series 403 (1), Oxford, 1988, pp. 47-73.
- FERNANDEZ, J. y OLIVA, D. (1985): “Excavaciones en el yacimiento calcolítico de Valencina de la Concepción (Sevilla). El corte C (La Perrera)”, *Not. Arq. Hisp.* 25, 1985, pp. 7-131.
- (1986): “Valencina de la Concepción (Sevilla). Excavaciones de urgencia”, *Rev. Arq.* 58, 1986, pp. 19-33.
- FERNANDEZ, J. J. (1989): “Excavaciones de urgencia en Las Cumbres, Carmona, Sevilla”, *An. Arq. And.* 1989:III, 1991, pp. 397-904.
- FERNANDEZ-MIRANDA, M. y OLMO, R. (1986): *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica*, Museo Arqueológico Nacional. Catálogos y Monografías, 9, Madrid, 1986.
- FONTANA, J. (1982): *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982.
- FRASER, D. (1983): *Land and Society in Neolithic Orkney*, B.A.R. British Series 117 (1 y 2), Oxford, 1983.
- FRIEDMAN, J. (1989): “Culture, identity and world process”, *Domination and resistance* (D. Miller, M. Rowlands y Ch. Tilley, Eds.), One World Archaeology 3, London, 1989, pp. 246-260.
- GALILEA, F. (1981): “Inventario y comentarios sobre el hábitat y el fenómeno funerario según prospecciones efectuadas en la Sierra de Entzria (Alava)”, *Est. Arq. Alavesa* 10, 1981, pp. 187-230.
- GANDARA, M. (1982): “La vieja ‘Nueva Arqueología’”, *Teorías, métodos y técnicas en Arqueología*, Méjico, 1982, pp. 59-155.
- GARCIA SERRANO, R. (1969): *Carta arqueológica de la Provincia de Jaén*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada, 1969.
- GENER, E. (1962): “Memoria sobre las excavaciones hechas en los terrenos de la base naval de Rota”, *Not. Arq. Hisp.* V (1956-1961), 1962, pp. 183-192.

- GIL-MASCARELL, M. y RODRIGUEZ, A. (1987): "El yacimiento calcolítico de 'Los Cortinales' en Villafranca de Los Barros (Badajoz)", *Arch. Preh. Lev.* XVII, 1987, pp. 123-145.
- GILBERT, A. S. (1981): "On the origins of specialized nomadic pastoralism in Western Iran", *Trashumance and Pastoralism*, World Archaeology 15:1, London, 1981, pp. 105-119.
- GILMAN, A. (1976): "Bronze Age dynamics in South-east Spain", *Dialectical Anthropology* 1, pp. 307-319.
- (1987a): "Regadío y conflicto en sociedades acéfalas", *BSAA* LIII, 1987, pp. 59-72.
- (1987b): "El análisis de clase en la Prehistoria del Sureste", *Trab. Preh.* 44, 1987, pp. 27-34.
- (1991): "Desenvolupament agrícola i evolució social al Sud-Est espanyol", *Cota Zero* 7, 1991, pp. 136-143.
- GODELIER, M. (1974): *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, Madrid, 1985 (4.^a ed.).
- (1982): *La producción de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*, Madrid, 1986.
- GONGORA, M. (1868): *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía*, Madrid, 1868.
- GONZALEZ, M. R. (1986): "El yacimiento de 'El Trobal' (Jerez de la Frontera, Cádiz). Nuevas aportaciones a la Cultura de los Silos de la Baja Andalucía", *An. Arq. And.* 1986:III, 1987, pp. 82-87.
- GOSSE, G. (1941): "Aljoroque, estación neolítica inicial de la provincia de Almería", *Ampurias* III, 1941, pp. 63-84.
- HABERMEHL, K. H. (1975): *Die Altersbestimmung bei Haus und Labortieren*, 2. Aufl., Berlin-Hamburg., 1975
- HAIN, F. H. (1982): "Kupferzeitliche Tierknochenfunde aus Valencina de la Concepción, Sevilla", *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel* 8, München, pp. 1-178.
- HARCOURT, R. A. (1974): "The Dog in Prehistoric and Early Historic Britain", *Journal of Archaeological Science* 1, pp. 151-175.
- HARVEY, D. (1977): "Población, recursos y la ideología de la ciencia", *Geografía Radical Anglosajona. Revista de Análisis Metodológico* 1, Barcelona, 1977, pp. 71-105.
- HARRISON, R. J. y GILMAN, A. (1977): "Trade between the Maghreb and Iberian", *Ancient Europe and the Mediterranean* (V. Markotic, Ed.), Warminster, 1977, pp. 90-104.
- HAUPTMANN, A.; LUTZ, J.; PENICKA, E. y YALÇIN, Ü. (1993): *Zur Technologie der frühesten Kupferverhüttung im östlichen Mittelmeerraum, Between the Rivers and over the Mountains*. M. Frangipane et al. (Eds.): *Archaeologica Anatolica et Mesopotamica Alba Palmieri dedicata*, Universität "La Sapienza", Roma, pp. 541-572.
- HAWKE-SMITH, C. F. (1981): "Land use, burial practice and territories in the Peack District, c. 2000-1000 a.C.", *Prehistoric Communities in Northern England. Essays in Economic and Social Reconstruction* (G. Barker, Ed.), Sheffield, 1981, pp. 57-72.
- HENRY, D. O. (1981): "An analysis of settlement patterns and adaptative strategies of the Natufiens", *Prehistoire du Levant. Chronologie et organisation de l'espace depuis les origines jusqu'au VIe millénaire* (Lyon, 10-14 juin, 1980) (J. Cauvin, P. Sauville, Orgs.), Paris, 1981, pp. 421-432.
- HESSE, B. (1984): "These are our goats: the origins of herding in West Central Iran", *Animals and Archaeology* 3. *Early Herders and their Flocks*, B.A.R. International Series 202, Oxford, 1984, pp. 243-264.
- HODDER, I. (1982): *Symbols in Action. Etnoarchaeological Studies of Material Culture*, Cambridge, 1982.
- (1987): "Contextual Archaeology: an interpretation of Çatal Hüyük and a discussion of the origins of agriculture", *Bulletin of the Institute of Archaeology* 24, London, 1987, pp. 43-56.
- HOLE, F. (1968): "Evidence of social organisation from Western Iran, 8000-4000 B.C.", *New Perspectives in Archaeology* (S. R. Binford y L. R. Binford, Eds.), Chicago, 1968, pp. 245-265.
- HOLGATE, R. (1987): "Neolithic settlement patterns at Avebury Wiltshire", *Antiquity* 61, 1987, pp. 259-263.
- HORNOS, F., NOCETE, F. y PEREZ, C. (1986): "Actuación arqueológica de urgencia en el yacimiento de Los Pozos en Higuera de Arjona (Jaén)", *An. Arq. And.* 1986:III, 1987, pp. 193-195.
- HURTADO, V. (1986): "El Calcolítico en la Cuenca Media del Guadiana y la necrópolis de La Pijotilla", *Arqueología* 14, Oporto, 1986, pp. 83-103.
- (1991): "Informe de las excavaciones de urgencia en 'La Pijotilla'. Campaña de 1990", *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990). Extremadura Arqueológica II*, Mérida-Cáceres, 1991, pp. 45-67.

- JARMAN, M. R. (1982): "The Megaliths: a problem in Paleoethology", *Early European Agriculture. Its Foundation and Development* (M. R. Jarman, G. N. Bailey y H. N. Jarman, Eds.), Cambridge, 1982, pp. 233-252.
- JOUSSAME, R. (1988): "Analyse Structurale de la Triple Enceinte de Fossés Interroptus á Champ Durand, Niel-Sur- d'Antire, Vendée", *Enclosures and Defences in the Neolithic of Western Europe* (C. Burgess, P. Topping, C. Mordant, y M. Maddison, Eds.), B.A.R. International Series 403 (II), Oxford, 1988, pp. 257-299.
- KEESMANN, I. (1985): Chemische und mineralogische Untersuchung von Eisenschlacken aus der hallstattzeitliche Siedlung von Niederlbach, *Archäologisches Korrespondenzblatt* 15/3, pp. 351-357, Mainz.
- (1993): Naturwissenschaftliche Untersuchungen zur antiken Kupfer— und Silberverhüttung in Südwestspanien, *Montanarchäologie in Europa*, H. Steuer y U. Zimmermann (Eds.): Archäologie und Geschichte. Freiburger Forschungen zum ersten Jahrtausend in Südwestdeutschland, Band 4, pp. 105-122.
- KEESMANN, I. y HEEGE, A. (1990): Archäometallurgische Untersuchungen an Material der Ausgrabung 1984 am "Steinbühl" bei Nörten-Hardengerg, *Lkr. Nachrichten aus Niedersachsens Urgeschichte (NNU)* 59, pp. 87-109.
- KEESMANN, I.; MOMENZADEH, M.; NEMATOLAH RASHID NEJAD OMRAN y HEZARKHANI-ZOLGHARNIAN, Z. (1993): Archäometallurgische Spurensuche im Iran, *Forschungsmagazin Universität Mainz* 9, 2, pp. 45-52.
- KIRCH, P. V. (1990): "Monumental architecture and power in Polynesian chiefdoms: a comparison of Tonga and Hawaii", *World Archaeology* 22:2, London, 1990, pp. 206-222.
- KOUDELKA, F. (1885): "Das Verhältnis der ossa longa zur Skelethöhe bei den Säugethieren", *Verhandl. d. Naturforsch. Ver. Brünn* 24, pp. 127-153.
- KRAWCZYK, E. (1986): *Petrologische und geochemische Untersuchungen an Kupferverhüttungsschlacken aus dem südlichen Teil des Wadi Arabah (Israel)*, Diplomarbeit Institut für Geowissenschaften, Universität Mainz.
- KRAWCZYK, E.; KEESMANN, I. (1987): Pyroxen- und Olivinparagenesen in alten Buntmetallschlacken, *Fortschritte der Mineralogie* 65,1, p. 109. Stuttgart.
- (1988): Ergänzende Untersuchungen zur Kupfermetallurgie von Timna im Wadi Arabah, Israel, *Jahrbuch RGZM* 35,2, pp. 516-522.
- KRISTIANSEN, K. (1984): "Ideology and material culture: an archaeological perspective", *Marxist Perspectives in Archaeology* (M. Spriggs, Ed.), Cambridge, 1984, pp. 72-100.
- KUBASIEWICZ, M. (1956): "O metodyce badan wykopaliskowich szcatkow Kostnych zwierzecych", *Materiały Zachodnio-Pomorskie* 2, Szczecin, pp. 235-244.
- LARSSON, L. (1989): "Ethnicity and traditions in Mesolithic mortuary practices of southern Scandinavia", *Archaeological Approches to Cultural Identity* (S. Shennan, Ed.), *One World Archaeology* 10, London, 1989, pp. 210-218.
- (1990): "Dogs in fraction. Symbols in action", *Contributions to the Mesolithic in Europe* (P. M. Vermeersch y P. V. Peer, Eds.), Leuven, 1990, pp. 153-160.
- LAUK, H. D. (1976): "Tierknochenfunde aus bronzezeitlichen Siedlungen bei Monachil und Purullena (Provinz Granada)", *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel* 6, München, pp. 1-110.
- LECHTMAN, H. (1988): Traditions and Styles in Central Andean Metalworking. The Beginning and Use of Metals and Alloys. En R. Madin (Ed.): *Papers from the Second International Conference on the Beginning of the use of Metals and Alloys, Zhengzhou, China (Oktober, 1986)*; Massachusetts Institute of Technology, pp. 344-378.
- LENIN, V. I. (1909): *Materialismo y empiriocriticismo*. Barcelona, 1986.
- (1917): *El Estado y la Revolución*, Barcelona, 1986.
- LIZCANO, R. (1986): *Análisis morfológico para el estudio de la Cultura Material cerámica prehistórica de Plaza de Armas de Sevilla. Espeluy (Jaén)*, Memoria de Licenciatura. Univ. Granada, 1986. (Inédita).
- (1990): "Memoria de actuación arqueológica: Castillo de Torredonjimeno (Jaén). Campaña de 1990", *An. Arq. And.* 1991 (en prensa).
- LIZCANO, R., NOCETE, F., PEREZ, C., MOYA, S. y BARRAGAN, M. (1988): "Prospección arqueológica"

- gica superficial en la Depresión Linares-Bailén. Campaña de 1988”, *An. Arq. And.* 1990:II, 1992, pp. 95-97.
- LIZCANO, R., GOMEZ, E., CAMARA, J. A., AGUAYO, M., ARAQUE, D., BELLIDO, I., CONTRERAS, L., HERNANDEZ, M., IZQUIERDO, M. y RUIZ, J. (1991): “Primera campaña de excavación de urgencia en el Pabellón Polideportivo de Martos (Jaén)”, *An. Arq. And.* 1991 (en prensa).
- LOPEZ, J., ZAFRA, N. y CRESPO, J. (1991): “Prospección Arqueológica Superficial en el Valle del Guadalquivir. Vega del Guadalquivir, campaña de 1991”, *An. Arq. And.* 1992: (en prensa).
- LUCAS PELLICER, M. R. (1968): *Otra cueva artificial en la necrópolis de Marroquíes Altos de Jaén. (Cueva IV)*, Exc. Arq. Esp. 62, Madrid, 1968.
- LULL, V. (1983): *La ‘Cultura’ de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*, Madrid, 1983.
- MALDONADO, M. G., MOLINA, F., MERIDA, V. y RUIZ, V. (1991): “Recuperación y procesamiento de datos en un modelo de prospección sistemática”, *II Encuentros sobre Arqueología y Patrimonio de Salobreña* (en prensa).
- MARIEZCURRENA, K. (1983): “Contribución al conocimiento del desarrollo de la dentición y el esqueleto postcranial de *Cervus elaphus*”, *Munibe* 35, 1983, pp. 149-202.
- MARTI, B. (1978): “El Neolítico de la Península Ibérica. Estado actual de los problemas relativos al proceso de neolitización y evolución de las culturas neolíticas”, *Saguntum* 13, pp. 59-99.
- (1983): “Inicios de la agricultura en la Península Ibérica”, *Investigación y Ciencia* 78, pp. 98-107.
- MARTIN, D. y CAMALICH, M. D. (1982): “La cerámica simbólica y su problemática (aproximación a través de los materiales de la colección L. Siret)”, *Cuad. Preh. Gr.* 7, 1982, pp. 267-306.
- MARTIN DE LA CRUZ, J. C. (1984): “Aproximación a la secuencia de hábitat en Papa Uvas (Aljaraque, Huelva)”, *Homenaje a Luis Siret (Cuevas de Almanzora, 1984)*, 1986, pp. 227-242.
- (1985): *Papa Uvas I. Aljaraque, Huelva. Campañas de 1976 a 1979*, Exc. Arq. Esp. 136, Madrid, 1985.
- (1986): *Papa Uvas II. Aljaraque, Huelva. Campañas de 1981 a 1983*, Exc. Arq. Esp. 149, Madrid 1986.
- (1987): *El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba)*, Exc. Arq. Esp. 151, Madrid, 1987.
- MARTIN DE LA CRUZ, J. C., MIRANDA, J. M. (1988): “El poblado calcolítico de Valencina de la Concepción (Sevilla). Una revisión crítica”, *Cuad. Preh. Arq. U.A.M.* 15, 1988, pp. 37-67.
- MARX, K. y ENGELS, F. (1848): *El manifiesto del Partido Comunista*, Madrid, 1987.
- MARX, K. y HOSSBAWN, E. (1964): *Formaciones económicas precapitalistas*, Barcelona, 1984 (2.ª ed.).
- MASKE, S. y SKINNER, B. J. (1971): Studies of the sulfosalts of copper. Phases and Phase relations in the system Cu-As-S, *Econ. Geol.* 66, pp. 901-918.
- MATHERS, C. (1984): “Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practices in south-east Spain”, *Papers in Iberian Archaeology I* (T. F. C. Blagg, R. F. J. Joves y S. J. Keay, Eds.), B.A.R. International Series 193 (I), Oxford, 1984, pp. 13-46.
- MEILLASSOUX, C. (1975): *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*, Madrid, 1987 (8.ª ed.).
- MERGELINA, C. (1941-42): “La estación arqueológica de Montefrío (Granada) I. Los dólmenes”, *BSAA* VIII, pp. 33-106.
- (1944): “Tugia. Reseña de algunos trabajos. Haza de Trillo”, *Bol. Soc. Am. Arq. X*, Madrid, pp. 27-29.
- MERKEL, J. F. y SHIMADA, I. (1988): Arsenical Copper Smelting at Batán Grande, Peru, *IAMS Newsletter* 12, pp. 4-7.
- MUHLY, J. D. (1989): Cayöni Tepesi and the Beginings of metallurgy in the Old World, *Archäometallurgie der alten Welt-Old World Archäometallurgy* A. Hauptmann, E. Pernicka, G. A. Wagner (Eds.): Beiheft 7, pp. 1-12, Deutsches Bergbau-Museum Bochum, Heidelberg.
- MOLINA, F. (1983): “La Prehistoria”, *Historia de Granada I. De las primeras culturas al Islam* (F. Molina y J. M. Roldán), Granada, 1983, pp. 11-131.
- (1988): “El Sudeste”. [El Calcolítico de la Península Ibérica (G. Delibes et al.)], *Rassegna di Archeologia* 7, 1988, pp. 256-262.
- (1989): “Proyecto Millares (Los inicios de la metalurgia y el desarrollo de las comunidades del Sudeste de la Península Ibérica durante la Edad del Cobre)”, *An. Arq. And.* 1989:II, 1991, pp. 211-213.
- MOLINA LEMOS, L. (1980): “El poblado del Bronce I de El Lobo (Badajoz)”, *Not. Arq. Hisp.* 9, 1980, pp. 93-127.
- MORALES, S. (1965): *Anales de la Ciudad de Arjona*, Arjona, Jaén, 1965.

- MORTENSEN, P. (1972): "Seasonal camps and early villages in the Zagros". *Man, settlement and urbanism* (P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Rimbleby, Eds.), Gloucester, 1972, pp. 293-297.
- MUÑOZ, A. M.^a (1965): *La Cultura neolítica catalana de los Sepulcros de Fosa*, Publicaciones Eventuales de la Universidad de Barcelona 9, 1965.
- MURILLO, T., PEREZ, C., BLANCO, A. y LARREY, E. (1985): "Excavaciones en el yacimiento calcolítico del Polideportivo de Valencina de la Concepción (Sevilla)", *An. Arq. And. 1985:II*, 1987, pp. 311-315.
- MURPHY, J. y RILEY, J. P. (1962): "A modified single solution for determination of phosphorus in natural waters", *Analytica Chimica Acta* 27, pp. 21-26.
- NAVARRETE, M. S. (1976): *La Cultura de las Cuevas con cerámica decorada en Andalucía Oriental*, Cuad. Preh. Gr. Serie Monogr. 1 (2 vols.), 1976.
- (1978): "Neolítico en la provincia de Jaén", *Cuad. Preh. Gr.* 3, 1978, pp. 45-66.
- (1984): "El Neolítico en la Alta Andalucía", *Homenaje a L. Siret, (1934-1984)* 1986, pp. 109-118
- NOCETE, F. (1986): "Una Historia Agraria: el proceso de consolidación de la economía de producción. (Perspectivas en la investigación de las Edades del Cobre y Bronce en el Alto Guadalquivir)", *Arqueología en Jaén. Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente* (A. Ruiz, M. Molinos y F. Hornos, Eds.), Jaén, 1986, pp. 91-99.
- (1988): *3000-1500 B.C. La formación del Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir. Análisis de un proceso de transición*, Tesis Doctoral, Univ. Granada, 1988.
- (1989a): *El espacio de la coerción. La transición al Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (España). 3000-1500 A.C.*, B.A.R. International Series 492, Oxford, 1989.
- (1989b): "El análisis de las relaciones centro-periferia en el Estado de la primera mitad del II milenio a.n.e. en las Campiñas del Alto Guadalquivir: la Frontera", *Arq. Esp.* 13, 1989, pp. 37-62.
- (1989c): "Del 3000 al 1500 antes de nuestra era", *Historia de Jaén* (J. Fernández, Ed.), Albolote, 1989, pp. 383-399.
- NOCETE, F., RUIZ, A., MOLINOS, M. y CASTRO, M. (1986): "Productos, lugares de actividad y estructuras en el asentamiento del Cobre Final del Cerro de La Coronilla (Cazalilla, Jaén)", *Arq. Esp.* 8, 1986, pp. 203-218.
- NORTHOVER, J. P. (1989): Properties and Use of Arsenical-Copper-Alloys, *Archäometallurgie der alten Welt— Old World Archäometallurgy* A. Hauptmann, E. Pernicka, G. A. Wagner (Eds.): Beiheft 7, pp. 111-118, Deutsches Bergbau-Museum Bochum, Heidelberg.
- OATES, D. y OATES, J. (1976): "Early irrigation agriculture in Mesopotamia", *Problems in Economic and Social Archaeology* (G. de G. Sieveking, I. H. Longworth y K. E. Wilson, Eds.), London, 1976, pp. 109-135.
- PEARSON, M. P. (1982): "Mortuary practices, society and ideology. An etnoarchaeological study", *Symbolic and Structural Archaeology* (I. Hodder, Ed.), Cambridge, 1982, pp. 99-113.
- PERDIGONES, L. y GUERRERO, L. J. (1985): "Excavaciones de urgencia en El Peñón Gordo (Benaocaz, Cádiz), 1985", *An. Arq. And. 1985:III*, 1987, pp. 29-33.
- PERDIGONES, L., MUÑOZ, A., BLANCO, F. J. y RUIZ, J. (1985): "Excavaciones de urgencia en la Base Naval de Rota (Pto. de Sta. Maria, Cádiz)", *An. Arq. And. 1985:III*, 1987, pp. 74-80.
- PEREZ, C., CASAS, C., JIMENEZ, G. y MARTINEZ, P. (1990a): "Plaza de Armas de Puente de la Reina. Excavaciones arqueológicas de urgencia. Informe preliminar", *An. Arq. And. 1990:III*, 1992, pp. 284-293.
- PEREZ, C., LIZCANO, R., MOYA, S., CASADO, P., GOMEZ, E., CAMARA, J. A. y MARTINEZ, J. L. (1990b): "Segunda campaña de prospecciones arqueológicas sistemáticas en la Depresión Linares-Bailén. Zonas meridional y oriental", *An. Arq. And. 1990:II*, 1992, pp. 86-95.
- PEREZ, C. y ZAFRA, N. (1991): "Excavación arqueológica de emergencia en el yacimiento del Cerro de Los Horneros. Pedanía de Las Escuelas. Baeza, 1991", *An. Arq. And. 1991*: (en prensa).
- PEREZ RIPOLL, M. (1980): "La fauna de vertebrados", *Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante)* (B. Martí et al.), Trabajos Varios del S.I.P., 6, 1980, pp. 193-256.
- RAMDOHR, P. (1975): *Die Erzminerale und ihre Verwachsungen*, Akademie-Verlag, Berlin.
- RAMOS, A. (1981): "Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. La alternativa del materialismo cultural", *Cuad. Preh. Gr.* 6, 1981, pp. 242-256.
- RANDBORG, K. (1989): "The Archaeology of the Visual: burials, past and present", *Dialoghi di Archeologia*, 1989, n.º 1, pp. 85-96.
- RAPP, G. (1989): Determining the Origins of Sulfide Smelting. *Archäometallurgie der Alten Welt*,

- Archäometallurgie der alten Welt*, A. Hauptmann, E. Pernicka, G. A. Wagner (Eds.): Old Word Archäometallurgy Beiheft 7, pp. 107-110, Deutsches Bergbau-Museum Bochum, Heidelberg.
- RENFREW, C. (1981): "Introduction: the megalithic builders of western Europe, Antiquity and Man", *Essays in honour of G. Daniel A. Wagner* (Eds.): *Archäometallurgie der alten Welt— Old Word Archäometallurgy* Beiheft 7, pp. 107-110, Deutsches (J. D. Evans, B. Cunliffe y C. Renfrew, Eds.), London, 1981, pp. 72-81.
- RIVERO, E., CRUZ-AUÑÓN, R. y FERNANDEZ, P. (1987): "Avance de los trabajos realizados en el yacimiento de la Edad del Cobre del Negrón (Gilena, Sevilla)", *XIX C.N.A.* (Castellón, 1987), 1989, pp. 329-339.
- ROCA, M., NOCETE, F., PEREZ, C., LIZCANO, R. y ZAFRA, N. (1985): "Prospecciones en la Vega del Guadalquivir de acuerdo con el proyecto de investigación sobre el centro de producción de Terra Sigillata de Los Villares de Andújar (Jaén) y su difusión, 1985", *An. Arq. And.* 1985:II, 1987, pp. 51-54.
- RODRIGUEZ, M. O. (1992): *Las relaciones hombre-vegetación en el Sureste de la Península Ibérica durante la Edad del Cobre y Bronce a partir del análisis antracológico de siete yacimientos arqueológicos*, Tesis Doctoral, Univ. Granada, 1992.
- ROJO, M. A. (1990): "Monumentos megalíticos en la Lora Burgalesa: exégesis del emplazamiento", *BSAA* LVI, 1990, pp. 53-63
- ROTHENBERG, B. (1988): Early Islamic Copper Smelting —and Worship— at Beer Ora, Southern Arabah (Israel), *IAMS Newsletter* 12, pp. 1-4. London.
- (1989): Arsenical Copper ore in the newly discovered Copper— Age mine ALS2 in Almería, South-East Andalusia (Spain) —a correction, *IAMS Newsletter* 14, p. 7. London.
- RUIZ, D. (1976): "El yacimiento de la Edad del Bronce de Valencina de la Concepción (Sevilla) en el marco cultural del Bajo Guadalquivir", *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, 1983, pp. 183-208.
- RUIZ, A. (1982): "Jaén desde los primeros pobladores a la era de Augusto", *Historia de Jaén*, Dip. Prov. de Jaén (Ed.), Jaén, 1982, pp.53-111.
- RUIZ, A., MOLINOS, M., NOCETE, F. y CASTRO, M. (1983): "El Cerro de La Coronilla (Cazalilla, Jaén): Fases de la Edad del Cobre", *Cuad. Preh. Gr.* 8, 1983, pp. 199-249.
- RUIZ, A., NOCETE, F. y SANCHEZ, M. (1984): "La Edad del Cobre y la argarización en tierras giennenses", *Homenaje a Luis Siret (Cuevas de Almanzora 1984)*, 1986, pp. 271-286.
- RUIZ, A., MOLINOS, M. y HORNOS, F. (1986): *Arqueología en Jaén. (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*, Jaén, 1986.
- RUIZ, A., NOCETE, F. y ZAFRA, N. (1987): "La excavación arqueológica de urgencia en el Cerro de La Horca, La Guardia, Jaén", *An. Arq. And.* 1987:III, 1990, pp. 344-353.
- RUIZ, D. (1986): "Excavación arqueológica de urgencia en 'La Minilla' (La Rambla, Córdoba)", *An. Arq. And.* 1986:III, 1987, pp. 124-126.
- (1989): "Excavación arqueológica de urgencia en La Minilla (La Rambla, Córdoba). Campaña de 1989", *An. Arq. And.* 1989:III, 1991, pp. 157-163.
- RUIZ, J. A. (1986): "Informe excavaciones de urgencia Pago de Cantarranas-La Viña. El Puerto de Santa María", *An. Arq. And.* 1985:II, 1987, pp. 95-100.
- RUIZ, J. A. y RUIZ, J. A. (1989): "Calcolítico en El Puerto de Santa María", *Rev. Arq.* 94, pp. 7-13.
- RYNDINA, N. V. y YAKHONTOVA, L. K. (1985): The earliest Copper Artifact from Mesopotamia, *Sovietskaja Archeologija* 1985, pp. 155-165.
- SANCHEZ CANTON, F. J. (1929): "Una necrópolis de la 1.^a Edad del Bronce, excavada en el siglo XVII", *Arch. Hisp. de Arte y Arq.* V, Madrid, 1929, pp. 185-192.
- SANCHEZ, M. y CASAS, C. (1984): "Asentamientos del Cobre Final-Bronce en la Loma de Ubeda", *Arq. Esp.* 3, 1984, pp. 103-118.
- SAVORY, H. N. (1968): *Spain and Portugal*, London, 1968.
- SCARDUELLI, P. (1983): *Dioses, espíritus, ancestros. Elementos para la comprensión de los sistemas rituales*, Méjico, 1988.
- SCHRAMM, Z. (1967): "Long bones and Height in Withers of Goat", *Roczniki wyzszej Rolniczejw Poznaniu* 36, Poznan, 1967, pp. 89-105.
- SHENNAN, S. (1982): "Ideology, change and the European Bronze Age", *Symbolic and structural archaeology* (I. Hodder, Ed.), Cambridge, pp. 155-161.

- (1987): “Tendencias en l’Etudi de la Prehistòria Europea Recent”, *Cota Zero* 5, 1989, pp. 91-101.
- (1989): “Introduction: archaeology approcches to cultural identity”, *Archaeological approcches to cultural identity* (S. Shennan, Ed.), One World Archaeology 10, London, 1989, pp. 1-32.
- SHERRATT, A. (1981): “The secondary explotation of animals in the Old World”, *Trashumance and pastoralism*, World Archaeology 15:1, 1981, pp. 90-104.
- SIRET, L. (1948): “El tell de Almizaraque y sus problemas”, *Cuadernos de Historia Primitiva* III, 1948, pp. 117-124.
- STE. CROIX, G. E. M. (1981): *La lucha de clases en el Mundo Griego Antiguo. De la Edad Arcaica a las conquistas árabes*, Barcelona, 1988.
- SOERENSEN, M. L. S. (1987): “Material order and cultural classification: the role of bronze objects in the transition from Bronze Age to Iron Age in Scandinavia”, *The Archaeology of contextual meanings* (I. Hodder, Ed.), Cambridge, 1987, pp. 90-101.
- TEICHERT, M. (1975): “Osteometrische Untersuchungen zur Berechnung der Widerristhöhe bei Schafen” (A. T. Clason, Ed.), *Archaeozoological Studies. Archaeozoological Conference 1974*, Gröninge, 1975, pp. 51-59.
- THAPAR, R. (1981): “Death and the hero”, *Mortality and immortality: the anthropology and archaeology of death* (S. C. Humphreys y H. King, Eds.), New York, 1981, pp. 293-315.
- THOMAS, J. (1990a): “Archaeology and the Notion of Ideology”, *Writing the past in the present* (F. Baker y J. Thomas, Eds.), Lampeter, 1990, pp. 63-68.
- (1990b): “Monuments from the inside: the case of Irish megalithic tombs”, *World Archaeology* 22:2, 1990, pp. 168-178.
- TILLEY, Ch. (1982): “Social formation, social structures and social change”, *Symbolic and structural archaeology* (I. Hodder, Ed.), Cambridge, 1982, pp. 26-38.
- TINE, S. (1983): *Passo di Corvo e la civiltà neolitica del Tavoliere*, Genève, 1983.
- TOUPET, CH. (1988): “The Chasséen. Enclosure et Campiègne” *Enclosures and Defences in the Neolithic of Western Europe*, (C. Burgess, P. Topping, C. Mordant y M. Maddison, Eds.), B.A.R. International Series 403 (I), Oxford, 1988, pp. 173-207.
- TRIGGER, B. G. (1982): “La arqueología como Ciencia Histórica”, *Teorías, Métodos y Técnicas en Arqueología*, Méjico, 1982, pp. 231-265.
- (1989): *A History of Archaeological Thought*, Cambridge, 1989.
- UERPMMANN, H. P. (1979): “Informe sobre los restos faunísticos del corte n.º 1”, *El poblado de Los Castillejos en Las Peñas de Los Gitanos (Montefrío, Granada). Campaña de excavaciones de 1971. El corte número 1* (A. Arribas y F. Molina), Cuad. Preh. Gr. Serie Monogr. 3, 1979, pp. 153-168.
- (1990): “Die Domestikation des Pferdes im Chalkolithikum West-und Middleeuropas”, *M. M.* 31, pp.
- VALIENTE, J. (1992): *La Loma del Lomo II, Cogolludo (Guadalajara)*, Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo, 1992.
- VAÑO, R. (1965): “Hallazgos eneolíticos en Ubeda. Orígenes de esta ciudad”, *Not. Arq. Hisp.* VIII, 1965, pp. 1-3.
- VAZQUEZ, J. M., CRIADO, F. y BELLO, J. M. (1987): *La Cultura Megalítica de la provincia de La Coruña y sus relaciones en el marco natural: implicaciones socioeconómicas*, La Coruña 1987.
- VICENT, J. M. (1990): “El Neolitic: transformacions socials i econòmiques”, *El canvi cultural a la Prehistòria* (J. Anfruns y E. Llobet, Eds.), Barcelona, 1990, pp. 241-293.
- WHITEHOUSE, R. (1988): “The social function of religious ritual: the case of Neolithic Southern Italy”, *L’interpretazione funzionale dei dati in Paletnologia. II Parte. (Roma, Giugno 1988)*, *Origini* XIV:2 Roma, 1991, pp. 387-398.
- WHITTLE, A. (1988): “Burial: the changing role of the dead”, *Problems in Neolithic Archaeology* (A. Whittle), Cambridge, 1988, pp. 142-193.
- WIESSNER, P. (1989): “Style and changing relations between the individual and society”, *The Mecaning of Things. (Material Culture and Symbolic Expresion)*, One World Archaeology 6, London, 1989, pp. 56-63.
- YATES, M. J. (1984): *Bronze Age Round Cairns in Drumfries and Galloway. An Inventory and Discussion*, B.A.R. British Series 132, Oxford, 1984.
- ZIEGLER, R. (1990): “Tierreste aus der prähistorischen Siedlung Los Castillejos bei Montefrío (Prov. Granada)”, *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel* 12, München.

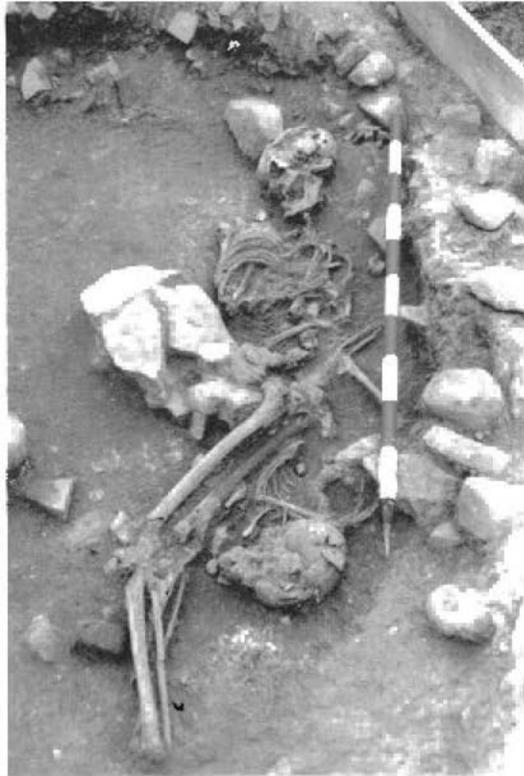


a



b

Lám. I (a y b).—Panorámicas del Polideportivo de Martos.



a



b

Lám. II.—Polideportivo de Martos. a) XIII: detalle del enterramiento familiar. b) Estructura XV: inhumación ritual de bóvidos.